

La política científica en disputa: diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva

Salvarezza | Chicote | Hurtado | Socolovsky
Manzano | Pinedo | Carli | Piovani | Lenci

Federico Brugaletta | Mora González Canosa
Marcelo Starcenbaum | Nicolás Welschinger
Editores

La política científica en disputa: diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva

**Salvarezza | Chicote | Hurtado | Socolovsky
Manzano | Pinedo | Carli | Piovani | Lenci**

Federico Brugaletta | Mora González Canosa
Marcelo Starcenbaum | Nicolás Welschinger
Editores

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Secretaría de Extensión Universitaria
Colección *Andamios*, Serie Perspectivas

Director de Colección

Jerónimo Pinedo /Secretario de Extensión FaHCE

Editora de Colección

Candela Victoria Díaz /Secretaría de Extensión FaHCE

Diseño de Colección

Alejandra Gaudio /Área de Diseño y Comunicación Visual FaHCE

Diseño de Serie

Valeria Miccio /Área de Diseño y Comunicación Visual FaHCE

Correctora de Estilo

Alicia Lorenzo / Prosecretaría de Gestión Editorial y Difusión FaHCE

Imagen de tapa superior: CONICET EN LUCHA en los 80.

Archivo Hasenberg-Quaretti

Imagen de tapa inferior: CONICET LA PLATA en lucha 2018.

Registro de Frente Amplio de Graduados FaHCE

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa por medio del sistema de pares de doble ciego organizada por la Secretaría de Extensión de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2019 Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-1776-8

Colección *Andamios*, 5

Serie Perspectivas

Cita Sugerida: Brugaletta, F., González Canosa, M., Starcenbaum, M. y Welschinger, N. (Eds.). (2019). *La política científica en disputa: diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación ; CABA: CLACSO. (Andamios, 5. Perspectivas).

Recuperado de



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compártir igual)



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN 978-950-34-1776-8

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



Andamios | Serie Perspectivas

La Secretaría de Extensión de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación pone a disposición del público **Andamios**. Una colección de libros de extensión universitaria que se propone estimular reflexiones teórico-metodológicas, difundir experiencias y producir herramientas para el trabajo común con los actores en el medio social.

En esta ocasión presentamos *La política científica en disputa: diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva*, el primer libro de la **Serie Perspectivas**, compuesto por nueve intervenciones que analizan, desde una perspectiva integral, los desafíos y las diversas aristas de la producción, circulación y apropiación del conocimiento en el ámbito del sistema científico nacional y de las universidades públicas, así como por una contextualización de la coyuntura de luchas colectivas para la defensa del sistema científico donde se produjeron dichas intervenciones.

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decana

Prof. Ana Julia Ramírez

Vicedecano

Mg. Mauricio Chama

Secretario de Asuntos Académicos

Prof. Hernán Sorgentini

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Prof. Laura Rovelli

Secretario de Extensión Universitaria

Dr. Jerónimo Pinedo

Prosecretario de Gestión Editorial y Difusión

Dr. Guillermo Banzato

ÍNDICE

Prólogo	9
Apertura Movilizar, argumentar y proponer <i>Representantes de Investigadores en Formación del IdIHCS-Conicet Frente Amplio de Graduados FaHCE</i>	11
PARTE 1 Ciencia básica y aplicada: más allá de las antinomias	
El rol del Estado como demandante de conocimiento <i>Roberto Salvarezza</i>	26
Las políticas científicas entre el decir y el hacer <i>Gloria Chicote</i>	36
La batalla del INTI como brújula de un proyecto de país industrial e inclusivo <i>Diego Hurtado</i>	44
PARTE 2 Conocimiento y sociedad: transferencia y apropiación social del conocimiento	
Resistir para seguir construyendo una universidad más democrática <i>Yamile Socolovsky</i>	55
La producción de la circularidad del conocimiento. Saberes, demandas y políticas de investigación <i>Virginia Manzano</i>	72

La extensión universitaria como producción de conocimiento. Modalidades de articulación extensión-docencia-investigación

Jerónimo Pinedo

88

PARTE 3 | Usos y sentidos en torno a la utilidad de las humanidades y las ciencias sociales

La productividad política del conocimiento social: usos, derivaciones y circulación de saberes

Sandra Carli

103

Sobre la utilidad de las ciencias sociales en tiempos de neoliberalismo y posverdad

Juan Ignacio Piovani

115

Usos y abusos de las ciencias humanas y sociales. Algunas batallas por los sentidos

Laura Lenci

134

Epílogo

143



Prólogo

La presente publicación reúne las exposiciones realizadas en el marco de la intervención pública “La política científica en disputa: diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva”. Esta actividad fue organizada por el Frente Amplio de Graduados y se llevó a cabo en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata el día 14 de septiembre de 2017.

En este libro encontrarán nueve intervenciones que analizan, desde una perspectiva integral, los desafíos y las diversas aristas de la producción, circulación y apropiación del conocimiento en el ámbito del sistema científico nacional y de las universidades públicas. Además, se agrega una contextualización de la coyuntura de luchas colectivas para la defensa del sistema científico donde se produjeron dichas intervenciones.

Investigación, docencia y extensión son tratadas aquí por los expositores como una tríada relacional que exige una mirada integral acerca de los alcances y significados de la misión pública del sistema científico. Por medio de la autorreflexión crítica buscan responder a los ataques que la ciencia pública ha soportado durante los últimos tres años por parte de las autoridades del gobierno nacional. Sin ahorrarse discusiones sobre los logros alcanzados y los asuntos que aún resta asumir, se reconoce a la producción del conocimiento como un campo en disputa atravesado por lo político y la política, que nos interpela acerca de cómo, para qué y con quiénes seguir haciendo ciencia pública en la Argentina.

Dado que la actividad fue pensada especialmente como intervención pública, hemos decidido mantener el tono coloquial de la presentación y las exposiciones. En el mismo sentido, no hemos realizado aclaraciones sobre los diagnósticos allí desplegados a partir de acontecimientos ulteriores. Al respecto, un epílogo escrito específicamente para esta edición se propone actualizar el panorama de la situación de la política científica.

Agradecemos a las autoridades de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE) y del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS), quienes facilitaron la realización de la intervención, y a los compañeros que participaron de una u otra manera en la preparación y desarrollo de la actividad. Por último, queremos mencionar particularmente a quienes trabajaron en la edición del material que compone esta publicación: Anabel Beliera, Victoria D'Amico, Pedro Fiorucci, Santiago Galar, Belén Morris y Leandro Stagno.

Frente Amplio de Graduados FaHCE

Apertura

Movilizar, argumentar y proponer

*Representantes de Investigadores en Formación del IdIHCS-Conicet
Frente Amplio de Graduados FaHCE*

Queremos darles la bienvenida a esta jornada de intervención pública “La política científica en disputa: diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva” que organizamos los compañeros del Frente Amplio de Graduados aquí en la Facultad de Humanidades y en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS/FaHCE/Conicet).

El objetivo de esta actividad es promover el debate sobre tres núcleos fundamentales de la campaña de desprestigio contra la educación, la docencia y la investigación públicas, que actualmente busca instalarse en el espacio público para justificar en el plano discursivo el ajuste presupuestario y el rediseño del sistema científico en su conjunto. Los tres paneles propuestos para el debate retoman las categorías y planteos con que los propios funcionarios del gobierno han buscado legitimar la reorientación de la política científica en el contexto actual. Nuestra intención en esta jornada es disputar los sentidos con los cuales se pretende argumentar y sostener un achicamiento agresivo del sistema científico nacional mediante la construcción de contrasentidos que problematicen las falsas antinomias entre producción del conocimiento y aplicación tecnológica; financiamiento al desarrollo científico y sostenimiento de políticas de inclusión social; impacto de la producción académica y apropiación social del conocimiento.

La apuesta es hacer de esta jornada una oportunidad para reforzar el compromiso con la defensa de una política científica democrática, fortalecer el rol central de las instituciones educativas y científicas públicas en la producción y puesta en circulación de conocimiento, y contribuir a la construcción de una mirada propositiva con la cual combatir la supuestamente inexorable opción por el ajuste.

En esta breve apertura, inscribimos esta actividad en el marco de la participación que venimos sosteniendo desde hace años en el Frente Amplio de Graduados de la FaHCE. Esto implica un intento de narrar brevemente el proceso mediante el cual, en estos dos últimos años y al calor de la movilización, se fue conformando un colectivo del sector de ciencia y técnica mientras que, en simultáneo, se buscaba instalar una campaña de desprestigio contra la investigación en el espacio público.

Así, pensamos esta apertura para dar cuenta de las preguntas que nos hacemos ante las tensiones que nos plantea esta difícil coyuntura y las formas concretas que construimos colectivamente para intervenir desde las humanidades y las ciencias sociales en este conflicto. Para poder, en síntesis, retomar el recorrido que realizamos en esta lucha y que nos trae hoy aquí a promover esta jornada de intervención pública.

El Cambio en la política científica

Desde la asunción del gobierno por parte de la alianza Cambiemos, comenzamos a ver con preocupación y alerta un escenario de paulatina reorientación regresiva de la política científica, a pesar de la continuidad de las autoridades del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva

(Mincyt). Sabíamos que era necesario analizar el sentido de esta reorientación y pensar también articulaciones posibles entre los investigadores de las distintas disciplinas del sistema científico para hacer frente a esta coyuntura.

El 27 de octubre de 2016 participamos en la primera movilización contra la reducción del presupuesto nacional destinado al área de ciencia y técnica (CyT). Por aquellos meses ya se había comenzado a conformar la Asamblea de Trabajadores de Ciencia y Tecnología de la regional La Plata, de la que formamos parte hasta hoy. Y quizá sea el proceso de conformación de las asambleas regionales de CyT en los distintos puntos del país el aspecto más relevante que estaba indicando el comienzo de un proceso de movilización del sector.

Fue a fines de 2016 que se conoció la primera decisión que mostraría con total claridad el achicamiento y el sentido de la reorientación que sufriría la política científica: la drástica disminución del número de ingresantes a la carrera de investigador científico (CIC) del Conicet, que pasaría de los 943 del año 2015 a 385 en el año 2016, lo que representaba un recorte del 60 % interanual. Decisión que luego se plasmó en la exclusión efectiva de investigadores e investigadoras que habían obtenido una doble recomendación para ingresar a la CIC en el proceso de selección por parte de las comisiones de expertos. Los reclamos ante esta decisión, que significaba en la práctica el abandono de los objetivos estratégicos propuestos por la misma gestión del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva en el Plan Argentina Innovadora 2020, derivaron en la toma del Mincyt.

Las tomas de diciembre del Mincyt y de los Centros Científicos Tecnológicos

El hito a partir del cual el colectivo y el reclamo cobraron visibilidad nacional fue la toma del Mincyt en la ciudad de Buenos Aires durante el mes de diciembre de 2016, junto a las que se sucederían en los distintos CCT del Conicet del país: Bariloche, Rosario, Córdoba, Mendoza, Puerto Madryn y La Plata.

Mientras transcurrían estas tomas, el presidente del Conicet, Alejandro Ceccato, intentaba justificar la situación en una entrevista transmitida por televisión. Ante la pregunta por la revisión del plan estratégico y el horizonte de crecimiento del organismo, su respuesta fue: “porque estamos en un país que ha reconocido a un tercio de su población como pobre y no hay suficientes recursos para cubrir todos los flancos posibles”. Al mismo tiempo, el ministro Lino Barañao argumentaba que “no hay ningún país que con el 30 % de pobreza esté aumentando el número de investigadores como lo está haciendo la Argentina”. Estas declaraciones, entre muchas otras, indicaban que el recorte presupuestario comenzaba a ser justificado por los funcionarios públicos apelando a simplificaciones y falsas antinomias que contribuían a crear estereotipos fáciles. Su discurso buscó legitimar el recorte y negar que sus decisiones tuvieran como único criterio el ajuste económico. Negar, en definitiva, lo que los actores del sector entendemos que es el abandono del conocimiento como recurso estratégico del desarrollo socioeconómico. Así fue como, mientras nos encontrábamos llevando adelante las tomas, comenzaba a desarrollarse una campaña oficial de difamación que, lamentablemente, con el tiempo se confirmó dirigida tanto hacia el sector de ciencia y técnica como hacia la educación pública en todos sus niveles.

“Las 20 peores investigaciones del Conicet”

Durante los días en que transcurrió la toma del Mincyt, la campaña de desprestigio fue cobrando cada vez mayor fuerza y espesor. Se fue montando en las redes sociales una verdadera campaña de hostigamiento a investigadoras/es y becarias/os del Conicet que recopilaba de modo parcial, mutilado y sin criterio preciso, datos académicos, publicaciones y otras actividades realizadas por ellos. Con intervenciones sistemáticas y centralmente organizadas en las redes sociales, numerosos perfiles anónimos realizaron capturas de pantalla de nombres de integrantes del organismo junto a los títulos de sus *papers*. Acompañadas de comentarios malintencionados y falaces, las capturas fueron replicadas por los grandes medios periodísticos, que buscaron deslegitimar a sus autores. Los ataques fueron principalmente dirigidos al financiamiento de investigaciones en el área de ciencias sociales y humanidades. Extractos de trabajos que estudian fenómenos como las juventudes, el *rock*, las barras de fútbol, las historietas, las tomas de tierras, fueron replicados una y otra vez, intentando presentar al gran público sus temáticas como inútiles e ilegítimas, y desconociendo su relevancia en el campo académico. Así, sirviéndose del anonimato y además de la proximidad que brindan las redes digitales, se lanzaron acusaciones despectivas e insultos a quienes se juzgó sobre la base de los títulos de sus publicaciones y de sus temas de investigación.

Dentro de esta campaña, podemos mencionar una nota que concentra y evidencia los argumentos principales de estos intentos de deslegitimación. La misma se titula “Las 20 peores investigaciones del CONICET”. Fue publicada originalmente en un portal no muy conocido (*LaInternetOnline*), pero luego los principales medios nacionales —en particular los diarios

Clarín y *La Nación*— se encargaron de reproducirla y amplificar el alcance de sus ataques. Quisiéramos reponer algunos pasajes difamatorios para ilustrar su tenor. La nota comienza sosteniendo: “Lentamente y sin pausa el CONICET pasó de ser una de las instituciones más respetadas del país a una cueva de ladrones”. Acto seguido enumera las que considera las “20 peores investigaciones...”, acompañadas con capturas de pantalla de los *papers*, con nombres y apellidos de sus autores y directores.

Clarín y *La Nación* luego amplificaban y presentaban esta denuncia como “la polémica por las investigaciones”. De pronto, difamaciones publicadas en un sitio irrelevante y anónimo, pasaban a constituir una “polémica”. La nota de *Clarín* al respecto se titulaba: “*El recorte en CONICET. Polémica por las investigaciones. De Star Wars a Anteoquito, El rey león...*”. “Mientras sigue la toma -decía- en las redes se armó un fuerte contrapunto por los temas de trabajo de los científicos becados”. Con tales publicaciones, los medios masivos pretendían presentar esto en la lógica del escándalo mediático. Así, por ejemplo, en los comentarios de lectores en las versiones *online* de estos diarios comenzaron a reproducirse los ataques directos que se daban en la redes sociales: “Si los científicos del Conicet se dedican a investigar El Rey León, esto no puede ser, es joda, cierran ese antro”; “La ciencia del Conicet, que usa impuestos de todos para investigar sobre las letras de Arjona. Lo que faltaba”.

Fue ante esta escalada en los ataques que el jueves 22 de diciembre de 2016, mientras aún transcurría la toma en el CCT de la ciudad de La Plata, con compañeros que están hoy presentes, escribimos un documento de respuesta que titulamos “Contra la difamación a la investigación científica”. Fue escrito al calor del conflicto, a varias manos, por fragmentos,

entre mensajes de *whatsapp* y comentarios desde la vereda hacia la “oficina” que montamos dentro del CCT en el marco de la toma. Teníamos la intención de dar argumentos para intentar responder a la campaña de difamación contra investigadores que son también colegas, compañeros, profesionales y personas a las que valoramos por su dedicación y seriedad en el modo de sostener su trabajo.

En este escenario no estaba del todo claro si debíamos responder o no, y si responder implicaba un modo de “plebiscitar” nuestras agendas de investigación según una lógica mediática claramente diferente a las lógicas del campo académico donde aquellas se construyen. Sin embargo, sostuvimos que responder no era lo mismo que plebiscitar nuestros temas de investigación, y que ello tampoco nos obligaba a aceptar las lógicas de la campaña de difamación que se buscaban imponer. Más bien se trataba de incidir en el propio modo de dar la discusión y construir legitimidades disputando los sentidos en torno a los usos y utilidades de nuestros trabajos en el espacio público. Además, de responder apelando a la especificidad de lo que las ciencias sociales y humanas saben hacer: construir argumentos.

En el documento queríamos poder dar cuenta sobre todo de este equívoco malintencionado respecto de los temas de investigación; nos parecía que en los ataques se decían cosas que podríamos desmontar con rapidez. Queríamos responder a las críticas enfocadas en los títulos de los *papers* y dar a conocer a la población la lógica del sistema de evaluación por el que pasan. Una compañera trajo una idea que había concentrado en un *tweet*, pero que debíamos traducir: “en la historia macrista de la ciencia, el objeto empírico y el objeto teórico son lo mismo: Malinowski estudió brazaletes, Newton manzanas”. Un punto central, entonces, fue intentar dar una

explicación simple de esta diferencia crucial: “de la misma manera que Newton no estudiaba las manzanas que caían de los árboles sino la fuerza de gravedad, estas investigaciones no estudian las barras de fútbol, el rock nacional o las películas de Disney, sino por ejemplo las lógicas de la violencia en las relaciones sociales, la identificación con la Nación a través de la música, el papel de las industrias culturales en la educación sentimental infantil”¹.

Y esta decisión de responder tuvo sus resultados. El documento, que comenzamos a difundir con la ayuda de colegas de la Argentina y del exterior, enseguida encontró apoyo y llegó a contar con más de 4000 firmas. En efecto, a las pocas horas de ponerlo en circulación, cientos de personas ingresaban y dejaban su nombre y pertenencia institucional para manifestar su respaldo. Entre quienes expresaron su adhesión podemos contar no solo a historiadores, filósofos, educadores, geógrafos y sociólogos, físicos, químicos y biólogos que trabajan en los institutos de investigación más importantes del país y del extranjero, sino también a trabajadores del Astillero Río Santiago, de distintos gremios (CTA, ATE, Adulp), dirigentes sindicales, actores y músicos que se solidarizaron y escribieron para apoyar.

En la vorágine de la circulación y amplificación del documento, las adhesiones se iban sumando segundo a segundo. Mientras seguíamos atentos este proceso, pudimos leer mensajes que dejaban distintos usuarios de la red que ingresaban para conocer y comentar el documento, por ejemplo: “Fernando H. Ciudadano Común. Les dejo mi apoyo, mi bronca y mis ideas:

1 “Contra la difamación a la investigación científica”, graduados de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Véase <https://www.perfil.com/noticias/ciencia/principio-de-acuerdo-en-el-conflicto-del-conicet.phtml>

a) no hay desarrollo nacional sin desarrollo científico b) este requiere inversión, no solo en instalaciones sino, y sobre todo, en estudiantes e investigadores de tiempo completo (lujo que en Argentina siempre estuvo reservado a personas con recursos propios) c) no puede haber política científica realista en un vacío económico, político y cultural, es decir debe haber un amplio proyecto nacional integral”.

Al mismo tiempo, otros compañeros que participaban de la toma del CCT La Plata coordinaban las asambleas, salían a volantear a los vecinos, vecinas y automovilistas y desplegaban carteles de apoyo en los semáforos de la ciudad. Así encontramos también un acompañamiento que trascendía el mundo académico; un apoyo que se descorporativizaba y que sumaba a amplios sectores sociales. Esto nos alentó a pensar que los argumentos que estábamos elaborando resultaban efectivos a la hora de disputar los sentidos de la pretendida polémica, es decir, de la campaña de difamación hacia la investigación y la docencia. Además, este apoyo reforzaba nuestra intención de entablar un diálogo cuyo interlocutor no fuera solo el gobierno —a quien reclamábamos—, sino también sectores sociales más amplios, a quienes buscábamos interpelar proponiendo la continuidad de un proyecto de desarrollo científico. Es así como sostuvimos este tipo de intervención en el debate tendiendo un puente hacia el espacio público.

La Feria de Ciencias

En esta línea y como parte de las acciones para promover el debate público, la Asamblea de Trabajadores de Ciencia y Tecnología de La Plata se propuso realizar una Feria de Ciencias el 1 de marzo de 2017 en la explanada del Pasaje Dar-do Rocha, en el centro de la ciudad. El objetivo de la Feria

era hacer visible el conflicto en la agenda local, sostener la demanda por mayor presupuesto para el financiamiento de CyT y continuar dando fuerza a la construcción de un debate democrático sobre la orientación de la política científica para los próximos años. El desafío era traducir al lenguaje del debate público las razones por las que damos relevancia y defendemos nuestras investigaciones. Así, la modalidad de la Feria fue pensada en forma colectiva desde la Asamblea de CyT con el propósito de lograr no solo la mayor concurrencia a las actividades, sino también de entablar un diálogo capaz de interpelar a las personas que transitan cotidianamente por el centro de la ciudad.

En la Feria participaron más de cien científicos mostrando sus trabajos; organizamos microcharlas públicas en las escalinatas del edificio, que presentamos como “*stand-up científicos*”; hicimos también pósteres ilustrativos de las investigaciones para dialogar con la gente que pasaba por la vereda y se paraba a leerlos por un instante; realizamos mesas demostrativas e imprimimos folletos explicativos sobre diversos experimentos; instalamos durante toda la jornada una radio abierta que retransmitía en simultáneo por las redes digitales; llevamos a cabo actividades interactivas orientadas a las familias con niños. Esta primera edición de la Feria de Ciencias (que luego se replicó en 2018)² logró comenzar a hacer visible el conflicto en los medios locales. El diario *El Día* tituló, por ejemplo, “Científicos montaron una feria en 7 y 50 como protesta y dieron cátedra”.

La recepción que obtuvimos de esta modalidad de intervención pública resultó tan movilizadora que un mes después, el 18 de abril de 2017, a propósito del día del Investigador Científico, organizamos en el mismo lugar una “Jornada de

2 La Feria de Ciencias volvió a realizarse en abril de 2018; concentró más actividades y suscitó cada vez mayor adhesión por parte de los ciudadanos.

Lucha y Debate Público". Esta actividad consistió principalmente en una volanteada, a partir de la cual ocupamos el espacio público tratando de dialogar con la gente de a pie para disputar el sentido común sobre la utilidad y la apropiación social de nuestro trabajo que se buscaba imponer a través de la campaña de difamación. Sin ignorar las asimetrías entre los medios con que cuentan quienes impulsaron la campaña de hostigamiento y nuestros recursos, nos negamos a resignarnos a la inacción.

**JORNADA NACIONAL
DE LUCHA Y DEBATE PUBLICO**

**18 de
ABRIL**

50 entre 6 y 7

11 a 14 hs

**DIA DEL
INVESTIGADOR
CIENTIFICO**

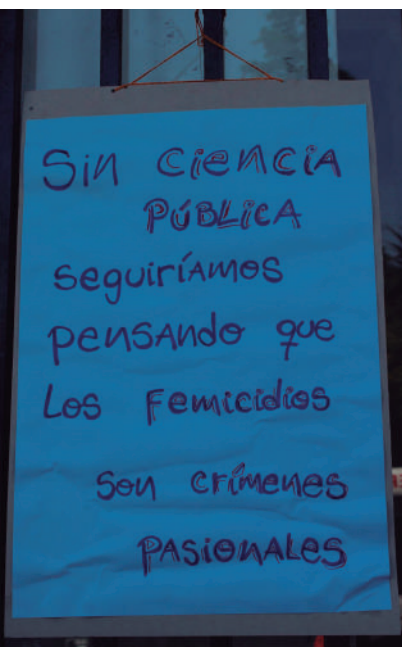
CONICET-UNLP

ASAMBLEA DE TRABAJADORXS DE CIENCIA Y TECNOLOGIA LA PLATA

**#NoAIRecorteEnCiencia
#CientificosEnLaCalle**



Para potenciar esta intervención en las calles, construimos una serie de consignas con los compañeros que buscaron resaltar la importancia de la ciencia en la conformación de los problemas públicos. Algunas de ellas fueron: “Sin ciencia pública seguiríamos pensando que los femicidios son crímenes pasionales”; “Sin ciencia no hay industria, sin industria no hay trabajo, sin trabajo hay pobreza”; “Sin ciencia no sabríamos quiénes somos, cuántos somos, ni de dónde venimos. Ciencia pública es identidad nacional”. El desafío fue tratar de encontrar ese punto específico donde las humanidades y las ciencias sociales intervenimos y aportamos no necesariamente desde la utilidad inmediata de la política pública — cosa que también hacemos y de modo contundente— sino también realizar un esfuerzo de traducción a la experiencia cotidiana de las personas a las que buscamos interpelar con un volante en mano y una charla cara a cara.



Al mismo tiempo que hacia el interior de la Asamblea de trabajadores de CyT la dinámica de organización de estas actividades nos permitía ir articulando cada vez más una alianza entre distintos actores que nos reconocemos como productores de conocimiento y parte de las “ciencias básicas” tan fuertemente atacadas, la campaña de desprestigio por parte de los funcionarios del gobierno de Cambiemos se seguía desplegando. En la misma edición en la que los diarios locales mostraban la masiva concurrencia de los vecinos de la ciudad a la Feria de Ciencia, se hacía mención a pasajes de una entrevista al ministro Lino Barañao, quien frente a las movilizaciones de investigadores afirmaba: “hay miles de doctores que lo único que quieren es un empleo fijo en Conicet [y] los becarios no pueden hacer lo que quieren”. Frente a estas declaraciones que jugaban a desconocer el real funcionamiento del sistema científico argentino (casi está de más recordar que ningún becario trabaja en soledad en una isla sino que lo hace como miembro de un equipo de investigación que regula y potencia su actividad), confirmábamos que nuestra respuesta no podía estar encriptada en tecnicismos sino que requería un trabajo, un esfuerzo —y si se quiere, un plus de energías— dentro del cual pensamos la necesidad de organizar estas jornadas. Es decir, seguir apostando a dar la disputa en este ámbito, buscando explicar nuestros argumentos en la arena pública.

En la radio abierta, en las charlas al público, en los pósteres y en las mesas de debate, intentamos trabajar en una traducción que no cayera en la simplificación sino que comunicara estos problemas y estas preguntas que nos venimos haciendo en el campo de las ciencias humanas y sociales. Y en ello queríamos hacer resonar los ecos de las apuestas de la Reforma Universitaria de 1918, de los debates del pensamiento

crítico con el positivismo a principios del siglo XX, de los días previos a la Noche de los Bastones Largos, de los desafíos de las comunidades científicas después de la última dictadura cívico-militar. Una larga tradición de luchas en las que nos reconocemos y a las que quisiéramos sumarnos con nuevas prácticas y nuevas preguntas.

Todo esto es lo que nos conduce a pensar que, dada la situación actual y haciendo una imprescindible lectura histórica, encarar esta disputa por la legitimidad de la investigación y este trabajo de traducción —tareas en las que las ciencias sociales y humanas tienen una vasta tradición— son las condiciones de posibilidad realmente existentes para poder hacer ciencia en la Argentina. Dar el debate público sobre el valor de lo que hacemos, antes que una tarea que no nos compete, es condición de posibilidad de nuestros trabajos cotidianos, de nuestras profesiones. Y esa es precisamente la apuesta y la invitación de estas jornadas: debatir con la actitud de no impugnar ni desconocer, sino de resignificar con argumentos, los sentidos sobre la utilidad, la transferencia y la apropiación social del conocimiento que producimos, para enfrentar esta campaña de desprestigio que tiene como principal objetivo justificar un brutal rediseño regresivo del sistema científico y productivo. Es, por tanto, una invitación a construir una nueva propuesta para el sistema científico nacional.

Parte

1

**Ciencia básica y aplicada:
más allá de las antinomias**

El rol del Estado como demandante de conocimiento

Roberto Salvarezza

Presidente del Conicet (2012 – 2015)

Director del Instituto de Investigaciones Físicoquímicas Teóricas y Aplicadas

Diputado nacional por la provincia de Buenos Aires

Es un gusto estar acá con ustedes, justamente en una actividad que planificamos hace tiempo y que ahora tiene un marco muy particular. Hoy estamos todos atentos y comprometidos con el tema de la ocupación pacífica del Mincyt por parte de un grupo importante de investigadores y de becarios, que están protestando sobre este tema tan trillado que venimos arrastrando desde diciembre del 2016.

Voy a tratar de ser breve, porque esta cuestión de ciencia básica y ciencia aplicada, la verdad es que no lo discutíamos desde hace cuatro o cinco años atrás. O sea, todo este desarrollo que comienza con la reconstitución del Conicet en el 2003, que llevó a un crecimiento armónico de todas las áreas —que tendrá sus defectos, y podemos discutirlos después— planteaba una articulación desde la manera misma en que se pensaron las cosas. Lo cierto es que en ningún momento se hacía este cuestionamiento; como tampoco este tema que plantean de “ciencia útil o ciencia inútil”, o este otro que se pretende instalar, de “universidad versus Conicet”. Porque en el fondo el ministro, para justificar lo injustificable, dice que esto de relocalizar a la gente es un buen proyecto que lleva gente del Conicet a la universidad, cuando en realidad su plan era dejar a todos afuera en marzo de 2017, porque esa era la única realidad. Tratar de ubicar a la gente surge porque el ministro no podía terminar

con la toma, que amenazaba con que los científicos iban a estar en diciembre, en la noche de Navidad, en la toma. Entonces echó mano a lo único que se le ocurrió, que fue hacer “entrar por la ventana” a donde pudiera a un montón de gente que estaba recomendada y que, de acuerdo al Plan Argentina 2020, hubiera continuado su carrera en el mundo académico. Muchos de ellos en el Conicet, porque este planeaba vacantes del orden de los mil investigadores.

Y acá simplemente una reflexión, porque parece que las cifras de los investigadores nos marean o nos llevan después a confrontar con personas que dicen “uh, mil investigadores”. La verdad es que Argentina tiene tres investigadores cada mil habitantes de la población económicamente activa (PEA). Es un número muy bueno para Latinoamérica, pero totalmente alejado de los que tienen los países más desarrollados, cuya cifra ronda entre ocho y doce por donde se busque. Y el Plan Argentina 2020 —que nos guste o no es otra cosa, pero es un plan formulado desde el Estado y con discusión— tenía críticas (inclusive yo las tenía) pero proponía una meta, que era pasar de ese modesto número a uno de 4,6 por mil, en el peor de los escenarios. Y si ustedes hacen cálculos hay cincuenta mil investigadores (porque ese es el número que se maneja para llegar a este tres por mil). Cincuenta mil personas que tienen ocho horas dedicadas a la investigación, y ahí se incluye técnicos, becarios, investigadores, profesores... Pasar a 4,6 implicaba crear, al año 2020, veinte mil cargos de dedicación exclusiva. Entonces miren, hagan una regla de tres, y verán que ese es el número que apostaba tener el Mincyt de personas con dedicación exclusiva en el año 2020. Y hoy en día la discusión es cómo distribuimos 500 investigadores. Entonces la magnitud de esta discusión sobre 400 investigadores pierde la dimensión del plan, ese que era el

plan del ministro y el de Ceccato, que era su viceministro y que ahora parece haber olvidado dónde estaba sentado en su momento.

Para ubicarnos en esta discusión de cuál era el plan, y qué es lo que pasó: esto es simplemente un ajuste, que lo podemos visualizar desde el punto de vista de caja, porque el Estado se achica; porque a este Estado neoliberal le sobran distintas dependencias, y una de esas somos nosotros. Pero también va desde lo ideológico. Porque la verdad es que a esta gente no le gusta el espíritu crítico. Lo habrán escuchado a Marcos Peña. Entonces la disputa no pasa solamente por la caja, sino por otras cosas. Pasa por nuestra capacidad de discutirlos, de criticarlos y los vamos a criticar desde un lugar donde ellos se ponen incómodos. Porque es el lugar donde no tenemos intereses creados: lo hacemos desde el conocimiento y porque realmente es a partir de allí que podemos salir en disputa de las cosas que van a hacer.

Desarmando la falsa antinomia ciencia básica/ciencia aplicada

Les doy un ejemplo, y acá empezamos con esto de ciencia básica-ciencia aplicada y el rol de la ciencia, que me gustaría discutir. Porque muchas veces entramos en algunos puntos en los cuales ciertos ejemplos clarifican. Voy a poner uno sobre la manera en que la comunidad científica les obstaculiza los negocios: es el caso del voto electrónico. El intento de instaurar el voto electrónico fue desmantelado cuando un grupo de informáticos, que seguramente estaban haciendo *papers*, fue al Senado y les demostró con ejemplos muy claros que el sistema que compraban era vulnerable. Y así se acabó el voto electrónico. Inclusive estuvieron presionando

a la gente de informática, a los institutos del Conicet, para que dieran un informe positivo; hasta hicieron una comisión para que trataran de sacarlo. Pero ahí vemos un poco esta discusión de qué nos corresponde a nosotros como instituciones de ciencia y técnica, qué le corresponde al Conicet, qué le corresponde a la universidad. ¿Podemos aplicar este concepto de ciencia útil-ciencia inútil?

Quienes estamos en las instituciones de ciencia y técnica tenemos que apostar al conocimiento, a generarlo, y ese conocimiento tiene que cubrir todas las áreas. Para eso está la universidad, para eso está un consejo cuyas funciones son fomentar y financiar proyectos en todas las áreas del conocimiento. Ese es nuestro rol. Después está el Estado —y eso lo podemos admitir— que fija prioridades y que pone extras para que esas prioridades se coloquen en agenda. Pero nuestra función como institución es crear conocimiento, y no podemos decir hoy cuál es útil y cuál es inútil. Porque hay muchos ejemplos de conocimiento que parece inútil y que de repente se torna útil. En el caso de los informáticos, tal vez alguien les estuviera cuestionando que publicaran *papers*. Sin embargo, cuando se necesitó una opinión de expertos teníamos una comunidad que supo ir y cuestionar lo que se estaba haciendo, y que le brindó conocimiento a la sociedad para desarticular este tipo de iniciativas.

También puede pasar en medio ambiente, en salud: hoy se están bajando programas que son significativos y que hacen a un tema tan relevante como es la salud de la población. ¿Quiénes son los que pueden salir a decirles qué impacto va a tener esto? Con el ex Ministro de Salud Gollán estamos armando un proyecto para que en el futuro podamos tener un plan de salud para la República Argentina; un área que quedó pendiente, en la que tendríamos que haber hecho

mucho más, que no se terminó de hacer y que, sin embargo, es un tema muy relevante. Entonces, volviendo a este tema: ¿qué tenemos que hacer nosotros en nuestras comunidades? Promover todo el abanico, todo el conocimiento, en todas las áreas.

Voy a poner un último ejemplo, que no es de ciencias sociales, pero que a veces viene bien porque nos ayuda. Seguramente ustedes, los de ciencias sociales, tienen otros ejemplos pensados. Yo trabajo a unos metros de aquí, en el Instituto de Físicoquímica. En la década del 70 se decide abrir Aluar, que es la fábrica que produce aluminio en la Argentina. Y ahí en el instituto había un grupo de gente que estudiaba sales fundidas, hacía electroquímica de sales fundidas. ¿Qué hacía? Publicaba *papers*. Sin embargo, esa gente se fue a Puerto Madryn: fueron los que pusieron en marcha la planta y conformaron los grupos técnicos de Aluar durante todo su funcionamiento, hasta que obviamente vino otra generación. Ellos pusieron las cubas de electrolítica en marcha. En ese momento, ¿quién apostaba?, ¿qué era ciencia útil y ciencia inútil? ¿Cómo podemos predecir, por ejemplo, una epidemia? Cuando vino la gripe A, había virólogos en la Argentina, ya que tenemos virólogos muy destacados. Sin embargo, hoy en día podrían hasta ser cuestionados con este criterio de ciencia “inútil” que atrasa.

Creo que hay una falta de lógica en el discurso ministerial que realmente asusta. Porque ¿cómo vamos a destruir nuestra capacidad de investigación en salud? ¿Cómo vamos a destruir nuestra capacidad de investigación en química, en física? ¿En qué momento se nos requiere o se nos requerirá?

¿A quién transferimos conocimiento?

Otro tema que tenemos que pensar para el futuro como un punto de discusión es esto de la utilidad o no utilidad que hoy se plantea desde el punto de vista de la transferencia del conocimiento: es útil si se transfiere, es inútil si no se transfiere. Viene entonces a cuento esta reflexión de que uno no sabe *cuándo* va a transferir y *qué* va a transferir. Por lo cual nosotros, como instituciones básicas del sistema, tenemos que generar todo el conocimiento sin mirar cuál es su utilidad inmediata, y también admitir que el Estado debe financiar aquello que necesita para mañana.

Quiero retomar este punto para no olvidarlo: el tema es a *quién* transferimos. Entonces podemos preguntarnos, por ejemplo, si somos capaces de transferir al sector privado, y a qué tipo de sector privado. En la Argentina hubo reales procesos de transferencia, y eso es válido, cuando se recupera el espacio de ciencia, tecnología, conocimiento... Es más, cuando se recuperó este espacio se pensaron distintas estrategias de transferencia. Y es válido pensar en todas. Se pensó en los consorcios públicos-privados, a los cuales el ministro es tan afecto ahora. Después se pensó en el "emprendedurismo". Eran tres patas: el propio Estado, el emprendedor (aquel a quien le surgía la inquietud de armar una empresa, bueno, ahí estaba la posibilidad de apoyarlo) y después estaba el tema de los emprendimientos público-privados, en los cuales el Estado ponía casi toda la plata y el privado ponía muy poquito. ¿Pero cuál era la lógica? La lógica era que el privado finalmente empezaría a invertir más en ciencia y tecnología, empezaría a crear más demanda. Bueno, después de doce años la verdad es que el privado no traccionó absolutamente nada del sistema. La transferencia al sector privado es muy

baja, y en parte porque el privado tampoco tiene interés en este país; donde hay un empresariado que está pensando en la rentabilidad inmediata es muy difícil contar con que va a ser un actor importante. Y para aquel que lo quiera discutir: miremos la inversión, cuál fue el porcentaje histórico de inversión privada del PBI en Argentina. El Estado pone casi todo, 0,12 %; según cómo se mida y según cómo nos engañe el sector privado, podemos engrosar un poquito esa cifra. O sea que el privado no es, ni puede ser en la circunstancia actual, el único destinatario a quien nosotros transferimos conocimiento para que dinamice las relaciones entre nuestro sector y el sector productivo.

Después tenemos un segundo actor, que es, como decíamos, el propio investigador que se convierte en emprendedor. Cuando ve un nicho donde puede explotar sus capacidades, crea una empresa y de esa manera logra que ese conocimiento sea transferido a la sociedad a través de un desarrollo empresarial. Ese camino también fue recorrido en estos doce años. El Conicet tenía cuarenta *Empretecno*. No es que no se intentó, sí se intentó. Es más, muchos de ellos están transitando todavía. No es un camino que uno pueda decir "no hay que hacerlo". Aquel que tenga voluntad de embarcarse y tenga espíritu empresario, muy bien, y me parece correcto que se le proporcionen herramientas para intentar hacerlo. Pero nadie con dos dedos de cerebro puede pensar que eso va a cambiar la economía argentina. Yo recuerdo que Estados Unidos empezó un programa similar en el año 82, que se llamaba *Small Business*... no me acuerdo exactamente el nombre, pero algo relacionado con pequeños negocios de inversión. Y después de casi veinticinco años de funcionamiento, llegaron a la conclusión de que quienes realmente habían tenido éxito con los emprendedores habían sido

aquellos empresarios que habían usado el recurso y que después sí habían tomado doctores, ingenieros, distinto personal capacitado, pero el que lo había llevado adelante había sido el empresario, no los investigadores. Y la conclusión era similar a la de un sujeto de Silicon Valley, quien hizo un muy interesante reportaje que anda por la web, que dijo “los científicos son pésimos empresarios”, y también “nómbrenme un premio Nobel que haya abierto una empresa”. Entonces no se equivoquen con este tema: los mejores son los empresarios que han usado estos elementos, estos recursos, y han armado empresas. Pero eso se hizo siempre en un ambiente de capitales, que los países periféricos como Argentina no poseen.

Ustedes habrán visto que el Ministerio ahora ha largado con bombos y platillos la plataforma MIA. Esta es una plataforma que está pensada para que los investigadores suban sus proyectos y los empresarios los miren y digan “ah, voy a sacar la plata de las Lebac, que me dan el 46 % y la voy a meter en ese proyecto de riesgo, porque ¡qué bueno que es el proyecto!”. Y por otro lado se cargan a todas las vinculaciones de las instituciones, porque los acuerdos los hacen directamente. Entonces todo lo que hacen de vinculación la UNLP, el Conicet, la UBA, se acabó. Saltan por encima de todo. Este tipo de lógicas, que van a ir al fracaso, nos llevan en realidad a un tercer actor, que es el Estado.

El rol del Estado como demandante de conocimiento

Aquí viene un poco lo que vengo reflexionando en la mayoría de los encuentros: el rol del Estado como demandante de conocimiento. Lo cierto es que en nuestros países el que necesita conocimiento es el Estado. Tiene montado un sistema

de ciencia, tecnología, educación y no lo utiliza, o lo utiliza mal. Y tal vez ese es el punto a donde deberíamos apuntar claramente como un cambio radical. Nosotros deberíamos ser los consultores del Estado. El Estado debería consultar temas relevantes con las universidades, pero por ley, no por un contrato directo. Entonces tendríamos que tener una ley, como tiene China, por la cual la Academia de Ciencias es su consultora. Nuestras organizaciones, nuestras instituciones, deberían ser las que demanden a los investigadores. Es decir, que a esos investigadores que hoy están publicando un trabajo, se les pida una opinión sobre tal tema, que es de salud pública, o medioambiental, o que hace a la informática, y nosotros tengamos que dejar de lado estas cosas, dejar nuestra actividad académica, y elaborar los informes que nos demande el Estado.

De esa manera, podríamos articular inmediatamente gran parte de nuestras capacidades, que están en los institutos, en los departamentos de las universidades, y podríamos dinamizar las demandas. Porque si no logramos mostrar que somos capaces de ser útiles a la sociedad, nos van a eliminar, nos van a reducir, como lo están haciendo. Como lo expusieron muy bien los compañeros que estuvieron acá en la apertura, esta lógica de para qué estudian, para qué hacen esto, si no se aplica, para qué queremos tantos biólogos moleculares, si a fin de cuentas, eso para qué sirve... ¿qué empresas abren los biólogos moleculares, o los que están haciendo diagnóstico molecular en un hospital?

Entonces me parece que debemos tener bien en claro esta disputa de a quién transferimos y quién es el demandante, y qué sería lo que deberíamos proponer. Porque no nos basta con ir ahora, tomar el Ministerio: nos vamos a quedar con esto y mañana nos van a hacer alguna otra cosa.

Aquí quisiera ir concluyendo, y dejar tiempo para preguntas, que me parece que es lo más interesante. Solamente una reflexión en relación con lo que se comentaba aquí al principio sobre las relaciones de becarios, investigadores, Conicet, universidad. El Conicet es una institución compleja; hoy tiene 220 institutos, desde Jujuy hasta Tierra del Fuego; trabaja en cooperación con todas las universidades, tiene toda una complejidad en su gestión y en su lógica interna, que lleva mucho tiempo poder cambiar. Nosotros hicimos algunos avances importantes. Sepan que en la actualidad tenemos los Proyectos de Desarrollo Tecnológico y Social que se hicieron fuera de la lógica de evaluación de los *papers*. O sea, contamos con la posibilidad de ser evaluados de otra manera, y eso se hizo porque se quería cambiar la lógica de que las únicas herramientas con las cuales el Conicet evalúa sean los trabajos, los *papers*.

Se hicieron también otros aportes. Quiero comentarles nada más que en junio de 2015 nosotros elevamos a Jefatura de Gabinete un convenio colectivo que contemplaba el contrato para los posdoctores, el pase a contrato de todo el espectro de posdoctores. Y eso era una millonada de plata, les puedo asegurar, solamente un contrato era complicado. Pero bueno, todo eso se hizo pero nos faltó terminar. Hay muchas cosas que quedaban: el convenio colectivo era muy interesante porque creaba relación, o transparentaba relaciones que estaban congeladas en el tiempo, y la verdad es que la institución merece que sean revitalizadas. Lo menciono un poco para proponer esto para el debate.

Las políticas científicas entre el decir y el hacer

Gloria Chicote

Directora del Instituto de Investigaciones en Humanidades
y Ciencias Sociales (UNLP-Conicet)

Voy a tratar de pensar un poco toda esta problemática focalizada desde nuestras disciplinas. En primer lugar, cuando nosotros analizamos la actual política científica y las políticas gubernamentales en su conjunto, creo que tenemos que diferenciar entre los objetivos básicos de esas políticas y los instrumentos que se utilizan para llevarlas a cabo. Creo que a esta altura, después de estos dos años del actual gobierno, no tenemos dudas acerca de los objetivos básicos. Este es un gobierno con una clara orientación política de derecha, que se propone un rápido avance de políticas neoliberales. Y ese avance de las políticas neoliberales tiene distintas formas con las cuales se van a llevar a cabo. Se vacían las instituciones estatales y los ámbitos públicos, se realizan acciones concretas como los ajustes, los recortes presupuestarios, las ventas, las concesiones indiscriminadas de los recursos naturales, de las empresas nacionales. Pero en torno a la concreción de los objetivos se desarrollaron distintos instrumentos. Estos instrumentos, en principio, pueden ser discursos que se impusieron desde distintos espacios, también desde los medios de comunicación, que se siguen imponiendo día a día y se siguen difundiendo.

Pero también hay acciones. O sea, todo ese bagaje discursivo está acompañado por acciones concretas. Los instrumentos son múltiples y diversos, pero tienen un componente común.

Quizás una profesora de literatura lo podría calificar como algo relacionado con el disfraz, con el travestismo, con la idea de decir una cosa pero hacer otra. Hay una confusión entre un discurso que tiene determinada orientación y una acción que tiene otra, pero en el cual se produce una fisura. Siempre, o en la mayoría de los casos, podemos acceder a esa fisura, en la cual podemos intuir qué es lo que en realidad se quiere decir y qué es lo que realmente se quiere hacer.

La reorientación regresiva de la política científica

No voy a detenerme en un análisis exhaustivo de esta contradicción entre el decir y el hacer, pero creo que esta es una de las razones de este malestar cotidiano, de esta incertidumbre en la que vivimos. Esa situación que nos resulta algo así como movernos en una cornisa, que nos tiene en la cuerda floja, entre la indignación por lo que ya sucedió y la incertidumbre por lo que va a suceder y todavía no sabemos qué es. Creo que eso es lo que nos está pasando en el día a día y es parte de este malestar, de esta impotencia e inmovilización.

Es una estrategia muy meditada por las actuales políticas gubernamentales, y de ella por supuesto no se escapa nuestro sistema científico, que es el punto del debate de hoy. Este debate que nos convoca, acerca de la orientación regresiva de la política científica, es el emergente de una línea de discusión que no empezamos hoy sino que venimos denunciando desde sus primeras manifestaciones. Hace dos años que venimos discutiéndolo y estimo que ya no tenemos dudas acerca de esa resignificación concreta de la política científica.

El componente novedoso es que cada día, como se decía recién, tenemos un nuevo elemento, un nuevo componente negativo, una nueva ocasión para esa regresión. Simplemente,

estamos frente a una crisis del sistema que pretende enunciarse como una resignificación. Un planteo, en primer lugar, de una falsa dicotomía entre investigación básica e investigación aplicada, algo sobre lo que ya se hizo abundante referencia. Y el auge de un giro tecnológico mal entendido, concebido solo como la alianza de la investigación con el mercado para obtener productos rápidamente comercializables, y no entendido con la profundidad que ya bien explicó Roberto.

En este modelo, por supuesto, la investigación se piensa únicamente como destinada a la solución del problema inmediato, del aquí y ahora; y también para generar ganancias y dividendos, en particular del sector privado, con todas las incongruencias que este objetivo tiene. Es obvio que en este modelo tienen muy poco lugar las ciencias básicas en su conjunto, las que proyectan hacia el futuro, las que no están trabajando para el hoy, para lo inmediato, las ciencias sociales en especial, excepto cuando son llamadas para solucionar un problema del momento.

Ya nos han convocado muchas veces para que solucionemos *hoy* el problema de la pobreza, el del conflicto social, el de la educación. Problemas que la política en su conjunto no ha podido solucionar mientras que, por supuesto, el espectro político no hace propia la agenda de la investigación. Es decir, ¿en qué medida somos útiles?; ¿quién atiende nuestras sugerencias?

Se produce, por tanto, un proceso de estigmatización de las ciencias sociales en su conjunto. Pero también quiero hacer una observación muy puntual: este proceso de estigmatización se produce incluso más en las llamadas disciplinas clásicas de las humanidades, la historia, la filosofía, la literatura; esta intención de poner un nuevo paradigma que conlleva

la desvalorización de todas nuestras tradiciones intelectuales. Con ese discurso se menoscaba todo lo que se refiere al desarrollo de un pensamiento abstracto y lo que constituye una profundización teórica o crítica.

Cualquier referencia a la construcción del pensamiento crítico fue explícitamente estigmatizada por el jefe de ministros Marcos Peña y por el consultor Durán Barba. En los medios de comunicación se ha escrito extensamente sobre lo perjudicial que ha sido el desarrollo de un pensamiento crítico en las últimas décadas en las facultades de Humanidades y Ciencias Sociales. Es decir, todo lo que nosotros hacemos, todo lo que habilita realmente nuestra intervención en la problemática social, en el diseño de políticas públicas con una reflexión profunda y no como receta de solución inmediata, está totalmente desvalorizado. También lo están las investigaciones de carácter diacrónico. Todas aquellas perspectivas que se proponen comprender la profundidad histórica de nuestras culturas; lo que permitió, como tan bien se dijo, avanzar en los estudios de historia y memoria, en los derechos humanos, en una reflexión intercultural en las problemáticas de la historia, está no solo desvalorizado, sino estigmatizado.

Contradicciones entre el decir y el hacer

En este sentido, creo que se produce una contradicción flagrante entre la orientación de la amplia mayoría de nuestras investigaciones —es decir, de lo que realmente hacemos el 80 o el 90 % de todos nosotros— y los requisitos de las actuales convocatorias del Conicet. ¿Por qué? Porque pasa con estas convocatorias lo que acabo de decir: detrás de un recorte presupuestario, detrás de un ajuste, hay una justificación discursiva que nos está diciendo “hay que hacer otra

cosa, hay que resignificar el rol de la ciencia". Bueno, voy a dar algunos ejemplos para después abrir el debate.

En primer lugar, una contradicción entre este decir y hacer se ve en el ajuste de los ingresos a la carrera de investigador; las restricciones de los ingresos en el año 2016 que llevaron al actual conflicto, al que no voy a hacer más que una breve referencia porque todos lo conocemos, y además lo estamos viviendo en este preciso instante. El ajuste determinó que alrededor de 500 investigadores quedaran afuera sin justificación alguna. Se negó el ingreso, y al mismo tiempo se otorgó una partida de dinero adicional para que ingresaran en una especie de sistema *consuelo*. Se puso de manifiesto que la raíz del conflicto fue netamente ideológica, no un problema presupuestario.

En segundo lugar, una contradicción flagrante se percibe entre la política de formación de recursos humanos y los sistemas de inclusión de los mismos. No sé hasta cuándo va a perdurar esa contradicción, porque es posible que en un tiempo no muy lejano se reduzca mucho la política de formación de recursos humanos. Si disminuye el número de becas, quizá no haya tanta contradicción entre la cantidad de recursos humanos formados que tenemos y las posibilidades de incluirlos. Simplemente, producto de este recorte, va a dejar de existir.

¿Por qué digo esto? Porque muchos de nosotros estamos analizando un proyecto de plan estratégico del Conicet en el cual hay múltiples equívocos y fundamentaciones absolutamente problemáticas, como la utilización de un léxico ajeno al ámbito científico. Por ejemplo, términos que proponen hablar de "marca Conicet". El Conicet como una marca, con una evidente lógica empresarial, lógica de las necesidades

del mercado. Entre los enunciados de este proyecto de plan se hace referencia concretamente a que habría que ver la posibilidad de disminuir las becas para inyectar ese dinero en otras necesidades del sistema.

En tercer lugar, con respecto a los temas estratégicos también se da una contradicción, porque la gran mayoría fueron tomados del Plan 2020, que ahora se está dejando de lado por completo. Se pone fin a esa "armonía distributiva" que hace por lo menos una década venimos desarrollando entre las cuatro áreas del Conicet, que es un 25 % de cargos para cada una de las áreas. El presidente del organismo, el doctor Ceccato, contestó a esto: "no, esto no va a suceder más, ¿por qué hay que partir al chico en cuatro?"

En la actual política de ingresos se propone un 50 % de cargos destinados a temas libres y otro 50 %, a temas estratégicos. ¿Qué es un tema libre? En una reunión muy tensa que tuvimos los directores de los institutos de humanidades y ciencias sociales con el presidente y con el directorio del Conicet en su conjunto, uno de los miembros dijo algo así como: "¿Qué es eso de estudiar lo que cada uno quiere?". En realidad, los llamados *temas libres* de ninguna manera son eso, sino que responden a la lógica de producción de equipos de investigación. Equipos constituidos en ámbitos en los que se debaten los temas de agenda dentro de la comunidad académica internacional y en los institutos en los que se propicia el desarrollo de determinadas líneas de investigación.

Defensa de la sinergia del sistema científico nacional

Ya para cerrar quiero retomar la sinergia que en los últimos años se ha consolidado entre las universidades nacionales y el Conicet. Lo enfatizo porque los que pintamos canas sabemos que no siempre fue así, y que fue un arduo trabajo la construcción de esa sinergia. Estemos atentos, porque yo creo que esta vuelve a estar en peligro. Estemos atentos y atentas a esa falsa oposición entre Conicet y universidad. Por ejemplo, dichos como los del ministro Baraño sobre que en el Conicet se investiguen las cosas serias, y que todo lo demás vaya a las universidades... ¡Por favor!

Eso fue lo que tratamos de deconstruir, y lo logramos con la creación de este Instituto. El IdIHCS fue promovido en forma conjunta por los investigadores *puros* de la Universidad Nacional de La Plata y por los investigadores *mixtos* UNLP-Conicet. Todos los que estamos acá presentes somos sujetos totales que compartimos edificios, cátedras e institutos. Nadie tiene una etiqueta que dice "Conicet" más grande ni más importante que otra que dice "Universidad", o viceversa. En eso somos, como acabo de decir, sujetos totales, no sujetos escindidos. Interactuamos en estas dos instituciones, y debemos defenderlas.

Que no nos vengan a contar que los ministerios están separados porque eso no tiene nada que ver con los actores que trabajamos en este tema. Que no nos vengan a contar que la ciencia no tiene nada que ver con la educación. Y que no nos digan, como está diciendo ahora el ministro Baraño ante los reclamos: "ah, eso ya no tiene nada que ver con nosotros, hagan el reclamo al Ministerio de Educación". Es la respuesta que dio a los becarios. La investigación y la educación no pueden escindirse, aunque las reparticiones sean diferentes

y un ministro diga que es el problema del otro. No entremos en esa trampa y valoremos esta sinergia cada vez más virtuosa. Seamos conscientes de ella, de lo que significa esa trampa, y de lo que nos potencia esta sinergia entre instituciones.

Por fortuna, la realización de un encuentro como este contradice esta demonización de la que estamos siendo objeto. La reflexión sobre el discurso y la construcción de un pensamiento crítico son nuestras herramientas teóricas y metodológicas. Hoy más que nunca creo que tenemos que seguir haciendo uso de ellas como lo hicimos siempre.

La batalla del INTI como brújula de un proyecto de país industrial e inclusivo

Diego Hurtado

Director del Centro de Estudios de Historia de la Ciencia y la Técnica (UNSAM)

Lo que está pasando en el Instituto Nacional de Tecnología Industrial hoy, en el momento en el que está ocurriendo, es histórico. Si uno mira la historia del INTI, entiende que lo que sucede con Tecnalía³ resulta escandaloso por numerosas razones. El INTI es el principal organismo capacitado para pensar la transferencia dentro del sector de CyT. Y mientras los funcionarios del sector justifican el recorte bajo el supuesto criterio de la falta de transferencia de los investigadores, al mismo tiempo se ataca desfinanciando y despidiendo en el instituto.

Cuando uno mira la trayectoria del instituto, puede observar que es una institución especialmente sensible en un país que tiene un sector industrial caracterizado por un proceso de industrialización inconcluso. Es decir, si tuviéramos que señalar hitos traumáticos en la historia económica de nuestro país, uno de los rasgos más notorios de nuestra condición de país no desarrollado es el de no haber logrado completar el ciclo de industrialización.

3 Se refiere al diseño de un Master Plan para reestructurar el INTI, elaborado a inicios del 2018 por una empresa de origen vasco llamada Tecnalía. Para ampliar, ver <http://www.ambito.com/913107-el-inti-pago--295000-a-organismo-espanol-por-el-plan-de-reestructuracion>

El INTI fue creado para acompañar el proceso de industrialización, para generar investigación y desarrollo, para intervenir en aquellos sectores que necesitan desde apoyo logístico hasta una intervención estratégica. Entonces, cuando uno revisa la historia del organismo, no es casual encontrar que fue una de las instituciones más castigadas durante la última dictadura, cuando no solo se cerraron varios centros de investigación y desarrollo, sino que también se lo desfinanció y se intentó reducir sus funciones a no mucho más que registrar contratos, con tareas estadísticas e informativas. Hoy nos están faltando una o varias tesis de maestría o doctorado que trabajen la trayectoria del INTI.

Se pueden citar dos ejemplos que son emblemáticos de aquel período. Primero, el del grupo de electroquímica aplicada, que contaba con dos directores de muy alto nivel académico y con capacidad de asistir a la industria: la dictadura lo disolvió y con el retorno a la democracia llevó más de diez años recuperarlo. El otro ejemplo es el del grupo de semiconductores, integrado en los inicios de la dictadura por quince personas. Allí quedaron tres investigadores; al resto se les prohibió la entrada a la institución. No hay que olvidar que en Argentina había una empresa que competía en el mercado local con calculadoras y a comienzos de los setenta había podido desarrollar un prototipo de computadora nacional. Que la dictadura destruyera el grupo de semiconductores del INTI en esos momentos, cuando en el mundo comenzaba a irrumpir la revolución de las TIC es un hecho sombrío que muestra que Argentina debe hacer frente a un campo de fuerzas que busca relegarla al lugar de país productor primario y, desde la última dictadura cívico-militar, de espacio para la especulación y el saqueo financiero. Como institución, el INTI había sido concebido para un proyecto de país que iba

en la dirección totalmente opuesta. En retrospectiva, hoy sabemos que la dictadura inició un ciclo de desindustrialización que iba a extenderse por un cuarto de siglo. ¿Para qué quería entonces la última dictadura una institución como el INTI?

El proceso de industrialización venía escalando trabajosamente desde 1930; a comienzos de los años setenta mostraba serios problemas, pero también algún dinamismo que hoy hace pensar que si la dictadura no hubiera ocurrido, Argentina podría haber completado su ciclo, superado la etapa de sustitución de importaciones y la restricción externa, para pasar a la categoría de país con industria. Sin embargo, la historia liberal sostiene que el proceso de industrialización en la Argentina fracasó, cuando en realidad lo que ocurrió es que se lo clausuró a partir de una dictadura genocida. Entonces digo, no es casualidad que el INTI haya sido una de las instituciones más golpeadas por las políticas económicas y de terrorismo de Estado de la última dictadura.

La trayectoria del instituto en los ochenta acompaña el drama de la Argentina en ese período: un país que intenta recuperar una dinámica democrática, pero que se encuentra empantanado en la trampa de la deuda externa heredada y en el intento de erradicar las prácticas autoritarias de nuestras instituciones. Y en algún sentido, el gobierno radical impulsa políticas científico-tecnológicas que presentan algunos logros moderados, pero que en conjunto fracasan. Entonces uno mira al INTI durante la década de los ochenta y lo ve a la deriva. Un INTI con gente muy valiosa, que intenta recuperar su lugar y su identidad, pero en un contexto muy desfavorable. A mi juicio, uno de los presidentes emblemáticos que marcó la institución, Enrique Martínez, logró en esos años instalar un rumbo y una identidad que el organismo había perdido durante la última dictadura. Hay que tener claro que Enrique

Martínez —un referente del pensamiento de políticas industriales y tecnológicas en la Argentina y en la región— es él mismo, sus ideas, fruto de su lugar como presidente del INTI, de forma semejante a como las ideas de Jorge Sábato fueron un producto de su desempeño en la CNEA.

Luego llega la década de los noventa y nuevamente vemos, por ejemplo, un INTI que en el año 1990 es llamado a una audiencia parlamentaria para ver si se clausura, si se cierra, o si sigue en funcionamiento. No sé si me entienden lo que estoy diciendo, sobre todo la gente joven: a comienzos de los años noventa al INTI se lo quiso clausurar, cerrar, bajar las persianas, dejarlo en el pasado. Lo que se discutió en esa audiencia fue para qué servía. “Algunas preguntas eran durísimas, porque apuntaban en muchos casos a deficiencias reales de nuestra institución, otras eran malintencionadas”, cuenta uno de los miembros del INTI que participó de su defensa. ¿Cómo imaginar un país sin capacidad en metrología, certificación de procesos, homologación, etc.? ¿De qué manera el neoliberalismo argentino imagina un país que no necesita investigación y desarrollo para sus empresas? Son preguntas que lamentablemente vuelven a tener vigencia desde 2016.

El INTI logró defenderse de este intento de cierre, consiguió sobrevivir. En realidad no lo terminan cerrando, no por las razones “racionales” o por una evaluación de sus funciones, sino por un problema de costo político. Todos sabemos lo que son los gobiernos neoliberales en Argentina, y que la única ecuación que manejan es el costo político. Esto mismo sucede ante el conflicto actual.

Yo no creo que al gobierno de Macri le importe entender si el INTI sirve o no sirve, si cumple algún rol o no lo cumple.

Claramente el proyecto de país de este gobierno es enemigo del trabajo, de la industria, de la ciencia y la tecnología. El INTI cumple justamente con estos tres rasgos: busca apuntalar con logística y conocimiento los mundos del trabajo, la industria y la ciencia y la tecnología, probablemente con mayor claridad que cualquier otra institución. En ese sentido me parece que es una institución emblemática y que el neoliberalismo lumpen que hoy gobierna no tiene idea de nada, como no sea algún negocio para los amigos o parientes del poder.

Vuelvo a la década del noventa. El INTI de aquellos años también tuvo que atravesar un proceso de intento de clausura, políticas de retiro voluntario. No tengo el número, pero la cantidad de gente que se desgranó del organismo fue importante, y mucha de esta gente era probablemente en ese momento la más valiosa, porque era la que tenía mayor experiencia.

El péndulo de la ciencia argentina

Cuando uno mira esta trayectoria —con la notoria excepción del período 2002-2015 en que el INTI recupera su identidad al retornar un proyecto de país industrial e inclusivo—, lo que está ocurriendo desde 2016 a hoy ya no es una novedad. Vamos que se trata de un proceso de recurrencia, que acompaña a una historia política dramática de un país que muestra tener absolutamente todas las condiciones necesarias para generar lo que los economistas llaman “despegue económico” o “desarrollo económico”. Argentina lo demuestra con creces desde la década de los cuarenta en adelante. Incluso con manifestaciones previas, si pensamos en hitos del estilo de la creación de YPF y del Instituto Aerotécnico de

Córdoba en la década de 1920. Y sin embargo, el péndulo de la economía argentina —como lo llamó el economista Marcelo Diamand— que va de modelos desarrollistas a modelos neoliberales, está bloqueando desde hace décadas el despliegue de la Argentina industrial.

Hoy el péndulo se desliza hacia el lado de la destrucción de capacidades industriales, tecnológicas y científicas. En este escenario aparece Tecnalía; es decir, la decisión irrisoria de apelar a una consultora privada para —como dicen estos CEO que nos gobiernan— generar un plan de negocios o un plan de institución, un “*master plan*”, como dice el *power point* de Tecnalía, que en su primera página habla de un “INTI Innovation Center”, así, en inglés. Se dice allí: “Este proyecto permitirá al INTI ser una figura catalizadora de la política de innovación argentina”. ¿Alguien vio esta cosa llamada “política de innovación argentina”, salvo que con esta expresión se refieran a recortes y desmantelamiento de proyectos tecnológicos? Continúa diciendo: “Fomentando la cultura de la innovación en la sociedad”. Perdonen que les amargue el mediodía con estas frases, porque este es el tono de las 72 transparencias. Esto es humo, no dudemos. ¿Cuál es la cultura de innovación de los CEO que gobiernan? ¿Alguien vio que alguno de ellos haya invertido una parte infinitesimal de lo que sabemos que fugan, en algún laboratorio o actividad de investigación y desarrollo? ¿Son emprendedores los CEO que juegan al dólar futuro? ¿Hacen aportes a las universidades privadas, que ellos mismos suelen poner de ejemplo, para que estas compren equipamiento o dicten carreras de ingeniería, por ejemplo? Yo no gastaría cinco minutos, realmente, en el *power point* de Tecnalía, que es humo para países bananeros. No hay una sola idea concreta.

Pero Tecnalia no es el problema. El problema son los que recurren a Tecnalia, que parece que está hace varios años en Colombia y México, pero si uno busca “Tecnalia México” o “Tecnalia Colombia” no encuentra nada.

Al tema Tecnalia lo podemos ver como un caso espejo al de la contratación de la consultora McKinsey, que se trae a la Argentina para elaborar el plan de negocios de la empresa Arsat. Esto ocurre desde comienzos de 2016. Es decir, asume el gobierno de Macri, y para el plan de negocios de Arsat se contrata una consultora norteamericana y se le pagan más de 12 millones y medio de pesos. La consultora McKinsey elaboró un plan de negocios. Hasta la fecha, ¿qué resultados dio? Arsat 3 paralizado y 23 satélites extranjeros prestando servicios en los cielos argentinos. Podría dedicarme un rato largo a contar el vacío que hay detrás de este asunto. A todo esto lo tenemos al presidente de la empresa, Rodrigo de Loredo, yerno de Aguad⁴, que hace poquito salió en los diarios afectado por este problema de los parientes, explicando que él no tenía ninguna experiencia con satélites y que era la primera vez que manejaba una empresa de telecomunicaciones. Les recomiendo buscar en la web las declaraciones de Rodrigo de Loredo.

Es decir, es totalmente comprensible que a la fecha todo esté paralizado en Arsat. Que lo único que se esté haciendo es permitir que satélites extranjeros presten servicios en el cielo argentino. ¿Y el plan de negocios que elaboró la empresa McKinsey? Parece que no sirvió para mucho. En este caso, De Loredo nos explica que el plan de la consultora “no nos

4 Oscar Aguad fue Ministro de Comunicaciones del gobierno de la Alianza Cambios de 2015 a 2017 y desde 2017 ocupa el cargo de Ministro de Defensa.

dijo nada que ya no supiéramos”. Interesante, porque entonces habría que pedirle a McKinsey que devuelva los 12 millones y medio de pesos.

Cito el caso de McKinsey, pero lo mismo podríamos ver con Río Turbio. Se está desmontando Río Turbio. Este es un tema delicado. Hay gente que piensa que quemar carbón puede en algún sentido ser políticamente incorrecto, porque va en la dirección del cambio climático. Sin embargo, cuando uno ve lo que quema Argentina en su matriz primaria, es el 1 % de carbón, y Alemania, el gran país que impulsa la gran política de energías limpias, está quemando el 40 %. El Este asiático está quemando más del 40 %, Estados Unidos el 12 %. Es decir que en términos de calentamiento global, Río Turbio es como prender un fósforo, y lo que tenemos que pensar es que de Río Turbio dependen dos comunidades y que es carbón barato, carbón de buena calidad. O sea, es un emprendimiento energético totalmente viable que diversifica la matriz energética argentina, y que además tiene componentes de desarrollo social y tecnología nacional.

¿Qué está haciendo este gobierno con Río Turbio? Poniendo una consultora privada para que les explique qué es lo que tienen que hacer. Algo sobra: o sobran los funcionarios del gobierno o sobran las consultoras. Porque la consultora, con la misma lógica, puede decir: “yo voy a contratar a otra consultora”, y así podríamos seguir al infinito. En definitiva paga el Estado argentino, es decir, pagamos todos nosotros. Dejamos para otro momento analizar el papel de las consultoras, los intereses que representan, desde dónde hablan para aconsejar direcciones estratégicas a un país soberano, etc. También la cuestión de apelar a consultoras extranjeras cuando nuestro país tiene una comunidad científico-tecnológica de más de cuarenta mil profesionales, más de 50 universidades públicas

que son usinas de producción de conocimiento y que conocen en conjunto infinitamente mejor las necesidades de nuestro país que una consultora que utiliza los mismos criterios —y probablemente el mismo *power point*— para Argentina, Turquía, Pakistán o Vietnam.

Para finalizar creo, como evaluación personal, que este gobierno ya fracasó. Este gobierno de Macri no tiene rumbo, sus políticas económicas fracasaron en sus propios términos. Si hoy no es evidente el fracaso, no lo es en todo caso porque tienen este gran blindaje mediático, inédito, que distribuye confusión, incertidumbre y miedo sobre la base de la manipulación de los peores rasgos de derecha de la sociedad argentina. Así que me parece que lo que tenemos que hacer es seguir en esta posición: nos quedan todavía dos años. No tenemos que dejar avanzar —en la medida de nuestras posibilidades y dentro del marco de la democracia— las políticas de este gobierno en lo que respecta a nosotros, al campo científico-tecnológico, al sector productivo.

Pero además, tenemos que aprovechar este momento para ver si podemos dar un salto cualitativo. Hay mucho aprendizaje, mucho aprendizaje social, económico y político. Quiero decir, de lo que ocurrió en la Argentina entre 2003-2015 hay mucho para aprender. Hay que resistir, pero también tenemos que estar preparados para llegar al gobierno en 2019 y que no nos vuelva a ocurrir, en algún sentido, lo que nos ocurrió. Tenemos que llegar con un plan muy concreto para nuestra industria, para nuestra ciencia y tecnología; debemos poder plantar en seis meses una dirección muy clara de un proyecto de país industrial, científico-tecnológico, que incorpore la variable trabajo. Creo que ahí tenemos el desafío importante.

Hoy tenemos que resistir en el INTI. Yo creo que el INTI está marcando hacia el futuro lo que tiene que ser nuestra posición en los próximos dos años, de acá al 2019. Pero déjenme decirlo de esta manera: no tenemos que dejar de pensar en llegar al 2019 con un plan de política científico-tecnológico-industrial que incorpore también al mundo de los gremios y a los movimientos sociales. Debemos entender qué necesitan los trabajadores del campo científico-tecnológico, de los sectores de nuestra industria; qué reclaman los sectores más vulnerables en nuestro país, para responder con eficacia. Para esto el INTI es fundamental.

Parte 2

Conocimiento y sociedad: transferencia y apropiación social del conocimiento

Resistir para seguir construyendo una universidad más democrática

Yamile Socolovsky

Directora del Instituto de Estudios y Capacitación (IEC/Conadu)

Me resulta muy estimulante que me hayan invitado a participar en esta jornada en mi carácter de directora del Instituto de Estudios y Capacitación (IEC) de la Federación Nacional de Docentes Universitarios (Conadu). Se trata de una ocasión importante en un momento difícil, particularmente en estos días en que los tiempos parecen ponerse bastante más candentes. En todo caso, creo que es valioso el esfuerzo de convocarnos no solo para pensar cómo nos defendemos de una política que agrede a la universidad y a la producción pública del conocimiento, sino también para reflexionar sobre un proceso de transformación que se venía desarrollando en los años anteriores de manera muy interesante, en el cual se instalaron problemas y se produjeron algunas transformaciones relevantes en nuestras universidades y en nuestro sistema científico-tecnológico. Pero también un proceso en el cual muchas intenciones quedaron inconclusas. Por eso resistir también es defender nuestro deseo de seguir construyendo ese camino de democratización del conocimiento, de democratización de nuestras instituciones universitarias.

En este sentido, es importante evitar que la reacción defensiva bloquee debates que están abiertos y que, en todo caso, son el mejor horizonte que podemos plantear para la pelea en este momento. Para una pelea en la cual, además, el gobierno constantemente nos arrincona en los peores lugares. El gobierno nacional construye escenarios que son difíciles

porque generan tensiones incluso entre los propios colectivos que constituyen estos espacios de lucha. Por eso, considero que es necesario pensar más allá de las coordenadas que nos imponen quienes hoy deciden la política pública de educación, ciencia y tecnología. Tenemos que seguir acumulando ideas, debates y fuerza para defendernos, pero defendernos desde una perspectiva transformadora que nos permita construir futuro.

Pensar el Instituto de Estudios y Capacitación (IEC)

Me gustaría compartir con ustedes una mirada sobre la forma en la cual construimos el IEC de Conadu. El instituto empezó a desarrollar actividades hace ya un tiempo, en el año 2007. Es importante tener presente esta fecha porque el hecho de que desde Conadu se haya pensado en organizar un instituto de este tipo no se puede desvincular del contexto político en el que nos encontrábamos. En ese momento se inició un nuevo período en la vida política de la organización.

Hacia unos años habíamos empezado a tener paritarias nacionales de manera regular y se desarrollaba un proceso de mejora en las condiciones del trabajo docente universitario. Las paritarias regulares empezaron en el año 2005, momento a partir del cual tuvimos una permanente discusión con las autoridades gubernamentales e institucionales no solamente respecto de nuestras condiciones de trabajo sino también, poco a poco, sobre otras cuestiones asociadas al desarrollo del sistema universitario. Se percibía además una política que, a diferencia de la que habíamos vivido en las etapas anteriores, prestaba a la universidad una particular atención que se expresaba sobre todo a través del incremento de la inversión presupuestaria.

Desde Conadu nos propusimos impulsar un proyecto de sindicalismo capaz de instalarse en el espacio universitario como un interlocutor válido y legítimo para dar debates acerca de cuestiones más inmediatas vinculadas a las condiciones de trabajo, pero también sobre el sentido mismo de nuestra actividad como docentes, y sobre el rol estratégico de la universidad en la promoción de un modelo de desarrollo nacional. En ese contexto, nos pusimos como meta la tarea de organizar el trabajo del instituto, con una muy pequeña estructura. Teníamos que resolver el modo de producir algo que le permitiera a la federación y a sus sindicatos de base contar con más elementos para intervenir en la política universitaria. Comenzamos por hablar con Pedro Krotsch porque, por supuesto, lo primero que pensamos fue en consultar a los compañeros que estaban estudiando y discutiendo la universidad desde hacía mucho tiempo.⁵ Además del estímulo a la construcción del instituto, Krotsch planteó la necesidad de promover una vinculación con el campo académico de estudios sobre la universidad. Este campo, del cual él era un referente indiscutido, venía desarrollándose de manera sostenida desde hacía una buena cantidad de años.

5 Pedro Krotsch (1942-2009) fue un sociólogo argentino, profesor e investigador en diversas universidades nacionales y extranjeras. Secretario de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, director del Instituto de Investigaciones Gino Germani y representante de las universidades en la Coneau, fue impulsor del desarrollo del campo académico de estudios sobre la universidad, y ayudó a conformar grupos de trabajo y proyectos institucionales no solo en Argentina sino en otros países de América Latina. Su actividad en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP fue decisiva para el inicio de un espacio de reflexión crítica sobre la cuestión universitaria. Véase "Recordado Pedro Krotsch" por Dora Barrancos en el N.º 1 de la revista Política Universitaria, disponible en http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iec-conadu/20171114055305/pdf_844.pdf

Surgió la necesidad de acercar este campo académico con un actor que estuviera comprometido a tomar ese conocimiento y utilizarlo para la acción política. El sindicato, según Krotsch, podía y debía comprometerse con esta tarea.

Se trataba entonces, por un lado, de contar con los elementos necesarios provistos por este campo de estudios para analizar y diagnosticar lo que pasaba en el sistema universitario. Pero también, por otro lado, de lograr que ese conocimiento académico alimentara una estrategia de acción transformadora sobre la propia universidad. Buscando esa síntesis, procuramos construir espacios de debate sobre lo que ocurría en la universidad; un debate que se tradujera tanto en la generación de propuestas de políticas institucionales y gubernamentales, como en la construcción de un sujeto universitario dispuesto a impulsar esos cambios.

Pensamos entonces al instituto como una instancia de articulación del esfuerzo que venían haciendo este conjunto de compañeros y compañeras de pensar la universidad, como un espacio donde ese conocimiento pudiera ser puesto en práctica a través de propuestas, acciones, cuestionamientos. Como un lugar que no sustituyera a la universidad en la actividad de investigación, sino donde pudiéramos generar ese encuentro que, simultáneamente, lograra cuestionar la forma en la que se producía conocimiento en nuestras universidades. En este camino, además de construir una agenda de investigación propia del IEC-Conadu, la tarea incluyó pensar un modo de producción de conocimiento que sirviera a la práctica, que sirviera a una voluntad transformadora, de organización y de movilización.

La vinculación en agenda

La cuestión de la transferencia, de la apropiación del conocimiento y de la vinculación, se encuentra presente desde el principio en el instituto en un doble registro. En primer lugar, en términos constitutivos, porque nos propusimos generar vinculación en la dinámica de producción de conocimiento. En segundo lugar, la vinculación se vuelve un tema para nosotros mismos, porque reflexionar sobre lo que hacemos, lo que tratamos de hacer y lo que no logramos hacer posibilita el abordaje de problemas en relación con el modo de producción y de circulación de los conocimientos en nuestras instituciones. Por estos motivos, no pensamos en términos de *transferencia* sino de *vinculación*.

El propio debate que desarrollamos en el espacio del instituto hizo que en determinado momento llegáramos a preguntarnos cuál era el mejor modo de conceptualizar esta relación. Una relación que se iba cargando de sentido a medida que abordábamos diversos problemas, en un proceso de cambio que nos atravesaba. Como formamos parte de un instituto de carácter gremial, construimos nuestra agenda en el diálogo con los compañeros y compañeras con los que día a día pensamos la estrategia del sindicato. Muchas veces acompañamos la agenda del sindicato pero en ocasiones nos adelantamos, porque en nuestras búsquedas surgen cuestiones que luego se incorporan en la agenda gremial o como perspectivas que ayudan a pensar el camino que se está recorriendo como colectivo. La cuestión de nuestra agenda gremial, por estos motivos, constituye un ejemplo sobre cómo la agenda de producción de conocimiento se encuentra en movimiento y se vincula con el desarrollo de una tarea colectiva.

El IEC, como mencionábamos antes, fue creado en el contexto de un proceso de recuperación del poder adquisitivo y de ordenamiento del salario docente. Esta recuperación habilitó que, en determinado momento, los compañeros plantearan que habíamos salido de la situación de emergencia y que estábamos en una nueva etapa. En ella debíamos encarar las cosas de otra manera, para avanzar en la mejora de otros aspectos de las condiciones de trabajo, y vincular las demandas gremiales con nuestra crítica de la dinámica de desarrollo del sistema universitario. Concretamente, muchas de las discusiones y de las tareas que realizamos desde el instituto se relacionaron desde el comienzo con el acompañamiento a los debates sobre el convenio colectivo de trabajo.

En aquel momento manifestamos la necesidad de definir una “agenda gremial ampliada”, en tanto entendíamos que seguir avanzando en la mejora de las condiciones de trabajo implicaba incluir en la discusión una reflexión sobre las características del conjunto del sistema e identificar aquellos aspectos que de algún modo bloqueaban la posibilidad de lograr transformaciones más profundas y permanentes. Incorporar demandas sobre la dinámica del sistema implicaba, por ejemplo, no solo plantear la necesidad del crecimiento de las plantas de cargos docentes, sino demandar programas de aumento de dedicaciones, para intentar reducir la cantidad de dedicaciones simples existentes en la universidad.⁶

6 En las universidades argentinas, las distintas categorías docentes en las facultades (ayudante, jefe o jefa de trabajos prácticos, adjunto o adjunta, asociado o asociada, y titular) pueden ejercerse de acuerdo con tres modalidades de régimen de dedicación: simple (10 horas semanales), semiexclusiva (20 horas) o exclusiva (40 horas). El máximo de horas que un docente puede tener en el sistema es de 50.

Pronto advertimos que, habiendo transcurrido ya varios años en los cuales un incremento presupuestario sostenido había asegurado, entre otras cosas, un aumento del número global de cargos y de la cantidad de docentes en el sistema, la proporción de dedicaciones simples no se modificaba en lo más mínimo, aún cuando se llevaron adelante programas para aumentar dedicaciones a través de la fusión de cargos. Es indudable que, en términos generales, la mejor condición de trabajo no es una dedicación simple, no son cinco dedicaciones simples, sino una dedicación exclusiva. Sin embargo, el sistema exhibía una inercia que reestablecía una y otra vez una proporción excesiva de dedicaciones simples. Estaba claro que mejorar las condiciones de trabajo en este aspecto exigía investigar y comprender mejor esa dinámica, y así en relación con otras cuestiones.

En términos generales, construíamos una agenda gremial ampliada mediante la identificación de los que parecían ser obstáculos estructurales que impedían avanzar en la mejora de las condiciones laborales en el marco de una idea más global de reforma universitaria. Bajo esta dinámica llegamos a 2015, al final del período kirchnerista, discutiendo la necesidad de plantear algunos ejes de reforma estructural que estaban pendientes. Comenzamos entonces a hablar de una nueva Reforma de carácter democrático y popular en la universidad, acorde con el horizonte de cambio que planteábamos.

Una agenda de trabajo

Esta agenda fue ampliándose a partir de la participación de compañeros que estaban trabajando en distintos temas en diversas universidades. Analizamos las características del sistema educativo y del sistema universitario, el modo en que

se habían expandido los posgrados en la década del noventa. Incorporamos también la vinculación de la universidad con el sector productivo; analizamos los cambios que había producido en las universidades la política desplegada durante el menemismo, que estimulaba la relación con el sector privado a través de dispositivos institucionales dispuestos bajo la idea de la “innovación”. En este camino, tuvimos enormes dificultades y finalmente la imposibilidad de saber, por ejemplo, cuántos recursos ingresaban a las universidades por medio de convenios con el sector privado. De esta manera, cabe destacar, se evidenciaron los límites a nuestra capacidad de acceder a la información.

Discutimos también el desarrollo de la educación en la modalidad virtual, la expansión de la educación a distancia en algunas universidades. Además nos detuvimos en la cuestión de la extensión universitaria, un área que en otras etapas había sido el refugio de las mejores intenciones, pero que, estimulada por las políticas de este período, estaba atravesando un importante desarrollo que demandaba una reflexión específica sobre cómo salir de los márgenes para relacionarse de una manera más integral con el conjunto de la actividad universitaria.

Procuramos dejar de discutir en los viejos términos la cuestión de si la extensión era asistencialista o no, para construir un debate en torno al carácter de las actividades que venían desarrollándose no solo dentro de los espacios tradicionales de extensión, sino también en otras áreas o pliegues institucionales en los que, de una u otra forma, se estaban estableciendo vinculaciones que ampliaban las redes de producción, circulación y apropiación del conocimiento. En estos términos, la discusión sobre la conceptualización de estas actividades se proponía como un intento de comprensión de las transformaciones que

efectivamente se estaban produciendo en las universidades. Permitía desafiar la clásica y esquemática tripartición de las funciones (enseñanza, investigación y extensión) para concebir la actividad académica de manera más integral.

Incorporamos además las cuestiones de género, en la medida en que Conadu se integró a la Internacional de la Educación.⁷ Esta federación internacional de sindicatos docentes ha definido como uno de sus ejes organizativos el fortalecimiento de la participación de las mujeres en los sindicatos y la inclusión de esta perspectiva en la construcción de la agenda sindical. Comenzamos por entonces a hacer un seguimiento de la situación de las mujeres en la universidad y de las mujeres universitarias en el mundo del trabajo; a identificar las formas que adopta la desigualdad y la violencia de género en nuestro ámbito laboral, y a elaborar propuestas para abordar esta cuestión desde la práctica sindical.

A partir de nuestro ingreso en la Internacional de la Educación comenzamos también a realizar un trabajo de coordinación con los sindicatos de universidades de otros países. Este diálogo nos permitió pensarnos mejor, entender cuál era nuestra situación en comparación con la de esos países, y comprender las dinámicas regionales y globales en el desarrollo de algunos procesos que nos preocupaban, como la precarización del trabajo académico, la privatización y mercantilización en la educación superior y en la producción del conocimiento.

7 La Internacional de la Educación es la federación sindical mundial del sector docente. Reúne sindicatos de 177 países de todas las regiones del mundo y representa a más de 30 millones de trabajadores y trabajadoras de la educación. En Argentina, Conadu, Ctera (la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina) y CEA (la Confederación de Educadores de la Argentina) son afiliadas a la IE.

La agenda del instituto es un caso interesante sobre las formas que adquieren las vinculaciones entre actores del ámbito universitario, sobre el modo en que en esas vinculaciones producen conocimiento. Se proponen argumentaciones y la resignificación de ciertos conceptos, como ha ocurrido en los debates en torno a la *extensión*, el *compromiso social* y la *vinculación*. Asimismo, en relación con la cuestión de la *inclusión* en un enfoque de derechos, o la misma noción de docencia universitaria, que empezamos a considerar como una actividad integral y compleja que reúne las dimensiones de la enseñanza, la producción de conocimientos y la construcción de puntos de encuentro y diálogo que definen los modos de la presencia de la universidad en la sociedad.

Un caso significativo fue la elaboración del Programa de Finalización de Tesis (ProFiTe) que realizamos a partir de una investigación sobre el desarrollo del posgrado en Argentina. Este estudio permitió que comprendiéramos la lógica bajo la cual se había expandido el posgrado en nuestro país, una institución arancelada, “mercantilizada” en virtud de la mecánica con la que se generaban sus ofertas, y que evidencia claras dificultades a la hora de la graduación para los docentes que estaban en ejercicio de la profesión. A partir de este diagnóstico generamos este programa de becas dirigido a docentes en actividad que estuvieran cursando carreras de posgrado, para que en el momento de redacción de sus tesis pudieran solicitar licencia en alguno de sus cargos y disponer de tiempo para concluir las.

El ProFiTe, que se implementó durante algunos años y que es posible que recuperemos en la negociación paritaria, fue un programa relativamente pequeño, pero un buen ejercicio de instalación de una propuesta de orientación de política. Primero, porque lo elaboramos a partir de algunas de las

conclusiones de estudios propios que nos permitieron no solamente identificar el problema, sino también definir algunas variables relevantes para abordarlo. Intentamos que las condiciones favorecieran una distribución que ayudara a compensar las grandes desigualdades que había en el sistema en cuanto a oportunidades para la formación de posgrado. Considerando algunas hipótesis sobre el modo en que las desventajas se acumulan y reproducen en la vida académica, priorizamos a aquellos docentes que tenían múltiples cargos de menor dedicación.

En segundo lugar, porque fue una propuesta que surgió del sindicato y se adoptó en la paritaria nacional, jerarquizando el ámbito de la negociación colectiva. Y, aunque nunca creímos que el ProFiTe podía bastar para resolver las dificultades que un número importante de profesores tienen para avanzar en la carrera académica mientras ejercen la docencia, entendíamos que era una forma de hacer visible el problema. En el mismo sentido, era un modo de indicar lineamientos de una política centrada en la idea de que el sistema debe brindar oportunidades efectivas para el perfeccionamiento, que no es una responsabilidad estrictamente individual sino un derecho de las y los trabajadores, y un elemento para la mejora de la propia universidad.

Desarrollamos además un programa mucho más ambicioso, orientado al fortalecimiento de la docencia en los primeros años. Comenzamos a discutir este programa en 2011, cuando se activaron los estudiantes chilenos en reclamo por la situación de su sistema universitario. Los estudiantes chilenos demandaban un sistema universitario “como el argentino”, frente a lo cual los medios de comunicación —particularmente *Clarín* y *La Nación*— comenzaron a publicar notas que reeditaban argumentos críticos contra la universidad.

Particularmente apelaron a aquel argumento que sostiene que a través de la universidad argentina, gratuita y de libre acceso, el conjunto de la ciudadanía financia con sus impuestos la educación de aquellos estudiantes que tienen mayores recursos, porque los estudiantes de otros sectores sociales no suelen egresar del sistema. Más que un momento para negar esta situación, la forma que adquirió el debate público constituyó una oportunidad para plantear enfoques y propuestas alternativos para abordar una realidad que es bien conocida por todos.

Ante a este tipo de afrentas —como en el momento actual de ataque a la universidad— consideramos que es importante apelar a la idea de que la universidad es un derecho. Una noción sostenida por otros actores con los cuales dialogamos: sindicales, estudiantiles, académicos e incluso algunas autoridades institucionales y, en la década pasada, varios funcionarios del gobierno nacional. Comenzaba así a tomar fuerza el argumento de que lo central era priorizar el derecho a la educación universitaria. Los y las ciudadanos/as de este país tienen derecho a llegar a la universidad, a estudiar en ella y a tener una buena experiencia formativa en la universidad. Frente a este derecho, la institución universitaria y los docentes de la misma tenemos un deber, que es reflexionar y actuar con miras a garantizarlo.

Se hizo necesario entonces discutir sobre las condiciones de la docencia en los primeros años de las carreras, en tanto —según nuestro diagnóstico y el de diversos referentes académicos— son claves para definir las trayectorias estudiantiles. Más concretamente: para dar respuesta a la cuestión del desgranamiento estudiantil propusimos un programa centrado en la cuestión de la mejora de la docencia en los primeros años de las carreras. Este programa no se implementó, pero

el proceso resultó muy interesante porque discutimos una problemática, generamos un programa, lo llevamos a la paritaria y conseguimos que se empezara a analizar la forma en que podía implementarse.

Logramos también que la propuesta fuera conocida, que varias universidades se sumaran a nuestra demanda y sugirieran diferentes modalidades para realizarla aprovechando capacidades institucionales preexistentes. Fue una propuesta concreta de acción, derivada de una construcción colectiva, que a través de la paritaria podría haber llegado a transformarse en una política pública si este proceso no se hubiera interrumpido en forma abrupta con el cambio de signo político del gobierno nacional, que asumió una concepción notablemente antagónica a esta visión centrada en el reconocimiento de un derecho.

La producción de conocimiento en la docencia universitaria

Pensar en mejoras para las condiciones de la docencia en los primeros años supuso, por un lado, la mejora de las dedicaciones docentes, mecanismos de reflexión sobre la docencia en esta etapa de las carreras y la construcción de herramientas para el trabajo docente. Pero, por otro lado, requería modificar los criterios de valoración de la docencia en los primeros años de las carreras. Se puso en discusión la evaluación de la actividad académica; esto es, si se ponderaba más la investigación o la docencia, la docencia de grado o posgrado, los primeros años o los últimos años. Esta discusión permitió visibilizar asimismo que en la actividad docente se produce conocimiento, aunque de una manera distinta a la que se registra en otras formas de la investigación, y que por lo tanto debería tener su reconocimiento.

De esta manera, se evidenció la necesidad de reconocer esa actividad de producción de conocimiento y de generar condiciones para que se sistematice, se acredite y se visibilice. Es decir, que se entienda en términos de transferencia o vinculación. Gran cantidad de docentes de universidades de todo el país realizan esfuerzos enormes para trabajar con sus alumnos de los primeros años, para abordar la complejidad que tienen estos procesos, generar herramientas didácticas que habiliten el trabajo en esas condiciones, retener en la universidad a sus estudiantes, ofrecerles recursos que permitan la permanencia.

Emerge así la cuestión de la vinculación bajo otra forma; un potencial que no es aprovechado porque no se generan institucionalmente los circuitos necesarios para la transferencia. Este conocimiento, producido en las universidades a partir de nuestra propia práctica y de la reflexión sobre la misma, podría enriquecer también el trabajo de vinculación de la universidad con el conjunto del sistema educativo del que forma parte.

Aquí tenemos otra dimensión de la vinculación, una dimensión clave, difícil, y en la cual también en estos años se generaron iniciativas interesantes que desafiaron a la universidad a pensarse como una instancia del sistema educativo. Desde esa misma lógica podía y debía ayudar a producir conocimiento sobre los procesos de enseñanza que se desarrollan en todos los niveles, incluido el mismo nivel universitario. Entonces, el seguimiento de las políticas públicas fue muy importante para abrir este horizonte a la reflexión y a la práctica académica. Y es esta la clase de vinculación democratizadora que está en riesgo en este momento por efecto del desfinanciamiento y la reorientación de la actividad universitaria que promueve el gobierno actual.

Abordar la vinculación en esos términos, pensar el modo en el cual en ella se produce conocimiento, nos permitió incluir la cuestión de la democratización de la universidad. Cuando empezamos a construir un discurso sobre la democratización de la universidad teníamos en claro que la cuestión excedía a la composición de los cuerpos colegiados. Durante este proceso hubo algunos momentos particularmente críticos de agitación, que nos confirmaron que la discusión sobre la democratización de la universidad debe trascender el debate por el cogobierno.

En esa perspectiva, plantearse esta democratización requiere concebir el problema con una amplitud que permita poner en discusión qué clase de vínculos construye la universidad, en cuáles produce conocimiento y en qué modos pone a circular el conocimiento. En esta clave es posible trascender la reflexión sobre el lugar de la universidad en el conjunto del sistema educativo para sumar también su lugar en el conjunto del sistema científico-tecnológico y en la sociedad de la cual forma parte.

La disputa por el sentido de la vinculación

Esta agenda de trabajo, si bien se mantiene en muchos temas, cambió radicalmente en otros aspectos con la asunción de la alianza Cambiemos. Empezamos a hacer un seguimiento de la ejecución presupuestaria para mostrar cómo desde diciembre de 2015 comenzó a producirse el desfinanciamiento de la universidad. De hecho, en 2016 se produjo un proceso de subejecución del presupuesto votado en el 2015, lo que evidenciaba la interrupción de los vínculos que se venían construyendo entre la universidad y las instancias estatales con las cuales coproducían políticas públicas; de la

universidad con las organizaciones sociales en el territorio, y de la universidad con los demás niveles del sistema educativo. La primera señal de esto, demostración de lo que vendría, fue que uno de los primeros decretos de Macri como presidente canceló en forma unilateral la totalidad de los convenios firmados entre la universidad y los distintos ministerios. Luego el gobierno fue más allá, porque el desfinanciamiento apuntó directamente a las becas estudiantiles, a los programas especiales que sostenían el desarrollo del sistema, a los nuevos colegios donde las universidades estaban generando una experiencia distinta de desarrollo de los niveles preuniversitarios, más centrada en esta vinculación con el conjunto del sistema educativo.

Se produce entonces una reorientación, una modificación de las vinculaciones entre la universidad y el Estado. Al mismo tiempo desde el gobierno empiezan a proponer otra articulación tanto en la relación Estado-universidad como en la relación Estado-sistema científico. En este punto, pensar en términos de vinculación, y no de transferencia, nos permitiría pensar en una relación menos unidireccional. Tal vez esta forma de pensar constituya una derivación del lugar particular que ocupamos, el de ser un instituto de un sindicato universitario. Entonces cuando pensamos a la universidad también nos pensamos a nosotros mismos, a nuestro trabajo cotidiano y a las condiciones de la actividad que queremos discutir. Esta parece ser una clave productiva, una clave interesante, para reflexionar sobre este conjunto de cuestiones.

El tema central de nuestra agenda de investigación, de nuestra agenda política actual, es la discusión del Sistema Nacional de Reconocimiento Académico (SNRA), que abre la puerta al establecimiento de otro tipo de vinculaciones, como aquella con el sector productivo. El espacio del cual formo parte no

condena en principio la vinculación de la universidad con dicho sector, pero considera que habría que discutir de quién hablamos cuando hablamos del sector productivo en la propuesta de un gobierno que está destruyendo la industria nacional. El SNRA habilita una transferencia de recursos del sector público al sector privado a través de la generación de algún tipo de trayecto formativo compartido en condiciones que no están en absoluto claras, que no han sido debatidas en ningún foro representativo e informado donde podamos pensar que tenemos capacidad de saber qué es lo que se está planteando.

Poner la mirada sobre estas cuestiones es importante para reflexionar sobre todo lo que ha cambiado la universidad argentina en la década pasada, todas las cuestiones importantes que se fueron planteando, pero también aquellas que quedaron como desafíos. Como mencioné al comenzar esta intervención, se trata de desafíos que no deberíamos abandonar, que tienen que seguir guiando la pelea que damos ahora, para evitar retroceder en una perspectiva de democratización de la universidad, del sistema educativo y del conocimiento. Una pelea que tiene que seguir comprometiéndonos.

La producción de la circularidad del conocimiento. Saberes, demandas y políticas de investigación

Virginia Manzano

Directora de la Sección de Antropología Social
del Instituto de Ciencias Antropológicas (FFyL-UBA)

Quisiera iniciar la exposición retomando una idea que estuvo presente en el panel, sobre la vinculación y la circularidad del conocimiento. Pienso referirme fundamentalmente a tres cuestiones. La primera de ellas tiene que ver con pensar la producción relacional del conocimiento. Si bien me gusta mucho el término *apropiación social del conocimiento*, la idea de apropiación siempre sugiere una imagen de linealidad. Es decir, que el conocimiento se halla en un lugar consagrado, como puede ser la universidad, y luego los colectivos sociales se lo apropian. Sin duda, lo que torna interesante al concepto es que está reconociendo que hubo una expropiación originaria, que hay despojo, que hay desigualdad. Pero a mí me interesa más referirme a la circularidad dialéctica del conocimiento, y este interés hunde sus raíces en la experiencia de un trabajo de extensión universitaria en San Francisco Solano con un conjunto de personas que provienen de las históricas tomas de tierras de la década de 1980.

En segundo lugar, al reconocer esa circularidad se estaría tensionando también otra categoría muy común, que es la del *compromiso social* de la universidad. Este compromiso suele atribuirse como tarea exclusiva a un área en particular, a una parte de la universidad, que es la extensión universitaria.

Me gustaría recordar una idea de Eduardo Rinesi⁸: la extensión universitaria muchas veces termina siendo el lugar donde las clases medias lavan sus culpas por haber tenido el derecho a la educación superior, entonces hay que comprometerse y devolver lo que uno hizo “al barrio”. Esta idea de Rinesi es provocativa y en realidad es algo a lo que nos enfrentamos siempre que empezamos un proyecto de extensión, cuando los alumnos que se suman a trabajar con nosotros se acercan con la idea de devolver algo de lo que la sociedad nos ha dado; es un compromiso ético sumamente interesante. Pero al pensarlo de esa manera se sigue perpetuando una división que supone que la extensión es *para los pobres*, en tanto que la investigación y la docencia la hacemos en otro lado.

Y vinculado con esto me gustaría pensar la idea de compromiso social de la universidad procurando que la visión sobre la producción relacional del conocimiento no afecte solo a la tarea de extensión universitaria, sino a la agenda de investigación y a los contenidos en los programas de estudio de las distintas carreras. Cuando empezamos a trabajar en el área de extensión universitaria, a través del proyecto Ubanex de la Universidad de Buenos Aires que financia programas de extensión y de voluntariado universitario, fue con el firme convencimiento de que este movimiento era dialéctico o no era. No deseaba ir al barrio para estar un momento con los vecinos —que por otra parte era algo que ya venía haciendo en un trabajo de campo antropológico— sino que la apuesta fundamental era energizar debates teóricos y conceptuales a partir de la tarea de extensión; compartir el conocimiento acumulado a lo largo de los años de trabajo con los sectores

8 Rinesi, E. (2012). ¿Cuáles son las posibilidades reales de producir una interacción transformadora entre Universidad y Sociedad? Instituto de Estudios y Capacitación, Conadu, CTA.

populares y ver cómo eso volvía en planes de estudio, en seminarios, en tesis, etcétera. Para el caso de la UBA es muy complejo, cuesta mucho introducir variantes en programas de estudio concebidos en otras décadas y con una visión muy particular acerca del alumnado.

En tercer lugar, quiero relatar nuestra experiencia de extensión no a través de *recetas* de lo que debería ser, sino mediante incomodidades y dilemas, puesto que la extensión no es algo dado: es algo que hay que reflexionar mucho. No es solo ir y estar más allá de los muros de las facultades donde desarrollamos nuestra investigación, sino que es un proceso que hay que reflexionar, interrogando continuamente por qué, para qué y qué lugar se le va a conceder a las otras personas con las que estamos trabajando.

La génesis del proyecto

Ahora quisiera contextualizar a grandes trazos nuestros programas de extensión, los cuales me permiten reflexionar sobre la universidad, la extensión y la relación con la investigación y la docencia. Por una deformación profesional, no puedo hacer ninguna reflexión separada de mi campo de investigación o de una situación particular en la cual venimos desarrollando estos procesos. El nuestro es un proyecto que comenzamos en el año 2014 en San Francisco Solano, Quilmes. Mi tesis de doctorado fue sobre movimientos de desocupados de La Matanza, donde conocí a Juan José Cantiello, Juanjo, quien era parte de la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat, y luego fue diputado provincial electo como parte de las famosas listas piqueteras. Accedió a la Legislatura de la provincia de Buenos Aires y presidió la Comisión de Derechos Humanos primero y la Comisión de Tierras después. La tarea

de Juanjo dentro de la Legislatura provincial en la cuestión de tierras fue tratar de ejecutar las 190 leyes de expropiación sobre asentamientos dictadas en la provincia de Buenos Aires, pero que nunca habían tenido el presupuesto para hacerse efectivas. Eso implicó una tarea militante enorme desde el Estado, que fue reconectar a los 190 asentamientos que se venían formando con altibajos desde la década del 80. Juanjo muere trágicamente en un accidente en el año 2009 y todo el grupo con el que trabajaba en la Cámara queda disperso, más allá de los conflictos, las fragmentaciones internas que hay siempre en el campo político y militante. Lo que sucedió es que la esposa de Juanjo, Sara Marifil —a quien yo también conocía de la universidad porque era estudiante de antropología y estaba participando dentro de los grupos de investigación que dirigía en la UBA— quiso volver a trabajar sobre Solano con las personas que habían acompañado a Juanjo también en la Legislatura. Y fue así que empezamos los contactos para hacer un proyecto más sistemático de extensión universitaria.

¿Cuáles eran las demandas puntuales cuando empezamos este proyecto? Una buena parte de ellas y ellos son militantes que venían sosteniendo la lucha por la tierra durante treinta años. Las tomas de San Francisco Solano fueron en el año 1981, entonces algunos de ellos se mantuvieron más de treinta años luchando por la tierra y el mejoramiento de los barrios. Una de las demandas centrales era encontrar la manera de traspasar ese conocimiento a las nuevas generaciones porque consideraban que había un descenso en la participación, sobre todo entre los jóvenes. Traspasar ese conocimiento, ese saber hacer, esa militancia de la lucha por la tierra, era la demanda que nos hicieron llegar en un principio.

Con el tiempo fuimos resignificando conceptualmente, en las discusiones que entablamos, la idea de participación que emergía de sus propias experiencias: una idea de participación como disposición a dar la vida. Esto se relaciona con la forma en que resistieron un cerco militar durante seis meses en esas tomas de 1981, y con la intensa lucha posterior para lograr regularizar la tierra y mejorar los barrios. Por eso mismo consideraban que el resto no participaba cuando iba un ratito o se asomaba a actividades muy puntuales. Ese fue un tema importante para nosotros en el nivel conceptual: a partir de la experiencia acumulada de investigación con movimientos sociales tuvimos que reelaborar la categoría de participación. Esa era entonces una de las demandas: cómo traspasar el conocimiento a la nueva generación, cómo rearmar lugares de encuentro después de la fragmentación, cómo volver a articularse como red.

Otra etapa estuvo enfocada en pensar conjuntamente cómo visibilizarlos: ellos sentían que tenían un conocimiento acumulado en torno a demandar el hábitat y un cúmulo de conocimientos técnicos sobre el hábitat, el curso de los arroyos, la construcción de viviendas, pero que no eran interlocutores válidos para el Estado. A esto hay que sumar una disputa entre el Estado nacional, provincial y municipal. Entonces una de las apuestas era cómo reconocer esos saberes, cómo hacer visibles esos saberes en un proceso de demanda al Estado y también de construcción de proyecto político. Eso derivó, con el tiempo, en la formalización de una red de hábitat en la zona que lleva el nombre de Juanjo Cantiello, en su homenaje. El trabajo consistió en buscar mecanismos para sostener esa red y visibilizarla, no solo convirtiéndolos en interlocutores válidos para el Estado sino también frente a otras instancias. Por ejemplo, gran parte de nuestro trabajo

fue articular acciones conjuntas con el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), específicamente con Eduardo Reese, y con otras universidades.

Dilemas de la extensión o de la producción relacional del conocimiento

Ese fue el contexto inicial en el que comenzamos a trabajar. Ahora quiero referirme a cuatro puntos que fueron vividos como dilemas en nuestra experiencia de extensión, estrechamente conectados con la idea de la producción relacional del conocimiento a la que me refería previamente.⁹

Uno de estos puntos es cómo generar el vínculo. Los vínculos no están dados, no se dan entre una unidad cerrada, que es la universidad, y una organización social. Reflexionamos sobre cómo se desarrollan los vínculos para poder llevar adelante un proyecto de extensión y de construcción de conocimiento. Había afectos, había lazos personales —como comenté recién—, pero también había muchos movimientos de personas. No eran los mismos los que estaban todo el tiempo en la red ni los que estaban dentro del grupo de la universidad, sino que las personas circulaban constantemente. Había una especificidad también que traíamos nosotros por nuestra formación en ciencias humanas y sociales, en particular en antropología, en la que se plantea que la única

9 No quiero dejar de nombrar aquí a dos personas de nuestro equipo de extensión que han sistematizado estos puntos del debate colectivo, como son Florencia Ferrari y Daniela Yamashita (2018), cuyo capítulo “¿Y los chicos qué piensan que pueden aportar?” *Desafíos y potencialidades en la construcción relacional de conocimiento en el marco de proyectos de extensión universitaria*. Este forma parte del libro titulado “Barro, humo y sueños: Una historia de la Red de Hábitat de Quilmes” del que soy editora y que será publicado en 2018 por la editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

posibilidad de conocimiento es en el encuentro con el otro, en tramar un vínculo con el otro, un vínculo de interacción, intersubjetivo. Entonces esa fue una pregunta que nos fuimos haciendo con el grupo universitario: ¿cómo nos estamos relacionando con el otro?

Nuestras tareas consistían muchas veces en sistematizar los encuentros, a través de notas y registros, volver para seguir *espiralando* y tirando de ahí algunas cuestiones que habíamos ido reflexionando en forma conjunta. Me acuerdo que un día hicimos la pregunta: “¿qué puede aportar a la universidad la experiencia que ustedes vienen haciendo?”, y nos devolvieron otra: “¿y qué puede aportar la universidad?”. La reflexión nuestra implicaba pensar para quién era importante el lugar que tenía la universidad ahí, quién se podía hacer cargo de esa pregunta y quién la iba a responder, y qué otras preguntas o preocupaciones se estaban jugando.

En el barrio había una oscilación: por un lado, una parte del grupo sentía que nuestro rol debía ser agradecido, nos debían agradecer por estar ahí y pedirnos que sigamos yendo. Pero había otro grupo que miraba con recelo, con cierta desconfianza. Tenían la idea de que “nos miran de arriba y escriben un libro con nosotros”, la idea más extractivista, de extraer dato y conocimiento. Tuvimos que reflexionar sobre cómo ubicarnos dentro de esta polaridad. No nos podíamos fundir como parte de la red perdiendo la especificidad de la universidad, pero tampoco nos podíamos mantener en ese lugar de distancia, de ver a la universidad como algo totalmente distante. Una de las cuestiones que manteníamos con bastante convicción entre nosotros desde los primeros tiempos era esta idea de que no estábamos devolviendo nada. Había movimientos múltiples, donde parte de nuestra producción de conocimiento estaba ahí ayudando a energizar algunos

debates y procesos. A la vez, nos estábamos encontrando con un conjunto de saberes que tenían que ser energizados conjuntamente para poder tener cierta claridad sobre objetivos del proyecto y cómo eso volvía a la universidad.

Ese fue un punto central: cómo trabajar en este movimiento dialéctico, en esas fronteras, en esa porosidad, sin eliminarla, y cómo eso tiene que ser sometido a reflexión permanente. Ese fue el primer punto, cómo fuimos construyendo esos vínculos y decidimos seguir trabajando desde estas incomodidades, desde los lugares que se asignan, y a la vez, pensar cómo ir saliendo de esos lugares.

La distancia que se pone en la universidad se percibe como algo extractivo, pero en otros contextos también ayuda a que se puedan legitimar sus propios saberes. “Estamos con la UBA”, afirmaban cuando iban a un lugar. Un ejemplo, que por una cuestión de tiempo no voy a trabajar ahora, ha sido la elaboración de una pericia judicial sobre la situación de la Tupac Amaru, un movimiento social sobre el cual he venido trabajando en Jujuy desde el año 2014. Allí lo importante era la distancia, no la proximidad. El dilema es entonces cómo trabajar en esa relación compleja, en esa tensión, sin eliminarla, puesto que la misma suele resolverse situacionalmente.

Un segundo punto se refiere a cómo construir conocimiento en relación. Nosotros, como les decía, venimos de la antropología y contamos con un saber hacer que es “la libretita”: siempre tomar nota, registrar. Tenemos un entrenamiento en observación participante bastante marcado, que es la cuestión metodológica central de nuestra disciplina. Entonces ahí había algo importante, que era tomar nota para poder sistematizar los talleres e ir trayendo ejes y propuestas para seguir discutiendo en los distintos encuentros que íbamos teniendo.

En un momento nos decían algunos más graciosos: “ya somos conejillos de Indias, nos están estudiando”. Estos reclamos los hacían porque ya tenían una experiencia previa de relacionamiento con grupos universitarios, pues no éramos los primeros ni los últimos que trabajábamos en el barrio, y con distintas modalidades. Entonces, cuando nos estaban planteando esta cuestión de “ya nos están estudiando”, había algo importante que era el reconocimiento de experiencias previas en las cuales sus voces habían sido silenciadas, o quizá no tanto silenciadas sino mediadas por el investigador que está haciendo un trabajo en una lógica externa, donde sus experiencias y sus voces son datos que van a ir a construir un argumento. Ese estilo de trabajo académico, supongo, es lo que estaba puesto en cuestión.

Lo que nosotros intentamos poner en juego fue un proceso dialógico para la construcción de conocimiento. Pero no era un diálogo diádico entre individuos abstractos y liberales, sino un diálogo complejo en el que había que partir de reconocer las diferencias fundadas en la desigualdad social para poder avanzar en la complejidad de la construcción del conocimiento que estábamos realizando.

Había experiencias disímiles en ello. Por un lado, militantes con treinta años de experiencia en la lucha por la tierra y otros que se incorporaban de manera más reciente. Por otro lado, también en el grupo universitario había diversidad: compañeros para quienes era su primera experiencia de trabajo; estudiantes; graduados que habían participado en el Consejo de Tierras de Quilmes en los 90; yo, que venía con veinte años más o menos de trabajo con asentamientos en el Gran Buenos Aires. Era necesario ver cómo se ponía en juego esa diversidad para poder producir conocimiento. Ese era otro punto importante en ese proceso.

Desde esa relación hubo dos conceptos claves que fueron sumamente interesantes para la construcción de conocimiento: hábitat y participación.

En Solano ellos vienen luchando por regularizar sus tierras y en ese proceso de lucha acuñaron una noción integral del hábitat. Cada vez que hablábamos de hábitat se ponía en juego no solo el problema de la regularización de la tierra, sino también el tema de las inundaciones, los desbordes de los arroyos, el hecho de que esas tierras habían sido ocupadas sobre basurales que tornan muy difícil la regularización, el problema de la seguridad en el barrio (aparecían categorías como la de “*zombie*”, que son los chicos consumidores de sustancias psicoactivas), la economía de la droga, la violencia hacia las mujeres. Entonces era muy difícil recortar algo en particular cuando hablábamos de hábitat.

Mirado desde otro ángulo, la noción integral del hábitat está indicando que producir un espacio, construir un lugar, es también construir comunidad. Por ello lo que se ponía en discusión era cómo se iba a construir esa comunidad y los sentidos del vivir juntos en estos lugares, algo que debatíamos en cada uno de los encuentros. Esto es importante porque nos hacía también reconceptualizar a nosotros la noción de hábitat. Como les decía al principio, para nosotros extensión no era simplemente ir a extender algo que ya estaba cerrado *per se*, sino que era seguir energizando un debate conceptual. Y en este caso no solo conceptual, sino también una posibilidad de debatir con las políticas científicas que definen dentro de los llamados “temas estratégicos” al hábitat, pero que lo definen únicamente con relación a los materiales de construcción, la producción de suelo y los agentes inmobiliarios. Es obvio que los especuladores inmobiliarios están afectando la vida de los habitantes; los materiales con los que están

construidas las viviendas marcan distinciones en la calidad de vida, pues no es lo mismo tener chapa - que puede ser perforada con una bala o caerse con una inundación - que tener las paredes construidas con cemento. No estoy negando que sean cuestiones importantes, pero sí digo que es una noción de hábitat parcializada, en la que parecería que las ciencias sociales no tenemos nada que decir cuando en realidad venimos construyendo conocimiento sobre estos movimientos que están demandando hace treinta años por su hábitat.

El otro concepto era el de participación, que ya les había planteado al principio. ¿Qué es participación? ¿Participación es solo dar la vida? Estela, una de las dirigentes, decía que no había participación de los jóvenes, y nosotros le poníamos ejemplos: la chica que estaba sentada con su bebé, que había venido al festival, estaba participando: estaba dando su tiempo. Trabajamos mucho para abrir la idea de participación, o por lo menos para encontrar maneras de problematizarla.

El conocimiento que estábamos produciendo de manera relacional a través de un diálogo complejo tenía que circular para —de alguna manera— lograr legitimar demandas, construir proyectos, pedir fondos en algunas situaciones e incluso para producir política pública. De ahí que nos preguntamos cómo valorizar esos saberes que estábamos encontrando. Básicamente una de las cuestiones más interesantes en todo este trabajo es poder constatar y sistematizar la acumulación de saber que hay en el barrio. Saber técnico, acerca de cómo presentar una ley, cómo fundamentar técnicamente una demanda, vinculado a la tierra. Saberes —también técnicos— sobre tecnologías constructivas, de los programas de vivienda; o sobre cómo diagnosticar y cómo prevenir en términos de los agentes de salud que están en los barrios.

Esos saberes están encarnados y son sumamente emotivos. Por ejemplo, la fecha del 22 de noviembre, la jornada de la primera ocupación de *El Tala* en Solano, para Jorge —uno de los dirigentes— era su aniversario, porque según decía fue el día en que su mujer (la que era su novia en ese entonces) fue a ocupar tierra y él le dijo “no te voy a dejar sola”: a partir de entonces vivieron juntos. O la pared quemada que estaba cerca del lugar donde nos reuníamos: allí había funcionado una olla popular en el año 2001, y habían decidido dejarla así quemada como testimonio de lo que habían aprendido. O también cuando Graciela —otra de las dirigentes— nos decía: “yo soy lectora de Cortázar y mi cuento va a ser *Instrucciones para calentar agua para bañarse*”. Me parecían fabulosos todos los saberes que estaban en juego en esos encuentros.

Ahora bien, ¿qué eran esos saberes? Eran saberes que se habían construido en lucha. Y eso es importante: el marco que los legitimaba era el de la lucha, de la demanda, de poder construir sus barrios. Eso nos lleva justamente a otro problema, a otra complejidad que nos encontramos en este proceso de extensión, que tiene que ver con cómo son validados los saberes, y ahí aparecía con fuerza la tensión entre saberes formales y los que no están formalizados. Eso se nos aparecía en este proceso relacional de producción de conocimiento. Tenemos que ver cuáles son las voces autorizadas para hablar y ser escuchadas, y cuáles son los lugares que tienen asignados el reconocimiento social y el estatal como productores de conocimiento. Acá me voy a referir a un ejemplo que nos sorprendió, porque en uno de los encuentros de sistematización del trabajo tuvimos la intención de realzar el carácter productivo de sus acciones. Esto se relaciona con un debate latinoamericano acerca del lugar de los sectores populares

como productores de ciudad; o sea, no son simplemente beneficiarios de políticas sino que la urbanización popular en América Latina tiene que ver con estos procesos de ocupación y de hacer ciudad. Entonces, queríamos revalorizar ese carácter de hacedores de barrio. Además, queríamos enfatizar sobre esto porque observábamos que las redes de hábitat estaban mayormente hegemonizadas por un saber profesional —el de los arquitectos— que hablaban de planificación participativa, pero a la vez no estaba reconocido todo este carácter de hacedores de ciudad de los sectores populares.

Fue así que pensamos que un punto a conversar en nuestros encuentros era cómo ellos habían puesto su cuerpo a lo largo de estos treinta años para producir ciudad. Graciela, que era una de las que más nos confrontaba, nos contestó: “siempre el asentado aparece poniendo el cuerpo y nunca la cabeza”. Fue algo muy impactante para esta relación, y a partir de allí comenzamos a charlar con ellos sobre este tema; a explicitar de nuevo que la intención de realzar corporalidad era para mostrar el gran protagonismo; que nuestra intención no era separar cuerpo y mente, etcétera. Sin embargo, ese evento nos ayudó a pensar hasta qué extremo estábamos sumidos en ciertas modas intelectuales, que acentuaban la cuestión del cuerpo, la afectividad, en detrimento del proyecto y la racionalidad. Recordamos también que para discutir con la teoría del actor racional respecto de las acciones colectivas habíamos reparado en el valor de la afectividad y el cuerpo. Pero en este caso, el peso del cuerpo fue leído de otro modo y fue sumamente interesante porque el cuestionamiento no estaba colocado solo en la universidad sino también en distintos profesionales que egresan de la universidad y que son los encargados de llevar adelante políticas públicas. Así, ellos entienden que van quedando colocados exclusivamente en

el lugar del beneficiario, el que tiene que poner el cuerpo, trabajar con los materiales en un programa de vivienda, pero no el que tiene ideas acerca de ese proceso y deseos de cómo quiere vivir. No obstante, eso también traía algunos problemas, porque en el momento en que estaba cuestionada esta idea del cuerpo, de solo cuerpo, también aparecían acciones cotidianas para tratar de formalizar los conocimientos y saberes que tenían: en el caso de las mujeres, tratar de terminar el programa FinEs, intentar el ingreso a una universidad, demandar cursos de capacitación para poder ser escuchados por al Estado, cursos de psicología social, o justamente estar al lado nuestro para ingresar a distintos foros universitarios. Entonces esta confrontación de perspectivas fue muy rica, porque recuperó el diálogo en el sentido de proyecto político y conceptual, que, por ejemplo, obliga a seguir repensando la dicotomía mente-cuerpo en términos teóricos. Pero a la vez, nos señala el esfuerzo cotidiano para tratar de formalizar ciertos saberes que no están formalizados y que de alguna manera los deslegitima como autores válidos en las distintas disputas.

Producción de conocimiento, demandas y políticas públicas

El tercer eje sobre el que quiero hacer girar nuestra conversación se vincula con uno de los objetivos con los que empezamos este trabajo de extensión, el cual remite a cómo la producción relacional de conocimiento en la que estábamos implicados podría incidir en las políticas públicas. En los talleres aparecía la necesidad de confrontar con las imágenes del *pobre* que tienen las políticas públicas. En el barrio nos decían: “piensan que somos todos pobres, tristes y que no

tenemos sueños, que en mi casa no hay un libro, que mi hijo no va a la escuela". Por ello el desafío consistía en confrontar con las imágenes que se tienen de las poblaciones con las que nosotros trabajamos, conjuntamente con la posibilidad de elaborar políticas públicas; en este caso, políticas de tierra y vivienda.

Al mismo tiempo, algo que no pudimos captar en un principio ni tampoco en proceso, fue cómo se articulaban múltiples demandas de política pública en las que el equipo de extensión universitaria estaba involucrado. Es decir, no logramos darnos cuenta de que con nuestra intervención también se estaba constituyendo un sujeto colectivo y político con formas singulares, que no eran aquellas que yo conocía desde mi investigación con el movimiento de desocupados de La Matanza. Se trataba de la constitución de un sujeto colectivo a través de la micropolítica del homenaje, del encuentro. Justamente cada vez que íbamos al barrio representaba una oportunidad para reagrupar; decían: "vengan que vienen los de la facultad hoy a charlar, entonces vengan los del barrio tal, avísenle a tal". Nos reuníamos en una placita, le hacíamos homenajes a Agustín Ramírez (asesinado en las tomas de tierra en los 80), también a la Pachamama. Siempre comíamos: la comensalidad aparecía como posibilidad para generar un círculo desde donde también se pensaban proyectos políticos. Toda esa dimensión era un saber que traían especialmente Estela y otros compañeros, por haber formado parte de comunidades eclesiales de base. En síntesis, no fuimos plenamente conscientes de que estábamos siendo parte de la construcción de un sujeto político distinto, que estaba cuestionando al gobierno municipal, al cual apoyaban con su militancia, pero que no les estaba dando respuestas a la precarización del hábitat después de doce años. Al inicio,

esta dimensión se evaporó para nosotros, pero precisamente la apuesta al largo plazo en el vínculo es la que permite reconstruir estas densidades.

Desafíos de la circularidad del conocimiento

Para cerrar estas tres cuestiones, vuelvo adonde comencé. Me parece que no se trata de la apropiación de un conocimiento que solo está generado en la universidad, sino que se trata justamente de esta circularidad del conocimiento, de un proceso lento, trabajoso e incómodo. Y creo que esto no tiene que ser parte de un área específica de la universidad, como la extensión universitaria. Este trabajo tiene que cruzar la extensión, la investigación, la docencia. Por ejemplo ¿de qué sirve hacer extensión, ir a un barrio y generar todo este proceso de conocimiento si después no podemos incidir en la definición de temas estratégicos para investigación y políticas científicas o, más modestamente, para redefinir nuestras preguntas de investigación? ¿De qué sirve un proceso de extensión universitaria si en la UBA, al menos en Antropología, tenemos dificultades para cambiar un plan de estudio, no podemos hacer incorporar otros espacios que puedan dar cuenta de todos estos diálogos de producción de saberes?

Como decía Rinesi, la autonomía universitaria ayuda para prevenirnos de contextos represivos como los que Argentina tuvo en varios momentos de su historia, pero no para prevenirnos de estos conocimientos y de estas relaciones.

La extensión universitaria como producción de conocimiento. Modalidades de articulación extensión-docencia-investigación

Jerónimo Pinedo

Secretario de Extensión (FaHCE-UNLP)

Para comenzar, quiero reconocer el hecho de que en un debate sobre la reorientación de la política científica estemos discutiendo la extensión universitaria. Me parece ya un paso adelante que la extensión universitaria esté incluida en esta agenda. Yamile y Virginia dijeron muchas cosas con las que estoy de acuerdo y ahora tengo que hacer el esfuerzo de sintonizar con todo eso que se dijo y que fue muy interesante.

En primer lugar, me parece que algo que no tenemos que dejar de disputar con respecto a las políticas de producción científica o a las políticas de producción del conocimiento es el concepto de utilidad. Creo que no tenemos que rehuir la discusión sobre el uso de los conocimientos. En todo caso habría que resignificar ese concepto de uso o de utilidad, profundizar en esa discusión y liberar el concepto de uso de sus formas más mercantiles o más empresariales cuando está en manos o en boca de ciertos actores. Simplificando, a veces podemos identificar esa noción de utilidad con “el mercado”, pero no es más que la voz de las empresas capitalistas cuando nos preguntan: ¿qué productividad tiene lo que ustedes hacen? En otros casos, con el Estado, que es la voz de la burocracia y la política cuando nos interpela diciendo: ¿cuál es su aporte al desarrollo? Y una última con la sociedad civil o la gente, que es la voz enmascarada de los medios de comunicación cuando interroga: ¿enseñan algo además de adoctrinar? Terminamos así preguntándonos sobre nuestra propia utilidad: ¿sirve para algo lo que hago, lo que hacemos?

Cuando pensé mi intervención en este panel lo hice desde mi función como Secretario de Extensión de esta facultad. Me pregunté en qué puede contribuir lo que se genera, se practica, se hace, se produce en el espacio de la extensión universitaria a este debate sobre la producción del conocimiento; y también qué otra agenda podría traer al debate la extensión universitaria. Me parece que hay una cuestión que afortunadamente se ha ido transformando en los últimos años —sobre todo en el contexto de esta universidad— pero que aún persiste, y es la idea bastante común que entiende que la extensión universitaria es algo así como el campo de aplicación o la *puerta trasera* de aquello que se produce en el terreno de la investigación, se transmite en la docencia y luego debería aplicarse en la extensión universitaria. Se espera de ella que pueda ser un puente, un canal, una puerta o un acceso al territorio o a la sociedad. En muchas ocasiones, sin demasiada conciencia de qué significan aquí las palabras *territorio* y *sociedad*.

Se espera que la extensión atienda las necesidades de la transferencia o los dilemas de la utilidad del conocimiento que se produce en los laboratorios y gabinetes, que le marque a científicos y docentes la senda por la que sus productos del conocimiento podrían conectarse con el uso que podría darles la sociedad civil, la gente común, los sectores vulnerables, etc. Muchas veces esto viene acompañado de una retórica celebratoria, pero en la práctica se la considera la mayoría de las veces como una parte trasera a la que se accede para probar, aplicar o poner en funcionamiento algo que antes fue construido, inventado o pensado en el laboratorio o el aula. Quiero decir que, a semejanza del viejo y perimido sistema de pensamiento estructural funcionalista, la extensión universitaria debería ser el *output* que tranquiliza

la ansiedad de los universitarios por ser útiles a su sociedad, sin demasiada reflexión sobre qué significan estos términos: sociedad y utilidad.

En cierta manera, así como la extensión universitaria puede ser, como decía Rinesi, el salvoconducto moral para la clase media universitaria, muchas veces se la carga de funciones o tareas que tendría que poder resolver en vinculación con aquello que llamamos la sociedad, sin saber muy bien qué estamos diciendo cuando mencionamos esta palabra. O, por ejemplo, cuando decimos “la ciencia tendría que resolver los problemas sociales”, tampoco sabemos bien qué carácter tienen esos problemas y a qué llamamos lo “social” de esos problemas.

Asimismo, en general se piensa a la extensión inscrita en una secuencia lineal, donde está primero la investigación, luego la docencia y por último la extensión universitaria. Este modo secuencial de pensar las relaciones entre las tres funciones de la universidad está siendo bastante discutido. Este debate comenzó cuando en la Universidad de la República del Uruguay se iniciaron las discusiones sobre la integralidad de la práctica universitaria, que es en principio una definición, una perspectiva conceptual, pero que, como dijeron las compañeras, está muy lejos de poder concretarse. No obstante, es una idea que puede ser útil para poder repensar, aunque sea en el nivel conceptual, las relaciones entre esas tres funciones: docencia, investigación y extensión. Pensarlas ya no de modo lineal, sino como un triángulo donde cada una de ellas implica un ángulo distinto para mirar un mismo proceso, el de producción de conocimiento, que como bien decía Yamile Socolovsky no solamente ocurre en los laboratorios, en los gabinetes o en los archivos, sino que además se produce en el aula. Y como decía Virginia Manzano, también ocurre en eso que llamamos territorio.

Cronotopos de la producción de conocimiento

Para ensayar una reflexión sobre esos distintos ángulos desde donde sería posible ver el proceso de construcción del conocimiento, podemos identificar cada una de esas funciones con lo que podríamos denominar *cronotopos*, o ciertas dimensiones del espacio-tiempo en la práctica universitaria. Los cronotopos son instancias de articulación o enlace del espacio-tiempo, materialidades donde se producen las conexiones esenciales entre el espacio-tiempo y cuasi metáforas que operan organizando el sentido de las prácticas. Bajtin¹⁰ utiliza esta idea de cronotopos para elaborar una teoría de la novela occidental. La tomo prestada para identificar los cronotopos de la “novela” universitaria y acercarnos un poco más a las prácticas de los actores universitarios, mirando lo que hacen a través de los dispositivos que operan como soportes y marcos de su acción.

Es habitual identificar la investigación con el laboratorio, las salidas al campo, la toma de muestras, los experimentos y su análisis posterior. El cronotopo del laboratorio tiene su sucedáneo en la investigación social y humanística, la biblioteca, el fichaje, el archivo, el corpus, el relevamiento de datos, los reportes escritos de observaciones o entrevistas, el análisis de los documentos y las entrevistas, la selección de fragmentos, su combinación con un relato que el investigador construye pacientemente en su gabinete o en su escritorio acompañado de fichas, resúmenes, libros, etc. Todas estas prácticas, identificadas con el cronotopo del laboratorio, más allá de su especificidad y variedad, tienen en común algunos rasgos.

10 Mijaíl Bajtin (1989) Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos de poética histórica.

Establecen un dominio, en el sentido de delimitar un campo y controlarlo, observarlo, clasificarlo, analizarlo. En cierta manera, en esta instancia del espacio-tiempo predominan las técnicas, los instrumentos, las prácticas que inducen o imponen una clasificación y con ello una estabilización de aquello que se pretende conocer. Esta clasificación y estabilización se realiza con ayuda de tradiciones científicas, supuestos epistemológicos, teorías, metodologías, pero sobre todo con procedimientos altamente rutinarios y codificados.

El segundo cronotopo tiene que ver con el aula, el ámbito privilegiado de ejercicio de la docencia universitaria. Es en el aula y a través del aula que los docentes universitarios pretenden transmitir a sus estudiantes ciertos saberes disciplinares que —vistos en su conjunto como saber que se transmite en la universidad— poseen una pretensión de abarcar todos los aspectos del mundo: desde las propiedades matemáticas a las letras, de lo microcelular al comportamiento social, etc. Pero más allá de la diversidad y de la pretendida universalidad de los contenidos que se transmiten, las rutinas, los procedimientos —en definitiva, las prácticas— conservan ciertos patrones teóricos y prácticos: horarios de cursada, calendarios académicos, mesas examinadoras, unidades temáticas, materiales didácticos, prácticas, evaluaciones, parciales. Y en definitiva, alguien que habla y otros muchos que escuchan; alguien que indica una lectura y otros muchos que leen; turnos para hablar y preguntar; debates estructurados por un moderador, etc. Cualquiera de nosotros podría incluirse o verse objetivamente a lo largo de los años atravesando una experiencia que, aún cuando aparenta ser diversa, resulta bastante común para estudiantes y docentes de las disciplinas universitarias más diferentes entre sí. Estas prácticas también tienen un rasgo en común: establecen un dominio,

un límite y un control del tiempo y los espacios en que se emplaza una relación social, la relación pedagógica que entablan docentes y estudiantes. La organizan, la estabilizan, la distribuyen en el tiempo, la ubican en el espacio, etc.

Desde hace décadas (me arriesgaría a decir siglos) estos cronotopos no han variado en lo sustancial. Por supuesto que muchas cosas han cambiado en las prácticas científicas y docentes, pero en definitiva laboratorio y aula siguen perdurando —como el cronotopo del camino y del castillo que heredamos de las novelas clásica y gótica, hace ya, dice Bajtin, mucho tiempo— y persisten con fuerza en la cultura occidental. Ahora bien, estos cronotopos universitarios, a diferencia de los anteriores, no están sostenidos en una trama narrativa sino en dispositivos institucionales que garantizan en cierta manera el oficio de investigador o el oficio del docente.

Cuando pasamos de la investigación y la docencia a la extensión universitaria, la posibilidad de determinar con precisión un cronotopo se vuelve más incierta. Quizá por el desarrollo desigual y combinado que ha tenido la extensión universitaria en relación con la docencia y la investigación; o por el papel subsidiario y/o dominado que ha tenido esta función en un sistema que ha privilegiado las dos anteriores como espacios de producción y transmisión del conocimiento. Así, el fantasma que hace tiempo deambula entre los extensionistas, despliega sus sombras más allá y penetra en las zonas universitarias que parecían aseguradas por imperio de la ciencia y la pedagogía. Tan inestable ha sido la situación de la extensión universitaria en este triángulo que recién con la reforma del estatuto universitario de la UNLP en el año 2008 alcanzó cierto consenso entre los diferentes actores de la universidad como para establecer una definición mínima. Allí la extensión aparece definida como un proceso de educación

no formal de doble vía, donde la universidad enseña al mismo tiempo que aprende de los actores sociales.¹¹

El territorio como metáfora

Cuando el docente o el investigador entra en el modo extensionista universitario se encuentra con eso que llamamos “el territorio”. Quienes venimos de la sociología entendemos que identificar a la sociedad con el territorio es muy problemático e induce a numerosas confusiones. Sin embargo, retengamos esta idea de territorio para reflexionar sobre ella un momento.

Cuando decimos “el territorio”, poco tiene que ver la definición geográfica del concepto, sino que aludimos a un sentido figurado. Lo utilizamos como metáfora para dar cuenta de cómo los universitarios, investigadores o docentes, se involucran en configuraciones sociales en las cuales ya no tienen

11 Se refiere a la Asamblea Universitaria que reformó el estatuto de la UNLP en el año 2008 y otorgó igual jerarquía a la docencia, la investigación y la extensión. El capítulo III que alude a la extensión, plantea en su artículo 1: “La Universidad reconoce como una de sus funciones primordiales la extensión universitaria, entendida como un proceso educativo no formal de doble vía, planificada de acuerdo a intereses y necesidades de la sociedad, cuyos propósitos deben contribuir a la solución de las más diversas problemáticas sociales, la toma de decisiones y la formación de opinión, con el objeto de generar conocimiento a través de un proceso de integración con el medio y contribuir al desarrollo social. Acordará en consecuencia las máximas facilidades para su realización y estimulará los trabajos de extensión que realicen los miembros de su personal docente, no docente, graduados y estudiantes que suelen ser originados por la detección de necesidades específicas. Acordará becas y/o subsidios y mantendrá intercambios con otras universidades y otros ámbitos generadores de conocimiento del país y del extranjero. En las actividades que se enmarcan en esta definición no podrá mediar lucro alguno entre los actores e instituciones involucradas”.

las garantías provistas por la institución o por esos dispositivos institucionales, para realizar o desarrollar sus prácticas.

De esta manera entran en un espacio de flujos, movimientos, tensiones, recorridos, interacciones, conflictos, emplazamientos y desplazamientos. En definitiva, se transforman en actores sociales, en redes y configuraciones cuyos encadenamientos sociales involucran a otros actores y estructuras más amplias y diversas, donde muchas veces los universitarios como agentes sociales se encuentran con situaciones que no dominan ni controlan. Es decir, dejan de ser sujetos de un dominio del saber, de un dominio pedagógico, e ingresan en tramas de relaciones sociales (relaciones de poder) sobre las cuales no tienen una posición privilegiada ni garantizada. Se encuentran en un terreno donde operan fuerzas sociales (políticas, económicas, culturales) que ya no son filtradas por los cronotopos institucionales e institucionalizados que la universidad ofrece a sus miembros. Están, por así decirlo, a la intemperie.

Esta es una experiencia que atraviesan todos los extensionistas cuando sus ideas y sus propuestas fallan o se ven perjudicadas al confrontar con los actores y los procesos sociales. De esta incertidumbre, de esta indeterminación, que interfiere cualquier definición estable sobre qué es la extensión universitaria, podemos extraer algunos elementos que nos permitan reconectar y reorganizar las relaciones entre aquellas tres funciones de la universidad.

Tres reflexiones que abre la extensión

Una primera cuestión que me parece importante es que el docente o investigador, cuando adquiere el modo extensionista, gana experiencia con respecto a sus procedimientos,

sus rutinas, sus conceptos, sus tradiciones teóricas. Es decir, todo lo que ha adquirido en el largo proceso de socialización como universitario quizá puede fallar, quizá puede dejar de funcionar.

En esa serie de entramados o de configuraciones sociales, muchas veces el universitario en el modo extensionista ni siquiera es el actor que puede establecer las condiciones, ni determinar las circunstancias de esa interacción que entabla. Incluso es un actor débil dentro de configuraciones donde hay actores estatales, económicos, redes de diferente tipo. Es decir, entra en un terreno o en un mundo al que llamamos *la sociedad* que produce un fuerte proceso de extrañamiento. Esto vale para todas las disciplinas en modo extensionista: las naturales, las exactas y también las ciencias sociales. No es cierto que las ciencias sociales somos especialmente elegidas y no pasamos por esta experiencia. Nuestras teorías, nuestros conceptos y nuestras metodologías pueden fallar o pueden dejar de funcionar como esperábamos.

En este sentido, un aporte posible para que la extensión universitaria deje de ser el escenario de la caridad del sábado o del domingo, o el de la ilustración o del difusionismo cultural o solamente el escenario de la divulgación de lo que se produce en la universidad, y del que Virginia dio un ejemplo grandioso¹², consiste en permitirse tener esta experiencia de inestabilidad, de incertidumbre, de dificultad con respecto a lo que sabemos y lo que conocemos. Permitirnos el encuentro con otros saberes, pero también reconocernos como un actor social donde ni siquiera usar el título de la universidad es siempre legítimo, y por lo tanto, no siempre funciona.

12 Ver página 83 de este libro.

Sobre todo en esta ciudad: hay un mito muy fuerte en el sentido de que la Universidad Nacional de La Plata es una institución respetada y reconocida por todos, pero cuando uno hace trabajo territorial se da cuenta de que eso no va de suyo, que es necesario construirlo y no siempre sale bien.

En cuanto a esto, quisiera plantear una crítica a los extensionistas que asumen una posición que podríamos denominar “luddismo universitario”¹³, que pretende que desde lo que se aprende, se conoce o se experimenta en esas configuraciones sociales o en esos territorios se podría proponer la abolición de la manera como hemos venido construyendo la universidad en los últimos siglos (o, en caso de la UNLP, en el último siglo). Por el contrario, no se trata de abolir ni el laboratorio ni el aula; tampoco de adoptar una posición que podríamos llamar “maoísmo universitario”, que implicaría que “a partir de ahora todos los problemas científicos los vamos a definir en la plaza pública y el pueblo va a votar qué vamos a investigar y qué no vamos a investigar”, característico del extensionista que queda un poco encriptado en esa identidad.

Volvamos sobre el punto anterior y dejemos un mojón de la idea que estoy planteando. Los universitarios siempre somos actores sociales, pero tomamos fuerte conciencia de ello cuando ingresamos en un espacio que no dominamos, ni controlamos, ni gobernamos. Esto es, todo el espacio social; claro que restando las propias instituciones de educación superior. Es la experiencia de esa “debilidad” la que nos resitúa con un mayor grado de realismo en un *lugar social*, por así decirlo, y de esa debilidad se puede aprender.

13 Remite a quienes destruían las máquinas para combatir al capital bajo la inspiración de las ideas de Ned Ludd.

Una segunda cuestión es que, si se dan una serie de condiciones, la extensión universitaria nos permitiría en cierta manera adoptar una posición un poco más constructivista con respecto a cómo definimos nuestros problemas de investigación, cómo producimos teoría y metodología en torno a esos problemas, y cómo los podemos utilizar o aplicar. Quizá no todos los conocimientos tendrían que pasar por este proceso, pero puede que algunos sí, y me parece que cuando Virginia señaló, por ejemplo, cómo se fueron definiendo las áreas estratégicas de investigación del sistema científico nacional, si se hubiera podido discutir a partir de este conocimiento adquirido, acumulado, circular, en el campo de la extensión universitaria, tal vez estarían un poco mejor definidas.

Es necesario volver a balancear el lugar de la extensión en la universidad y en el sistema científico en general. A su vez, también la extensión universitaria tiene que hacer un esfuerzo para poder ponerse a ese nivel. Con ese balanceo me refiero a que, en primer lugar, es necesario construir sistemas de reconocimiento y de acreditación para aquello que los actores universitarios hacen en el campo de la extensión universitaria, que esté en correspondencia con lo que efectivamente hacen.

En este sentido, si uno ve, por ejemplo, el modo en que se incorporó la pestaña de extensión dentro del Sigeva Conicet¹⁴ (que es el sistema con el cual todas las universidades gestionan la información sobre sus docentes), las categorías con las cuales se clasifican los proyectos de extensión son *rural* o *industrial*. Esto es un caso explícito de no apropiación del conocimiento por parte de la institución que ordena todo el sistema científico.

14 El Sistema Integral de Gestión y Evaluación (Sigeva) es un formato estandarizado de carga de información que se utiliza en el sistema científico nacional y en las universidades nacionales argentinas.

Esa antinomia rural o industrial tiene una larga historia asociada al viejo lenguaje de la extensión propio de las décadas del 50 y 60, cuando en el marco de la Alianza para el Progreso, Estados Unidos destinó un montón de dinero para crear los servicios de extensión. O sea, creó los servicios de extensión rural en América Latina, y en ese marco se publicaba una revista muy importante que se llamaba *Desarrollo Rural en las Américas* en la cual se usaban esas categorías. En ese momento, para explicar lo que debía ser la extensión, se utilizaba una metáfora de la botánica: era aquello que facilitaba el *injerto* de los conocimientos científicos en las culturas campesinas, populares o tradicionales. Atiendan al conector "o": populares o tradicionales.

Ahora bien, el Conicet financió durante treinta años investigaciones sociales o humanas que demuestran que la sociedad no se divide en rural o industrial, y no usó ninguno de esos conocimientos para la categorización en Sigeva. Esto es un problema. Por otro lado, el Estado nacional gastó un montón de dinero en el desarrollo de proyectos de extensión, voluntariado universitario e innovación tecnológica, y el propio sistema científico no lo puede captar.

Las categorías que propone el Conicet no registran información sobre las prácticas efectivas que hicieron investigadores y becarios del organismo. Tanto ellos como los docentes de la universidad, hacen trabajos de extensión universitaria que no responden a un parámetro tan estrecho. Como consecuencia tenemos un sistema que capta mal la información, construye mal los datos sobre aquello que quiere gestionar, y por tanto evalúa mal.

La extensión universitaria ha tenido un impulso importante y ha desarrollado un lenguaje propio, con un conjunto de categorías para definir qué hacen los extensionistas, que es un poco más complejo que esa antinomia rural o industrial. Los extensionistas necesitamos ese reconocimiento, porque no existe el extensionista *puro*, sino perfiles integrales. La universidad, quizá por su propia fuerza o inercia, ha generado esos perfiles integrales.

La tercera cuestión que quería dejar planteada es que necesitamos mejorar el nivel de conceptualización y construcción metodológica. Es decir, tomarnos más en serio cómo transformar esos conocimientos, esos saberes, que están en estado práctico, en estado de experiencia o intuitivo, que se construyen en esos vínculos, en esas circulaciones, como decía Virginia. Necesitamos dar un paso en el sentido de una conceptualización mayor, en la construcción de enfoques y de metodologías.

Me parece que si trazamos ese camino de construcción de metodologías y de conceptualizaciones, probablemente vamos a tener más herramientas para pensar que en una sociedad no hay un problema o un número determinado de problemas, sino versiones de un problema o distintos problemas, que muchas veces se encuentran enfrentadas y que, por lo tanto, generan controversias. Los problemas de investigación están interferidos por fuerzas sociales y políticas: no existen los problemas neutros. Muchas veces esas controversias se dan en escenarios asimétricos donde existen actores con la capacidad de imponer su versión. A su vez, las versiones que se imponen orientan en muchos casos nuestras investigaciones.

Hoy se habla mucho de los Proyectos de Investigación Orientada¹⁵, pero queda poco claro quiénes serían los actores de terminantes para definir esa orientación. Ante actores que tienen la capacidad de imponer esas versiones, no hemos desarrollado suficientemente metodologías y enfoques que nos permitan hacer emerger *otras* versiones de esos problemas, aquellas que están dominadas, desplazadas o silenciadas.

¿Qué pasaría si nos apoyáramos en las prácticas de la extensión universitaria para generar escenarios de emergencia de versiones dominadas o silenciadas de esos problemas? Un primer resultado posible sería que tendríamos más actores participando en la construcción de las versiones de un problema. ¿Cómo se construirían esos escenarios? Algunas herramientas las podríamos tomar de la práctica extensionista, para hacer corresponder metodologías de investigación en colaboración con la elaboración de evaluación participativa del proceso de construcción del conocimiento y, finalmente, la producción colectiva de estrategias de difusión y utilización de ese conocimiento.

Esto requiere colocar la extensión no solo en el contexto de aplicación o únicamente al final del recorrido, sino en los tres contextos: descubrimiento, producción y aplicación del conocimiento. Poner a funcionar la extensión en el inicio y no solamente al final. En este sentido, se podría trazar una agenda de trabajo de muchos años. Dado el estado actual de la extensión universitaria, creo que ese podría ser un camino posible de contribución a la discusión sobre la producción de conocimiento.

15 Los Proyectos de Investigación Orientada (PIO) creados por Conicet responden al objetivo de: "promover una mayor comprensión y atención de problemáticas y desafíos que afronta el país en las distintas dimensiones de su proceso de desarrollo, el Conicet ha iniciado una activa vinculación con diversos organismos y agentes de gestión pública y privada que comparten el interés o tienen la responsabilidad por impulsar soluciones concretas en dichas áreas". Ver enlace <https://convocatorias.conicet.gov.ar/pio/>

Parte 3

Usos y sentidos en torno a la utilidad de las humanidades y las ciencias sociales

La productividad política del conocimiento social: usos, derivaciones y circulación de saberes

Sandra Carli

Miembro de Ciencia y Técnica Argentina (CyTA)

Investigadora principal del Conicet

He participado en varios paneles sobre cuestiones vinculadas con las ciencias sociales. Desde el año pasado, los debates allí generados han girado en torno a las declaraciones del ministro Lino Barañao tendientes a descalificar la producción de conocimiento en el ámbito de estas ciencias. El entonces y actual funcionario asociaba la investigación en ciencias sociales con la búsqueda de un empleo fijo en el Conicet, las homologaba a la curiosidad y, al enunciarlas como *ciencias culturales*, las excluía del desarrollo nacional. “Los investigadores que hacen ciencia motivados por la curiosidad deberán buscar otras inserciones” y “hay mucho ensayo y error en ciencias sociales” eran las afirmaciones que expresaban sus valoraciones sobre nuestro trabajo.

Estas expresiones fundamentaron la decisión política de establecer que el 50 % de los ingresos al Conicet correspondiese a los llamados “temas estratégicos”, con un impacto particular sobre las ciencias básicas. No pretendo profundizar sobre las consecuencias materiales que esta política tendrá en el corto y el mediano plazo en relación con las carreras científicas, sino sobre lo funcionales que resultaron las declaraciones de Barañao para llevar adelante un recorte en el área y, al mismo tiempo, para debatir en torno a los conocimientos que producimos en humanidades y en ciencias sociales, tanto como a sus derivaciones, usos y aplicaciones o circulación en otros ámbitos.

Una declaración provocadora y prejuiciosa, cargada de estereotipos, puede generar una reacción política y abrir un debate para discutir sobre la utilidad de las ciencias sociales. Del mismo modo –y con condiciones favorables que lo hagan posible– puede fundamentar la creación de iniciativas institucionales, tales como programas de investigación y estudios de posgrado. En plena crisis de 2001-2002, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, desde la Secretaría de Posgrado organizamos el “Programa de Estudios sobre la Argentina” que, si bien no tuvo continuidad, dio lugar a dos eventos académicos en los que participaron varios referentes, algunos de los cuales luego fueron funcionarios y funcionarias en distintas áreas del nuevo gobierno. Tal como entonces, la apertura del debate sobre un campo de producción de conocimiento puede resultar productiva para reflexionar sobre nuestros saberes, nuestros conocimientos y el momento histórico en el que estamos.

La reedición de un debate perenne: la utilidad de las ciencias sociales

Los últimos debates se han caracterizado por la reedición de una serie de polarizaciones: ciencias duras-ciencias blandas, ciencias básicas-ciencias puras, productividad-improductividad, disciplina-multidisciplina, temas libres-temas estratégicos. Estas fórmulas binarias adquieren significación en función del contexto político e institucional en el cual se discuten. Por caso, la reflexión sobre el carácter estratégico de las investigaciones tenía un sentido hace unos años atrás y hoy adquiere otro, según los modelos de desarrollo o la orientación económica y productiva de los distintos gobiernos. Es importante advertir que esas polarizaciones son

relativas, que merecen ser discutidas y que adquieren sentidos divergentes según la modalidad de investigación y de los campos disciplinarios de los que se trate.

El debate utilidad-inutilidad de las ciencias sociales que provocativamente abre Baraño con diversas apreciaciones polémicas, no nuevas,¹⁶ invita a revisar los estereotipos tejidos en torno a nuestras propias disciplinas, y además, a recuperar una serie de aportes teóricos allí gestados a fin de comprender la pluralidad constitutiva que las caracteriza. Si las entendemos como lo ha propuesto Tony Becher, es decir, en cuanto “comunidades o tribus”,¹⁷ podremos dar cuenta de las dificultades que existen en las comisiones evaluadoras del Conicet para reconocer la diversidad de lenguajes de las distintas disciplinas, también las disputas generadas en torno a los órdenes de mérito y al componente subjetivo de las evaluaciones. Las reflexiones de Bruno Latour sobre las humanidades científicas advierten sobre la necesidad de pensarlas desde las vinculaciones, las mezclas y las combinaciones que en ellas se juegan, y contradicen cualquier iniciativa tendiente a definir las como compartimentos separados.¹⁸ Asimismo, los trabajos de Perla Aronson traen la discusión respecto del

16 Entre otras intervenciones: “A veces los trabajos en ciencias sociales me parecen teología”, en “Los científicos deben asumir su compromiso social”. Página 12. 7/1/2008. <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-97152-2008-01-07.html>
Y otra más reciente: “La ciencia cultural no es la función de la ciencia en un país en desarrollo”, en “Hay miles de doctores que lo único que quieren es el empleo fijo en CONICET”, en *Ámbito Financiero*. 18/2/2017. <http://www.ambito.com/873286-hay-miles-de-doctores-que-lo-unico-que-quieren-es-el-empleo-fijo-del-conicet>

17 Becher, T. (2001). *Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas*, Barcelona: Gedisa.

18 Latour, B. (2012). *Cogitamus. Seis cartas sobre las humanidades científicas*. Buenos Aires: Paidós.

conocimiento transdisciplinario y las fronteras entre las disciplinas, y nos llevan a pensar sobre la tensión existente entre campos cada vez más especializados y las condiciones de posibilidad de una formación general en ciencias sociales.¹⁹ A veces, un esfuerzo muy especializado es interesante porque abre senderos nuevos, pero al mismo tiempo puede generar una compartimentación complicada, favorecer cierta dispersión y conducir a una falta de articulación e interlocución académica entre saberes y referentes de distintas áreas de conocimiento.

Estas dinámicas se dan en un contexto donde los sistemas de evaluación se han formalizado de manera cada vez más sofisticada y artificiosa. Aunque la base Sigeva admite la carga de todo tipo de actividades, lo que prima en las comisiones evaluadoras es el análisis de las publicaciones en desmedro de la transferencia del conocimiento producido en términos de divulgación, por ejemplo. La mayor ponderación de los artículos publicados en revistas científicas indexadas como canon deja en un segundo plano al libro individual o colectivo, tan importante para la tradición de las ciencias sociales y las humanidades. Por otra parte, las actividades que no se formalizan, aquellas vinculadas con la implicación del investigador y la investigadora en las comunidades y grupos sociales y el diálogo con diferentes actores, no son reconocidas como parte de la generación de conocimiento. El actual contexto de ajuste exige revisar críticamente este sistema de evaluación que se ha ido institucionalizando de manera inequívoca y que al mismo tiempo nos ha constituido, nos ha “profesionalizado”.

19 Aronson, P. (2003). La emergencia de la ciencia transdisciplinar. Cinta de Moebius N.º 18, Universidad de Chile- Facultad de Ciencias Sociales, pp. 179-190.

Si miramos al conocimiento en sus movimientos (algunos autores hablan de “movilización del conocimiento”) y no en su carácter fijo y situado, podremos comprobar que incluso aquellas disciplinas que *a priori* se han caracterizado como “improductivas” tienen una productividad extraordinaria desde el punto de vista material y simbólico. John Dewey planteó desde las primeras décadas del siglo XX que el conocimiento producido en la universidad debía incidir en el terreno de la opinión pública.²⁰ En la actualidad, es factible distinguir a comunicadores y comunicadoras que “usan” los saberes producidos en los ámbitos académicos en el tratamiento periodístico de determinadas temáticas. En el mismo sentido, es factible pensar en el uso intenso de los saberes de las ciencias sociales en el campo editorial, en la formación docente y en las políticas públicas.

Las reflexiones de Michel de Certeau sobre los fenómenos de apropiación nos permiten abrir la pregunta no solo sobre los conocimientos que producimos investigadores e investigadoras, sino qué hacen otros y otras con estos conocimientos.²¹ El autor recupera de Ludwig Wittgenstein el interés por el lenguaje común y propone analizar las prácticas en las que se halla implicado; su interés por las “maneras de hacer” cotidianas y los usos desde el punto de vista de la enunciación, pone el foco en la apropiación de la lengua en el habla. En este caso, la apropiación de la lengua “académica”.

En línea con lo ya dicho, esos otros y esas otras pueden ser docentes de diferentes niveles del sistema educativo que se apropian en forma activa de las ciencias sociales y que

20 Dewey, J. (2004). La opinión pública y sus problemas. Madrid: Morata (primera edición 1927).

21 De Certeau, M. (1996). La toma de la palabra y otros escritos políticos. México: Universidad Iberoamericana.

reciclan y traducen saberes en función de los intereses de la enseñanza, en ese trabajo de mediación que es la transmisión en el aula. En las políticas públicas también se ponen en juego procesos de apropiación de los conocimientos universitarios, en tanto buena parte de los programas creados en distintos ministerios y secretarías durante el kirchnerismo estuvieron nutridos por saberes de las ciencias sociales y de las humanidades. En suma, es necesario salir del ámbito institucional de producción de conocimiento para comprobar los usos, las apropiaciones y la utilidad “social” de las ciencias sociales y de las humanidades, así como prestar atención a las particulares formas de coproducción de conocimiento y lo que Boaventura de Sousa Santos denomina “ecología de saberes”²².

Tres tiempos del giro “social” de las ciencias sociales

Las declaraciones críticas de Baraño deben leerse como respuesta a la mayor visibilidad pública que adquirieron las ciencias sociales en los últimos años. Una mirada retrospectiva del período 2003-2015, caracterizado por una importante expansión del campo de ciencia y técnica, revela que se produjo un giro “social” de las ciencias sociales. Significantes como intervención, transferencia, aplicación, divulgación y/o popularización de la ciencia, entre otros, indicaron la conexión de los saberes de las ciencias sociales con las políticas públicas (salud, seguridad, educación, desarrollo social, entre otras); los movimientos de la sociedad civil (derechos humanos, medio ambiente, etc.); los medios de comunicación

22 De Sousa Santos, B. (2007). La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipatoria de la universidad. La Paz: CIDES-UMSA - ASDI - Plural Editores.

(canales públicos como Encuentro, periodismo especializado); la opinión pública en general. Este giro social de las ciencias sociales supuso a la vez la ampliación de la producción científica, si se toman en cuenta el crecimiento de la cantidad de doctores y de publicaciones y el salto hacia afuera de las fronteras de la institución universitaria.

El contraste entre ciertas miradas sobre las ciencias sociales en publicaciones de tres momentos históricos permite comprender lo que significó ese salto cuanti y cualitativo en poco más de una década, así como las resistencias actuales. La primera publicación es del año 2000: se trata de un libro coordinado por Nicolás Rosa que reúne las memorias de un encuentro realizado en la ciudad de Rosario en 1999 para la constitución de estudios de posgrado en el campo de las ciencias sociales.²³ La segunda corresponde a la primera reunión del Consejo de Decanos de Ciencias Sociales en diciembre del año 2002 en la ciudad de Mendoza.²⁴ La tercera es resultado también de un evento convocado por el mismo Consejo en la Universidad Nacional de San Martín en el año 2013, libro que fue coordinado por Ana María Barletta, entonces presidenta del Consejo.²⁵

El evento realizado en Rosario en 1999 reunió a algunas de las figuras más destacadas de las ciencias sociales junto con aquellos que tenían actuación en la política pública.²⁶

23 Rosa, N. (dir.) (2000). *Ciencias Sociales y Postgrado*. Papeles de Investigación I. Rosario: Laborde.

24 Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas de Universidades Nacionales (eds.) (2005). *Crisis de las Ciencias Sociales de la Argentina en crisis*. Buenos Aires: Prometeo.

25 Barletta, A. M. (comp.) (2013). *Ciencias Sociales y Política en Argentina*. Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas, Ediciones Universidad Nacional del Litoral.

26 Entre otros expositores: Ernesto Villanueva, Héctor Schmucler, Nicolás Casullo, Horacio González, Alicia Entel, Aníbal Ford.

Los escritos de los expositores dan cuenta de las tensiones de la década del 90 vinculadas con el pasaje de una experiencia universitaria asociada a la crítica intelectual a otra signada por la profesionalización académica en el marco de la expansión de los posgrados.²⁷ Allí predominaban tensiones entre representantes claves de las ciencias sociales a propósito del devenir del sistema universitario argentino. Por un lado, Ernesto Villanueva –entonces presidente de la Coneau– proponía un análisis que comparaba dicho sistema con el de otros países y que incluía el impacto positivo de ese organismo y del sistema de incentivos a la investigación, en un momento caracterizado por la resistencia y la reacción crítica a la ley de Educación Superior. Por el otro lado, algunos referentes de las ciencias sociales planteaban un malestar universitario y consideraban a estas ciencias como un refugio para la producción de conocimiento crítico, frente a las tendencias globales que reconfiguraban la educación superior.

Es posible distinguir en aquel debate tres perspectivas de las ciencias sociales: una vinculada con la prospectiva institucional (qué universidad necesitaba el país, qué políticas y regulaciones eran necesarias en la educación superior y en ciencia y técnica teniendo en cuenta una mirada comparada, cuál debía ser la función social de las ciencias sociales); otra relacionada con la crítica intelectual (malestar por la desconexión con las políticas y el avance de regulaciones formales del trabajo académico, por el avance de Internet, por la declinación del ensayo, por la pérdida de profundidad del conocimiento); y por último, otra vinculada con el análisis de tendencias en

27 He caracterizado este proceso en Carli, S. (2016) "Deconstruir la profesión académica: tendencias globales y figuras históricas. Una exploración de las biografías académicas de profesoras universitarias", *Propuesta Educativa*, N.º 45, Flacso, pp. 81-90.

el terreno del conocimiento y la información (digitalización del conocimiento, control de la información, desigualdades de información y comunicación).

La segunda publicación corresponde al escenario pos-2001 y el signifiante *crisis* es recurrente en su título y en las exposiciones de los invitados²⁸, con el trasfondo de la inestabilidad política y la transición del gobierno de Eduardo Duhalde. Federico Schuster, entonces decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, resumía el debate en dos tópicos: la proposición de “la relación entre ciencias sociales y crisis” como una relación constitutiva, y la pregunta “¿de qué sociedad hablan hoy las ciencias sociales?”. La evidencia de una transformación violenta de la sociedad argentina y latinoamericana y la emergencia de nuevos fenómenos —para algunos signada por el pasaje a la “comunitarización” (Portantiero y Argumedo) y para otros por los procesos de individuación (Bustelo)— invitaba a revisar “las ciencias sociales tradicionales” en las que habría primado una “homogenización de América Latina” (Argumedo) y a “difundir en todo el país el lenguaje que hablan las ciencias sociales en la Argentina” (González). La existencia de un Consejo de Decanos ponía en primer plano un compromiso institucional de las ciencias sociales ante la coyuntura de crisis política y social.

Los debates que se produjeron diez años después, en el encuentro del año 2012, cuando se reunieron referentes de las ciencias sociales convocados por el mismo organismo, indican que el contexto de enunciación había cambiado: las políticas del kirchnerismo habían favorecido un nuevo escenario

28 Expositores invitados: Juan Carlos Portantiero, Alcira Argumedo, Horacio González y Eduardo Bustelo Graffigna.

institucional. Se había producido la creación del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva; el crecimiento del Conicet, con nuevos programas de investigación, políticas de becas e ingresos a la carrera del investigador; se había generado una notable expansión de los posgrados en ciencias sociales y por tanto había crecido el número de doctores. Pero sobre todo había una nueva agenda en la cual la relación entre ciencias sociales y políticas públicas ocupaba un lugar destacado, con mayor protagonismo de las universidades nacionales. Una lectura de las exposiciones revela varias cosas; el entonces y actual ministro del área de ciencia y técnica caracterizaba a las ciencias sociales como “traductoras” y ya manifestaba su posición respecto de que el financiamiento de la investigación científica no debía recaer solamente en el Conicet, sino que debía incorporar a las universidades y a otras instituciones públicas y privadas, cuestión que pocos años después se expresaría en forma contundente.

Los expositores del evento pusieron en primer plano las tensiones emergentes vinculadas con la relación entre ciencias sociales y políticas públicas y el papel de científicos y científicas sociales, a partir de ciertos tópicos: las transformaciones de la figura del intelectual, la misión crítica de los académicos o el lugar de las pasiones políticas.²⁹ La preocupación no remitía exclusivamente a la producción de conocimiento, sino al impacto del conocimiento de unas ciencias sociales que crecían de manera sustantiva, potenciadas por las políticas del Conicet y las políticas universitarias en general. Inquietaba en particular la transferencia de la investigación a la sociedad.

29 Otros expositores fueron Dora Barrancos, Roberto Gargarella y Alejandro Grimson.

Desafíos de las ciencias sociales ante un nuevo escenario

La coyuntura del cambio de gobierno en diciembre de 2015 modificó nuevamente la agenda de debate. Las políticas de ajuste del sector de ciencia y técnica que redujeron en un 50 % los ingresos a la carrera del investigador en el año 2016 hicieron emerger activamente las demandas de jóvenes becarios y becarias.

¿Dónde estamos hoy? Aunque hemos retrocedido respecto de aquellos debates y del horizonte que se había abierto, no podemos decir que la situación es hoy la misma que en 1999, porque los avances han sido importantes, porque se han fortalecido las ciencias sociales en cuanto a la producción de investigaciones en los últimos años y se ha consolidado una tradición crítica, el reconocimiento por parte de otras disciplinas y la identidad propia de las distintas generaciones que forman parte de la comunidad científica.

Esta situación nos compromete de manera particular frente a nuestros acervos de saberes, a las tendencias sistémicas y formalizantes de la evaluación que en ocasiones no los valoran adecuadamente; frente a la tentación de refugiarnos, en un contexto adverso, en los laberintos de disciplinas aisladas.

El presente invita otra vez a preguntarnos por la utilidad política de nuestros conocimientos. En tanto los saberes de las ciencias sociales y las humanidades tienen una potencia crítica, tenemos que favorecer su circulación para fortalecer nuestros argumentos, para comprender las nuevas tendencias, escenarios y fenómenos sociales y para incidir en las coyunturas que nos toca transitar y en las que podemos tener una voz propia. Estamos frente al desafío de gestar mayores niveles de implicación en el devenir del sistema universitario y

científico en un escenario de ajuste y emergencia de nuevos paradigmas, de promover redes para la asociación colectiva y la interlocución con colegas de todas las disciplinas, y para seguir alentando el diálogo intergeneracional e insistir en la formación de científicos sociales.

Sobre la utilidad de las ciencias sociales en tiempos de neoliberalismo y posverdad

Juan Ignacio Piovani

Director del Programa de Investigación
sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (Pisac)

Voy a tratar de ser lo más ordenado y coherente posible en la exposición. Para ello preparé un esquema con cuatro puntos.

El primer punto que quiero marcar, pensando en la utilidad de las ciencias sociales y humanas, tiene que ver con que no se trata de una preocupación exclusivamente argentina. Es algo que en la actualidad se discute en muchos y muy diferentes contextos. Es obvio que esto no es consuelo de tontos, no es para decir: “bueno, como pasa en todos lados, ya está”. Más que una excusa es una invitación a poner nuestros debates en un contexto más amplio y también pensar estrategias no solo en el plano local, sino aquellas que nos puedan conectar con otras instituciones y con colegas de América Latina y de otros lugares del mundo.

Esta discusión, a mi juicio, tiene diferentes aspectos. El más general tiene que ver con una puesta en cuestión de la relación entre ciencia y desarrollo. A principio de la década de 1940, en plena Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Estados Unidos, aunque todavía no había entrado en la guerra, establece un primer organismo nacional de políticas científicas que fue la Oficina para la Investigación Científica y el Desarrollo (OSRD), que marcó el estilo y el destino de lo que iban a ser las políticas científicas gubernamentales en casi todo el mundo y generó un cierto consenso en torno a la utilidad de la ciencia por su contribución al desarrollo. En

efecto, hay muchísima evidencia de que los países que más han invertido en investigación científica también son los que tienen los mejores indicadores en una amplia variedad de cuestiones sociales y económicas.

Esta afirmación se refuerza aún más si se considera que, en las últimas décadas, los pocos países que alcanzaron un nivel de desarrollo comparable al de Estados Unidos, Canadá, Japón, Australia, Nueva Zelanda y Europa Occidental, viniendo de situaciones de subdesarrollo, son aquellos que invirtieron un mayor porcentaje de sus PBI en ciencia y tecnología. Estoy hablando de Corea del Sur, Singapur, Israel y Taiwán. Si bien Israel es un caso particular en términos de la transición al desarrollo, estos son algunos de los países que más invierten en CyT en relación con su PBI, y así lo han hecho de manera consistente a lo largo de muchos años. Por ejemplo, de acuerdo con datos de la OCDE para 2014,³⁰ Corea ocupaba el primer lugar, con una inversión del 4.3 % del PBI, seguido por Israel con 4.2 %; Taiwán se ubicaba en el séptimo puesto, con 3 %, y Singapur el decimoquinto, con 2.18 %. Argentina, por su parte, invirtió ese año el 0.59 % de su PBI en CyT, y este porcentaje se ha reducido a partir de 2015.

A pesar del tradicional consenso respecto de esta relación entre ciencia y desarrollo, en la actualidad muchos gobiernos han empezado a recibir demandas —sobre todo a medida que aumenta la intromisión de la lógica empresarial y financiera en la gestión de los asuntos públicos— para que la demuestren a través de evidencias puntuales desde el punto de vista del eficientismo. Entonces, la discusión sobre la relación entre ciencia y desarrollo ha pasado a tener una fuerte

30 Véase <https://data.oecd.org/rd/gross-domestic-spending-on-r-d.htm>

connotación monetaria y de análisis del retorno de las inversiones, al punto que en muchos casos se ha reemplazado el concepto de *inversión* en ciencia y tecnología por el de *gasto*.

Es un hecho que los gobiernos están urgidos por justificar, a través de modelos estadísticos, que la inversión en ciencia tiene un retorno. Para ello se han procurado determinar relaciones empíricas de todo tipo. Por ejemplo: ¿cuántos empleos directos genera cada millón de dólares que se invierte en CyT?; o bien ¿en cuánto disminuye el gasto en salud pública por millón de dólares adicional que se destina a los programas de investigación de los institutos nacionales de salud de Estados Unidos? Esto hasta tal punto que el gobierno de Obama estableció una organización que se llama Star Metrics, en la que participan instituciones que en cierto sentido podríamos considerar equivalentes a Conicet, ANPCyT, CIN, etcétera, y cuyo objetivo principal es el desarrollo de métodos de medición del impacto económico de la inversión en ciencia. Pero no en términos generales, sino bien específicos: se trata de desarrollar modelos que cuantifiquen el impacto de la inversión científica en el empleo, la generación de empresas, el comercio, el desarrollo de nuevos productos, entre otros.

Esta es, entonces, la primera cuestión: la discusión más amplia, a escala mundial, sobre la utilidad de la ciencia; que tiene que ver, a su vez, con la pregunta acerca de si la inversión científica en verdad trae algún beneficio concreto para el desarrollo, la expansión productiva, los intercambios comerciales y, en definitiva, la calidad de vida de la población. En resumen, se apunta a determinar —por decirlo de un modo más descarnado— si tal inversión tiene retorno y cómo cuantificarlo.

El segundo punto que quiero plantear es que, a la par de este debate sobre el impacto económico “real” de la inversión en CyT, en muchos lugares del mundo se están produciendo recortes presupuestarios en este rubro. Y esto está directamente relacionado con algunos de los planteos que acabamos de presentar. Por un lado, si el vínculo entre en la ciencia y el progreso social, económico y productivo se pone en cuestión, ganan espacio las posturas contrarias a la asignación de fondos públicos para la ciencia. Por otro, si la inversión en ciencia ha de justificarse a partir de sus retornos económico-financieros, entonces se promueve un desplazamiento desde la inversión pública, muchas veces focalizada en ciencia básica, hacia la inversión del sector privado en investigación y desarrollo (I+D), que obviamente apunta a la obtención de ganancias. La inversión privada en I+D tendería a reforzar el argumento del retorno como justificación de la investigación científica, concentrándose en estudios aplicados que puedan tener una traducción más inmediata en productos comercializables, y desalentando de este modo la clásica inversión pública en ciencia básica.

Tampoco esto es una exclusividad argentina. Pensemos en el caso de Brasil, donde el recorte del financiamiento ha sido bastante drástico (en becas, en proyectos, etcétera). Pensemos también en España o en Italia, por tomar otros ejemplos muy cercanos a los argentinos. En el caso español ustedes saben que hubo una tremenda fuga de cerebros en los últimos años por los recortes que llevó adelante el gobierno de Rajoy. Lo mismo sucedió durante el gobierno de Renzi en Italia.

El tercer punto que quiero abordar es que, en este contexto de mayores restricciones, con menos recursos para distribuir, las ciencias sociales y humanas han sido el principal foco de hostigamiento y de sospechas sobre la utilidad. Y

esto tampoco es exclusividad argentina. El anterior primer ministro de Canadá, Stephen Harper, por ejemplo, en el marco de una situación conflictiva con pueblos originarios por la explotación minera y por la economía extractiva, dijo algo así como: “No me vengan con sociología, este no es momento de hacer sociología. La sociología en esto no tiene nada que ver, no sirve para nada”.³¹

También me viene a la mente el caso de Mary Beard, la famosa latinista de Cambridge, experta en historia de Roma, que fue invitada por la BBC para hacer programas infantiles sobre la Inglaterra romana, el período de dominación romana en Inglaterra.³² Ella escribió los libretos y coordinó estas iniciativas. Y ¿qué es lo que pasó? Pasó que ella describe un período de la dominación romana en que la autoridad máxima de la colonia era un africano subsahariano, y esto dio lugar a un revuelo tremendo en los medios de comunicación, y, especialmente, en las redes sociales. Beard fue atacada con virulencia, de la misma manera en que fuimos atacados los investigadores sociales argentinos a fines de 2015 (y seguimos siéndolo) por *trolls* y por comentaristas en los foros de los diarios, entre otros. La cuestionaron en duros términos por haber osado decir que en Inglaterra el líder había sido un negro. Le dijeron todo lo que a ustedes se les pueda ocurrir, y ella tuvo que soportarlo estoicamente.

31 Véase Rufo, V. (2014). “La vendetta del primer ministro Harper contra la sociología”. Radio Canadá Internacional. Disponible en <http://www.rcinet.ca/es/2014/08/27/la-vendetta-del-primer-ministro-harper-contra-la-sociologia/>

32 Véase Altares, G. (2017). Mary Beard, la latinista que no esquiva ninguna pelea en Twitter. El País. Disponible en https://elpais.com/cultura/2017/09/08/actualidad/1504892486_000853.html

Este tipo de hostigamiento se ha acrecentado recientemente en muchos lugares. Y con frecuencia se pone el foco en la supuesta inutilidad de las ciencias sociales y humanas: “¿por qué deberíamos sostenerlas con nuestros impuestos?”. Es en esta línea que se encuadran las expresiones de sentido común que aparecieron muy claramente en los medios de comunicación, en las redes sociales y en los foros: “¿para qué voy a pagar con mis impuestos una investigación sobre las hinchadas de fútbol, o sobre la música popular, o sobre las letras de las canciones de la cumbia villera, o lo que fuera?”. Esto mismo, repito, es en algún sentido lo que le pasó a Mary Beard.

Ahora sabemos que este tipo de discurso, esta hostilidad, se ha extendido también al campo artístico. Por ejemplo, en la ciudad de Porto Alegre, había hace poco una exposición de artes disidentes en el Brasil contemporáneo, financiada por el Estado pero también por privados, como el Banco Santander.³³ Y a raíz de esta exposición empezaron a circular por las redes sociales ataques que recurrían al mismo tipo de argumento: “¿por qué con los impuestos de los brasileños tenemos que financiar este arte?”, al que calificaron con la categoría nazi de “arte degenerado”.

Junto con Martín Urtasun y Pilar Pi Puig —dos jóvenes investigadores en formación del instituto— estamos a cargo de la traducción al castellano de la revista *Global Dialogue*, que es la revista de divulgación de la Asociación Internacional de Sociología. Allí se reportan investigaciones sociológicas de todo el mundo, y si leen los últimos números, van

33 Véase Agnese, M. (2017). El Santander cancela una exposición sobre diversidad sexual en Brasil presionado por grupos de derecha. Público. Disponible en <http://www.publico.es/internacional/brasil-banco-santander-cancela-exposicion-diversidad-sexual-brasil-presionado-grupos-derecha.html>

a encontrar que siempre está sobrevolando lo mismo: la cuestión de las movidas antiintelectuales, la discusión sobre la validez de la investigación social y la utilidad de la ciencia. Y esto en el marco de lo que genéricamente conocemos como *posverdad*.

Estoy recordando, por ejemplo, dos artículos muy interesantes de colegas polacas³⁴ sobre cómo desde ciertos sectores conservadores, alentados por la Iglesia católica (pero no solo por ella), se busca poner en discusión la categoría de género y las perspectivas de género, y usar esto como recurso en las campañas de los movimientos pro-vida y en los intentos de demonización de las feministas.

Bueno, si ustedes toman esa revista van a encontrar en todos los números artículos en los que se retratan situaciones muy similares a la nuestra, en el sentido de los embates contra las ciencias sociales, sus conceptos y análisis de la sociedad. En el contexto de posverdad, nos hablan de movimientos que llaman “iliberales”, porque también tendrían que ver —de acuerdo con la interpretación relativamente estándar que circula en la sociología mundial— con el fracaso de la democracia liberal, en particular en su formato socialdemócrata.

Los medios masivos de comunicación y las redes sociales potencian estos discursos críticos sobre la utilidad de las ciencias sociales, e incluso apuntan a deslegitimar y estigmatizar a la investigación social en general. Pero en Argentina tal vez haya un elemento adicional. No se trata de reacciones totalmente espontáneas, que surgen, circulan y se potencian en

34 Véase “Hacia un futuro iliberal: ‘antigenerismo’ y antiglobalización”, de Agnieszka Graff y Elzbieta Korolczuk, y “La defensa de los derechos reproductivos en Polonia”, de Julia Kubisa. En *Diálogo Global* 7, n° 1, Año 2017. Disponible en <http://globaldialogue.isa-sociology.org/wp-content/uploads/2017/03/v7i1-spanish.pdf>

las redes a través de las interacciones entre usuarios “reales”, sino que, en apariencia, también estarían siendo incentivadas por el gobierno y otros actores institucionales por medio del accionar de *trolls*. Además, algunos funcionarios, incluso del área de CyT, que se supone deberían contar con mayores elementos para defender, sostener o conocer de qué se trata la investigación científica, han alimentado en algún sentido la discusión sobre su utilidad a partir de estereotipos y diversas formas de estigmatización.

Y esto más allá del antecedente, tal vez en cierto sentido premonitorio, de unas conocidas declaraciones de 2008 del ministro Lino Barañao.³⁵ El Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación productiva se crea en diciembre de 2007, y las declaraciones a las que me refiero las hizo el ministro en el marco de una entrevista en enero de 2008, en la que dijo que: “Las ciencias sociales son importantes pero tendrían que tener una revolución metodológica para convertirse en ciencias. No tienen argumentaciones, no tienen fundamento empírico y entonces podríamos decir que no se diferencian mucho de la teología”.

Hablando justamente de teología, aprovecho para señalar una cuestión más bien anecdótica, que deja en evidencia que los discursos de muchos funcionarios en relación con las ciencias sociales son retrógrados incluso si los comparamos con los de algunos sectores autorizados de la Iglesia católica. ¿Por qué lo digo? Porque precisamente en estos días se dio a conocer la noticia de la próxima publicación de un libro de entrevistas sobre política y sociedad que hizo el

35 Véase Veiras, N. y Moledo, L. (2008). Los científicos deben asumir su compromiso social. Página 12. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-97152-2008-01-07.html>

sociólogo francés Dominique Wolton con el Papa, y encontré que en un pasaje el Papa mismo defiende con mucho énfasis la importancia de las ciencias sociales por los beneficios que aportan para el desarrollo humano, incluso defiende al psicoanálisis y las terapias psicológicas.

El cuarto punto que quiero plantear, en el marco de este panorama, es por qué hablar de la utilidad del conocimiento y de conocimiento útil, y qué significa que un conocimiento sea útil. Me parece importante reflexionar sobre esto porque es algo que se puede plantear de muchas maneras, y uno de los problemas que vemos –y que en algún sentido acabamos de sugerir– es que detrás de los discursos de algunos funcionarios hay una mirada muy reduccionista de la utilidad. Es una utilidad meramente práctica, que implica que el conocimiento se pueda traducir de inmediato en un producto tangible, en algo que se pueda comerciar en el mercado, que pueda tener un precio, que se pueda comprar y vender. La legitimación de esta perspectiva sería que, en última instancia, la investigación se financia con los impuestos, y que esos fondos públicos que se utilizan para financiar la investigación tendrían que dar lugar a investigaciones que solucionen problemas concretos.

En relación con esto quiero señalar dos cuestiones. La primera es una paradoja. Ustedes saben que en Argentina, como en muchos otros lugares del mundo, se hacen con frecuencia encuestas de opinión pública. Y en estas encuestas, especialmente cuando estamos fuera de los períodos electorales, se suele indagar acerca de las mayores preocupaciones de la población y sobre los problemas que consideran que es urgente abordar y resolver. Sistemáticamente, en distintas encuestas que se hacen desde hace décadas, salen en los primeros lugares los mismos temas: pobreza, educación,

salud, desocupación, seguridad, etc. Puede ser que en un momento esté primero uno de ellos y después baje al puesto tres, y que el que estaba en el puesto cinco pase al dos, pero siempre aparecen mencionados allí. Entonces me pregunto, ¿cuáles de estos problemas que la población expresa como sus principales preocupaciones, no requieren para su resolución –y de manera crucial– los conocimientos de las ciencias sociales? En todo caso podríamos plantear que se trata de problemas que exigen abordajes interdisciplinarios, pero es obvio que en ellos las ciencias sociales tienen un lugar central.

La paradoja es que los mismos actores (funcionarios y otros) que sostienen un discurso que tiende a reducir la utilidad de la ciencia a la resolución instrumental de problemas urgentes y concretos de la sociedad argentina, también promueven, apoyan o defienden la reducción de fondos de investigación para las ciencias sociales. En síntesis, se deslegitima a las ciencias sociales y se pone en duda la utilidad de sus conocimientos, a pesar de que los estudios de opinión pública muestran que los problemas que la sociedad considera urgentes son objeto de estudio de las ciencias sociales.

La otra cuestión es que, al menos en la actualidad, el tema de la utilidad del conocimiento científico está muy emparentado con lo que decía al principio sobre cómo se demuestra cuantitativa y monetariamente la relevancia de la inversión en CyT. Nuestros funcionarios suelen recurrir a modelos hipersimplificados. Pero si ustedes revisan el campo de los estudios sobre el impacto de la ciencia, van a encontrar discusiones muy sofisticadas que tienen en cuenta aspectos cualitativos, externalidades, etc., y que apuntan a la dificultad, por ejemplo, de traducir en un modelo los aportes de las ciencias sociales, en particular desde un punto de vista monetario. No hay un consenso total, o un modelo universalmente

aceptado para abordar este problema, y por eso fue que el gobierno de Estados Unidos, frente a esta demanda, creó el organismo especializado que ya mencionamos, que desde hace algunos años viene estudiando las formas de evaluar los impactos científicos, y en el que se han volcado muchos recursos para llegar a establecer los modos más adecuados de determinar y cuantificar los impactos. En cambio, acá con frecuencia se escuchan planteos del tipo: “cada punto de aumento en los resultados de las pruebas PISA equivale a 0,5 puntos de incremento en el PBI”. Y a pesar de que la asociación entre el nivel educativo de la población y el tamaño y complejidad de la economía está bien establecida mediante estudios empíricos, expresarla con un modelo tan simplificado es extremadamente superficial.

Esto me hizo acordar al informe de Jorge Lanata³⁶ sobre el costo de los estudiantes extranjeros en las universidades públicas. Se tomó el presupuesto universitario y se lo dividió por la cantidad de estudiantes. Conclusión: cada estudiante nos cuesta tantos pesos por año. Por lo tanto, los argentinos, con sus impuestos, estarían sosteniendo a estudiantes extranjeros que cuestan, cada uno, ese monto de dinero anual. Esto es de un nivel de ignorancia y de brutalidad metodológica insostenible. Por un lado, no considera cuestiones como el “costo marginal”, que seguramente es variable y que, asumiendo que ya hay cierta capacidad instalada y determinada dotación de personal, sumar un alumno no genera un impacto económico significativo porque no cambia los montos destinados a personal o al mantenimiento de la infraestructura, por ejemplo. Pero además, no es necesario mucho esfuerzo para darse cuenta de que, incluso

36 Jorge Lanata, periodista, conductor del ciclo televisivo “Periodismo para Todos”.

haciendo la concesión de hablar en estos términos que apelan al retorno de las inversiones, a la cuantificación de los gastos —aunque la discusión también podría plantearse en términos filosóficos, históricos, políticos— este modelo no tuvo en cuenta muchos aspectos que hacen al entramado de costos, inversiones, gastos. Por ejemplo, no se consideró que algunos estudiantes extranjeros reciben dinero de sus países, o que todos los días comen, hacen compras en el supermercado, pagan alquileres en forma regular, incluso, en no pocos casos aportan a la economía a través de su trabajo. Lo que quiero resaltar, en definitiva, es que un modelo tan simplificado y reducido en variables y relaciones no logra dar cuenta de una cuestión que es enormemente compleja.

Este es un problema que tenemos porque nos enfrentamos con una mirada muy reduccionista de las formas de evaluar y cuantificar la utilidad, y, en ese contexto, las ciencias sociales llevan las de perder. Porque dar cuenta de su utilidad exige mayor poder de abstracción, exige realizar conexiones más complejas y reconocer incluso que algunas implican efectos que no son sincrónicos, sino que están desplazados en el tiempo. Esto está reconocido en la literatura especializada: muchas veces las ciencias sociales —así como en general la investigación básica en ciencias naturales— tienen “retornos” (por usar esta palabra tan cara a nuestros críticos) que no son inmediatos, sino que están desplazados en el tiempo. Y además, su utilidad está inscripta en una red muy compleja de fenómenos, como mostramos de manera elemental para el caso del cálculo de los costos y beneficios de los estudiantes extranjeros, a los que bien podríamos añadir sus aportes de carácter sociocultural. Claro que es difícil, desde cierto punto de vista más economicista, entender un

aporte en términos socioculturales, pero bueno, dejémoslo ahí...

Ahora bien, como venimos sugiriendo, y como ya lo hizo Sandra Carli en su presentación, la utilidad se puede plantear en otros términos. No solo desde el punto de vista de un modelo correlacional bivariado ("esto está asociado con esto" o "si saco más puntaje en PISA aumenta el PBI"). En este sentido recuerdo, por ejemplo, el libro que publicó hace poco el filósofo Nuccio Ordine, que tuvo bastante impacto y que se tradujo a muchos idiomas, que retoma el título de un texto norteamericano más antiguo: *La utilidad de lo inútil*. El libro de Nuccio Ordine hace una defensa de las humanidades planteando la utilidad de lo inútil, o de lo aparentemente inútil.

Entonces, para ir cerrando este punto, preguntaría lo siguiente: ¿en qué sentido son útiles las ciencias sociales, si no vamos a reducir la cuestión a un modelo ultrasimplificado? Seguramente hay muchas formas de responder. A mí me vino a la mente una propuesta de Michael Burawoy que formuló en su discurso como presidente de la Asociación Americana de Sociología en 2004 (luego publicado como artículo)³⁷, en la que plantea una tipología sobre la división del trabajo sociológico a partir de los criterios "tipo de conocimiento" (instrumental o reflexivo) y "tipo de audiencia" (académica o extraacadémica). La tipología resultante define cuatro ámbitos en los cuales tiene intervención la sociología (o las ciencias sociales, en sentido más amplio), y para los cuales se pueden plantear formas específicas de utilidad del conocimiento de estas ciencias.

37 Burawoy, M. (2005). "For public sociology", *American Sociological Review*, 70, 4-28.

En primer lugar hay un ámbito de trabajo para las ciencias sociales que implica la producción de conocimiento “instrumental” (como lo llama Burawoy) dentro del mundo académico. Y esto tiene que ver con formas de hacer muy consolidadas (métodos, teorías, etc.) cuyos resultados se materializan en *papers*. En relación con ello, y especialmente sobre la entronización del *paper* y la adecuación al modelo de las ciencias naturales, hay muchos debates. Pero no quiero entrar en esas polémicas, sino más bien señalar que en este campo hay claramente una utilidad de las ciencias sociales, en la medida en que a partir de preguntas-problemas se apunta a describir, comprender, explicar distintos aspectos de lo que podríamos llamar, un poco provisoriamente, “realidad social”. Los conocimientos que se producen en el marco de los proyectos de investigación de las ciencias sociales, que se desarrollan en instituciones académicas, también aportan en el campo extraacadémico, por ejemplo cuando pensamos en su potencial incidencia en el diseño, implementación y evaluación de políticas públicas, algo que Sandra Carli ya señaló. En efecto, el conocimiento experto de las ciencias sociales se puede ver en la práctica en muchísimas políticas públicas en Argentina y en otros lugares del mundo. Y no solo cuando los saberes de las ciencias sociales se “transfieren” desde el espacio académico a órganos de gobierno, sino también en el día a día, gracias al trabajo profesional de cientos de egresados de las carreras universitarias de ciencias sociales que trabajan en los ámbitos público y privado y que aportan soluciones a problemas concretos.

Pero tal como propone Burawoy, podemos pensar en otro tipo de conocimiento de las ciencias sociales –que probablemente sea el que más ha estado en cuestión– que él define como *conocimiento crítico*. No se refiere a las respuestas a

preguntas acotadas de la agenda empírica de las ciencias sociales, que pueden dar lugar a conocimientos que también son potencialmente significativos para las políticas públicas. Se refiere a conocimientos que están en íntima relación con preguntas sobre los propios fundamentos de lo que significa la ciencia, la práctica científica, los programas de investigación, las orientaciones metodológicas, los conceptos, las teorías, etc. Este tipo de conocimiento crítico, en el ámbito extracientífico, no alude a la resolución de problemas puntuales de política social, sino a cuestiones clave de nuestras formas de organización social, a nuestros modos de tramitar en lo social los conflictos, y que forman parte del debate público. Tal vez sea en este espacio, como ya dijimos, en donde más se haya puesto en cuestión la utilidad de las ciencias sociales.

En cuanto a esto, diría dos cosas. Por un lado, que hay muchísimos ejemplos de cómo el conocimiento de las ciencias sociales interviene en el debate público. Sandra habló, por ejemplo, de derechos humanos y medio ambiente. Yo podría agregar casos relacionados con cuestiones más específicas, como la discusión parlamentaria de la ley de identidad de género o la de matrimonio igualitario. Evidentemente, no estamos hablando de la resolución de un problema puntual de política pública que requiere de conocimientos instrumentales —como el mejor modo de resolver, por ejemplo, desde un punto de vista técnico, la provisión del servicio cloacal en un barrio equis—, sino de discusiones en las que está en juego cómo concebimos aspectos claves de la sociedad y de la organización social. En este campo las ciencias sociales tuvieron (y pueden tener) una voz muy potente. Tal vez recuerden que en los debates parlamentarios sobre matrimonio igualitario, por ejemplo, fueron citados trabajos como el de

nuestro querido amigo y colega Carlos Fígari³⁸. Recuerdo que algunos senadores mencionaron este trabajo en sus discursos, y fue sin duda uno de los materiales que se usaron para sostener la legitimidad de esa nueva ley.

Acabamos de hablar del conocimiento crítico de las ciencias sociales y de su “utilidad” en el debate público. Pero la otra cuestión que quería mencionar atañe a este tipo de conocimiento en el campo académico, más específicamente, a la importancia de la reflexión crítica sobre la ciencia y las ciencias sociales. Más allá de que en la propuesta de Burawoy esto se refiere al análisis de los fundamentos de la ciencia social empírica y cómo se la practica en el ámbito académico, quisiera plantear la relevancia de la reflexión crítica en un plano más general, cuando aborda a la ciencia en general y a la ciencia institucionalizada y a las políticas sobre ciencia y tecnología en particular. Todos estamos al tanto —y preocupados— por la expulsión de jóvenes graduados y exbecarios del sistema científico y en especial por las restricciones al ingreso a la carrera de investigador científico del Conicet. A propósito de esto quisiera mencionar un documento que se elaboró en esta universidad, en el marco de una reunión plenaria del Consejo de Decanos de Ciencias Sociales y Humanas (Codesoc), en la que participaron las/os secretarías/os de posgrado de las distintas facultades. A partir del análisis crítico de la evolución del sistema de posgrados y de las políticas científicas en curso, ya en ese documento, que es del año 2007, se advertía sobre el desacople existente entre la lógica de becas, la de ingresos a la carrera

38 Fígari, C. (2010). “Per scientiam ad justitiam!” Federación Argentina LGBT. Disponible en http://www.lgbt.org.ar/archivos/Libro_Senadores2.pdf

de investigador y la de cargos de dedicación exclusiva en las universidades. Se señalaba que de no pensar integralmente el sistema científico y de educación superior, era muy posible que en el futuro cercano surgieran situaciones muy conflictivas a partir de este desacople. En particular, se criticaba a las políticas estatales de formación de recursos humanos que se desentendían del problema de la inserción de las/os nuevas/os doctores. Este documento fue elevado a todas las instancias de decisión, llámese CIN, Conicet, otras. Desde mi punto de vista, esto es un ejemplo, entre muchos otros, de cómo la reflexión crítica sobre la ciencia que se produce en el ámbito académico puede contribuir al desarrollo del sistema científico y universitario; cómo podría también contribuir a orientar programas de investigación, a mejorar la calidad de la enseñanza y de la formación en investigación, a detectar áreas de vacancia temática y geográfica.

Al mismo tiempo, quiero señalar que la crítica situación coyuntural actual nos ha llevado a problematizar de manera profunda el estado de la ciencia en Argentina, y ha despertado un generalizado interés por los debates en este campo. Pero en realidad, hay expertos que vienen investigando estos temas desde hace muchos años (las políticas científicas, las políticas de evaluación, sus efectos sistémicos, etcétera), y es posible que, de haber reconocido la "utilidad" de los conocimientos derivados de estas investigaciones tanto en el ámbito académico como extraacadémico, podríamos haber afrontado mejor las dificultades que implica articularlos con las políticas científicas.

Para cerrar, quisiera proponer un ejemplo de producción de conocimiento en ciencias sociales que pone en evidencia su "utilidad" (no en el sentido restrictivo y meramente

instrumental) en los cuatro ámbitos de intervención definidos en la tipología de Burawoy. Se trata del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (Pisac), que se desarrolla en el marco del Codesoc y en el que participamos junto a colegas de todo el país.

En este momento estamos empezando a recibir los análisis estadísticos de las bases de datos de hogares y de personas de la encuesta nacional sobre la estructura social y condiciones de vida (ENES), que se realizó como parte del Pisac. Estos datos ayudan a responder muchas preguntas específicas de la agenda de investigación sobre estructura social, migraciones, educación, salud, etcétera, tal como se hace habitualmente en el trabajo científico en los ámbitos académicos. En efecto, hay muchas preguntas de la agenda actual de las ciencias sociales en los niveles local, regional y mundial que están siendo respondidas a través de estos análisis de la ENES. Pero también hay mucho interés para que los resultados puedan aportar a la definición de políticas públicas y, además, para que nutran las voces de las ciencias sociales en el debate público.

No por casualidad señalé que estos resultados aportan al conocimiento de las migraciones, entre otras cuestiones, porque como seguramente saben, desde hace algún tiempo vienen ganando fuerza los discursos regresivos de estigmatización de los migrantes, en especial los que provienen de países limítrofes. Los resultados de la investigación permiten poner este tema en un contexto completamente diferente y le dan a las ciencias sociales la capacidad de anclar su voz pública en la investigación empírica de una manera muy potente. Es obvio que esto no garantiza nada, porque en el actual contexto de posverdad, como se lo llama, hay una tendencia

a igualar la legitimidad todas las fuentes de conocimiento.³⁹ A pesar de ello, el Pisac no renuncia al compromiso de usar su perfil relativamente alto –por su situación institucional dentro del Codesoc– para intervenir en los debates públicos con base en estos resultados de investigación.

Por último, el programa también tiene un proyecto específico cuyo objetivo es analizar en forma crítica la situación de la ciencia en Argentina, y específicamente de las ciencias sociales; en este caso también se espera poder aportar a políticas públicas en el sector. Un ejemplo de esto fue el Programa de Fortalecimiento de Publicaciones Periódicas, que además de los talleres regionales de formación de editores, dio lugar a un manual de gestión editorial de revistas científicas de ciencias sociales y humanas, un material muy relevante si se tiene en cuenta que en nuestro país existen centenares de revistas de estas disciplinas, pero con bajo nivel de profesionalización de la gestión editorial, lo que a su vez afecta la capacidad de hacer circular los conocimientos de las ciencias sociales tanto en el espacio académico como extraacadémico.

39 Tomemos por caso la discusión que se dio hace muy poco sobre las vacunas. A los propulsores de los movimientos antivacunas se los ha confrontado con la evidencia de la investigación experimental en ciencias de la salud: “fíjense que hay cientos de estudios científicos que demuestran que...”, frente a lo que no han faltado las respuestas dogmáticas del tipo: “no lo creo, yo ya estoy convencido de que las vacunas producen autismo, y para mí el tema está cerrado”.

Usos y abusos de las ciencias humanas y sociales. Algunas batallas por los sentidos

Laura Lenci

Secretaria de Investigación (FaHCE-UNLP)

Excursus sobre los usos espurios de las ciencias “inútiles”

Cuando me invitaron a participar de este panel sobre la utilidad de las ciencias sociales y humanas, lo primero que se me presentó fue la vez en que personalmente, como historiadora, me sentí útil, que fue cuando fui testigo de contexto en el juicio por crímenes de lesa humanidad cometidos por la Fuerza de Tareas 5⁴⁰. Entonces al principio empecé a pensar, escribir y armar una presentación para este panel sobre esa situación.

40 La causa, conocida como FUERTAR 5 es formalmente denominada Vañek/ Fuerza de Tareas/FUERTAR 5 (17/2012/TO). Se originó a partir de una denuncia formal presentada por el Ministerio Público Fiscal, por la cual se solicitó el inicio de una investigación ante el conocimiento de un posible delito. La presentación quedó radicada ante la Secretaría Especial del Juzgado Federal en lo Criminal y Correccional N.º 3 de la ciudad de La Plata, inscripta bajo el número de expediente 35/SE y caratulada “Escuela Naval Río Santiago s/Dcia. supuestos delitos de Lesa Humanidad”, renombrada posteriormente como “Fuerza de Tareas N.º 5 – Armada Argentina y Prefectura Naval Argentina – s/delitos de lesa humanidad”. Un cambio que obedeció a una ampliación de la investigación, desde el ámbito de la Escuela Naval hacia una articulación de instituciones, personas y fuerzas mayores, como lo fue la referida Fuerza de Tareas 5. Esta quedó constituida a partir de la entrada en vigencia del Plan de Capacidades Internas de la Armada Argentina (Placintara) en 1975, por la reunión de las unidades de la Armada y la Prefectura que tenían asiento en la región de La Plata, Berisso y Ensenada: la Escuela Naval Militar Río Santiago, el Liceo Naval, el Hospital Naval Río Santiago, el Batallón de Infantería de Marina N.º 3, el Centro de Incorporación y Formación de Conscriptos de Infantería de Marina (CIFICIM), la Delegación La Plata de la Prefectura Naval Argentina y los organismos de inteligencia de ambas fuerzas que operaban en la zona. El juicio oral se desarrolló en el TOF1 de La Plata en el año 2015.

Pero el tiempo no para, como dice la canción; en el medio pasan cosas y como persona estoy muy involucrada con las cosas que acontecen. Pensaba hablar acerca de las formas que adquirió la represión en Argentina durante la última dictadura, y uno de los rasgos centrales del funcionamiento del aparato represivo fue la desaparición forzada de personas. En el medio de esto, se produce la desaparición forzada de una persona: Santiago Maldonado⁴¹.

En esto hubo algo que me resultó muy impactante y que me pareció necesario traer a la mesa, no solo por la cuestión política de que si hay un desaparecido hay que hablar de ese desaparecido, sino también porque tiene que ver con la utilidad de las ciencias sociales y humanas. Lo que pensé es que, en vez de hablar de utilidad en singular, me parece que tendríamos que hablar de utilidades, en plural. Porque aquellos que niegan la utilidad y el financiamiento de nuestras disciplinas, no dejan de hacer uso de las humanidades y las ciencias sociales. El ejemplo que ponía Juan Piovani⁴² acerca de Lanata hablando del costo de los estudiantes extranjeros

41 Santiago Maldonado era un joven artesano que participó de una protesta de una comunidad mapuche, la del Pu Lof en Resistencia de Cushamen, que demandaba la libertad del lonko Facundo Jones Huala. El 1 de agosto de 2017 la Gendarmería Nacional reprimió con balas de goma y de plomo un corte de ruta que estaba llevando adelante la comunidad y en ese marco desapareció Maldonado. El cuerpo de Santiago apareció el 17 de octubre de 2017 en aguas del río Chubut, a pocos metros de donde había desaparecido, y en un lugar que ya había sido rastreado. A raíz de la desaparición de Maldonado gran parte de la prensa y funcionarios del gobierno insistieron en vincular estos episodios con una organización denominada RAM (Resistencia Ancestral Mapuche), a la que se relaciona -sin pruebas de ningún tipo- con, por ejemplo, las FARC y ETA. Así, la desaparición de Santiago Maldonado funcionó como excusa para instalar la existencia de "grupos terroristas", y desde esa instalación, el intento de legitimar políticas represivas a partir de esa hipótesis de conflicto.

42 Ver página 125 de este libro.

es un uso espurio de las ciencias sociales, pero un uso al fin. Digamos, están resultando útiles aún cuando se las use de una manera ramplona, espuria.

Y lo que me resultó muy impactante es que en los últimos 44 días, en distintos ámbitos —sobre todo en medios masivos de comunicación— reapareció como recurso de las ciencias humanas, justificador del rol represivo que el Estado está adquiriendo con relación a la Resistencia Ancestral Mapuche (RAM), el trabajo de un antropólogo llamado Rodolfo Casamiquela. Casamiquela es un antropólogo que argumenta que los mapuches no son argentinos sino chilenos, y que los mapuches mataron a los tehuelches, que sí eran argentinos.

Los mapuches llegaron de “Chile” a la “Argentina” —todo entrecomillado— en el siglo XVIII, cuando ni Chile ni Argentina existían como tales. Es decir, acá lo que encontramos es al Estado nación definiendo límites que no existían previamente y desconociendo el carácter poroso de las fronteras entre las que las poblaciones se movían. Cuando el Estado nación se consolida lo que hace es definir un otro, definir quién es el ciudadano y quién no lo es, y de esta manera articula una forma de dominación.

En este sentido, entonces, los argumentos que se están utilizando para justificar la represión contra los mapuches, y que a su vez justifican la desaparición forzada de Santiago Maldonado, son argumentos de las ciencias humanas. Un uso espurio de las ciencias humanas, como diría Jeremy Young en un artículo sobre la situación de las ciencias humanas y las sociales en Estados Unidos durante los últimos años.⁴³

43 Young, J. (2017). What's Wrong with the Way We Have Been Defending the Humanities. History News Network. Because the Past is the Present and the Future Too, The George Washington University. Recuperado de <http://historynewsnetwork.org/article/164237>. Agradezco a Marcelo Starcenbaum que me haya acercado este artículo.

Hay una utilización de este tipo de conocimiento como si las producciones —sobre todo en la historia— fueran un conocimiento acabado del cual los historiadores solo seríamos, digamos, curadores. Es decir, como si un conocimiento que se produjo en el pasado estuviera cerrado y los historiadores fuéramos meramente curadores de ese saber museificado. Entonces, cuando veía la reutilización, o la puesta en primer plano como verdad de las ciencias sociales, de las teorías de Casamiquela, que no toman en cuenta la transculturación, que son anacrónicas, que tienen todos estos problemas desde el punto de vista de la ciencia empírica, me acordaba de ese artículo de Young.

Por otro lado, algo que se encuentra en el sustrato de todo esto es que las razas no existen pero el racismo sí. Es decir, las propias ciencias sociales y humanas han demostrado a lo largo de su desarrollo que las razas no existen y con ello han desnaturalizado un mecanismo de dominación muy fuerte. Pero, a la vez, si las razas no existen, el racismo persiste siendo este mecanismo de dominación tan fuerte que estuvo y está puesto en juego. En ese sentido, insisto, me parece que no hay una utilidad, sino varias utilidades posibles.

Aquellos que niegan la utilidad de algunas disciplinas, en realidad las usan, pero las usan mal. Por ello, nosotros tenemos una batalla que dar y nuestra utilidad se refuerza aún más. Cuando dicen “los mapuches son chilenos” tenemos argumentos producidos por nuestras propias disciplinas que pueden mostrar que no lo son, que es un disparate decir que los mapuches son chilenos. Entonces, de nuevo, me parece interesante pensar que no hay una utilidad ni un uso, sino que hay utilidades y usos, y que aquellos que niegan su utilidad en realidad están usando el conocimiento producido por las ciencias humanas y sociales.

A fines del siglo XIX y principios del XX, Florentino Ameghino produjo algún saber, y desde entonces hasta ahora el conocimiento sobre aquello que planteó ha cambiado. Nuestras disciplinas no son fijas, congeladas; están en transformación, y este es otro de los prejuicios que hay sobre ellas.

La historia y la justicia

Habiendo dicho esto desde la furia —y perdonen, pero a veces es la furia la que impulsa a pensar— voy a contar la experiencia que tuvimos colectivamente los historiadores en el tribunal. Para la historia la cuestión de la verdad histórica y la verdad jurídica es un tema viejo y muy transitado, pero que por cuestiones de tiempo no voy a tratar. Pero sí voy a contarles cuáles fueron los roles que cumplieron los y las historiadores/as en el marco de los juicios por crímenes de lesa humanidad que se llevaron adelante en la ciudad de La Plata, porque me parece que a partir de eso podemos ver algunas de las utilidades de las humanidades y las ciencias sociales.

Recordemos que el primer juicio que se llevó adelante en La Plata, después de la anulación de las leyes de impunidad, fue contra Miguel Osvaldo Etchecolatz en el año 2006. En el marco de ese juicio desapareció Julio López. De nuevo, la desaparición forzada como reiteración. Ese juicio tuvo algunas particularidades, una de las cuales fue la figura del *testigo de contexto*. Esta figura fue impulsada por las abogadas, y lo digo en femenino porque las abogadas integrantes del colectivo *Justicia Ya* eran mujeres. El Poder Judicial siempre tuvo como posibilidad la citación de lo que se llama testigos *de concepto*, que son como peritos especialistas.

En general, cuando se está juzgando a alguien, un testigo de concepto es quien viene a decir si ese individuo es moral,

amoral, el concepto social de la persona, etc. Lo que hace la querrela de *Justicia Ya* tiene un carácter distinto y está empezando a subvertir (uso esta palabra a propósito) el sistema judicial tradicional argentino. En primer lugar, los querellantes no son solo los directamente damnificados, porque se considera que el daño de la dictadura va más allá de las víctimas y sus familiares. Toda la sociedad argentina fue damnificada por el accionar del terrorismo de Estado; por lo tanto, hay querellas colectivas. Esto es una primera cuestión que viene a subvertir un estado de situación jurídico, del sistema jurídico.

Lo segundo que van a hacer estas querellas es citar testigos de contexto. ¿Y a quiénes citan como tales? Fundamentalmente a historiadores y sociólogos. Por ejemplo, convocaron a Daniel Feierstein⁴⁴ para que explique el concepto de genocidio. En este primer juicio a Miguel Etchecolatz, la sentencia definió la condena por delitos que están contemplados en el Código Penal argentino, pero la novedad es que se lo condenó por los delitos cometidos en el marco del genocidio ocurrido en Argentina. Es decir, no hay una condena por el genocidio en sí, porque el problema es que no existe como delito tipificado en el código, pero la sentencia sí incluye al genocidio como contexto en el cual fueron cometidos estos delitos. Así, cuando hago referencia a las ciencias sociales y humanas, estoy hablando de los sociólogos, los historiadores, pero también de abogados y abogadas que tenían concepciones que provenían de la investigación social e histórica con elementos fuertes que los y las motivaron para convocar al tribunal a sociólogos e historiadores.

44 Sociólogo y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Es experto independiente por las Naciones Unidas para la elaboración de las Bases de un Plan Nacional de Derechos Humanos argentino.

Después del juicio de Etchecolatz, se llevaron a cabo en La Plata el de Christian Von Wernich —que fue el capellán de la Policía de la provincia de Buenos Aires— y el juicio por la Unidad 9. Este último se realizó por los presos que pasaron por una cárcel legal, pero que vivieron situaciones respecto de su apresamiento (con torturas, por ejemplo) que demostraban la fluidez que existía entre el circuito represivo legal y el circuito ilegal.

Después se hicieron los juicios por el Circuito Camps, por La Cacha, por Fuerza de Tareas 5 y finalmente ahora está llevándose adelante el juicio por los delitos cometidos por la Concentración Nacionalista Universitaria (CNU). Vamos a dejar el juicio de la CNU aparte, porque todavía no tiene sentencia, pero si pensamos en los que ya terminaron y tuvieron sentencia, se fue incorporando una mayor cantidad de testigos de contexto. Por ejemplo, en el caso del juicio del Circuito Camps, fue convocada como testigo de contexto Ana Barletta, que hace historia reciente, pero además se ha dedicado especialmente a la historia reciente de la Universidad Nacional de La Plata. El tribunal la citó para que explicara la razón por la cual tantas víctimas del Circuito Camps eran estudiantes, docentes o no docentes de la UNLP. Había allí una pregunta y Ana pudo, a través de la historia de la universidad en esos años, dar el marco necesario para entender los niveles de movilización popular, los proyectos transformadores dentro y fuera de la universidad, etc. Así, la historia empieza a contar un relato que permite entender la aplicación de un plan sistemático de eliminación de personas en un determinado territorio.

Mi experiencia personal fue en realidad una experiencia colectiva, porque participé en el juicio de Fuerza de Tareas 5 como testigo de contexto en mi carácter de integrante de

un equipo de investigadores e investigadoras que dirige Ana Julia Ramírez. Este grupo trabaja sobre el BIM 3,⁴⁵ que era parte del circuito de la Fuerza de Tareas 5. Fui yo, pero podría haber ido otro u otra. Este carácter colectivo de la producción de conocimiento me parece muy reivindicable. Este juicio tuvo una particularidad: su sentencia es la primera en la que se condena por genocidio. Me interesa resaltar qué es lo importante de esto.

Las jóvenes abogadas de *Justicia Ya*, con la colaboración y el aporte de sociólogos y sociólogas, de historiadores e historiadoras, lograron —como dice el historiador Sergio Serulnikov— que tuviera lugar un proceso de subversión política. ¿Qué quiere decir esto? Que se subvierte el sistema judicial, que no queda incólume. Se cambian prácticas, se incorporan formas de testimonio que hasta ese momento no existían, se incluyen formas de condena.

Nuestras declaraciones formaron parte de los alegatos de las fiscalías y de las querellas y se terminaron incorporando a las condenas. Entonces, podemos recordar ahora esa vieja discusión, que fue un largo debate de los historiadores desde la Segunda Guerra Mundial en Europa y en América Latina, acerca de si participar o no como testigos en los juicios. Creo que nuestra experiencia colectiva acá en La Plata evidenció, por un lado, que el conocimiento histórico permitió mostrar que la represión no solo afectó a las víctimas directas, sino que también impactó en la población total. En mi caso, lo que yo pude mostrar es que el accionar de la Fuerza de Tareas 5 no había afectado únicamente a las víctimas directas,

45 PPID "La Represión en Berisso y Ensenada, 1973-1983. Una aproximación a escala local a partir del análisis de archivos oficiales, testimonios judiciales e historia oral", acreditado por la UNLP.

sino que toda la comunidad de Berisso y Ensenada fue perjudicada por el accionar represivo. En ambas localidades hubo descensos de población, niveles de desocupación brutales.

Además considero que nuestra experiencia en La Plata también muestra que el sistema judicial vio la necesidad o terminó siendo transformado. Tal vez sea un poco soberbio de mi parte, o un orgullo, o la necesidad de buscar algo optimista en el medio de un panorama tan oscuro, pero cuando Virginia Manzano⁴⁶ contó que a ella la llamaron como perito para que testificara sobre la Tupac Amaru, yo pensaba que sin los juicios por crímenes de lesa humanidad y sin la participación de los testigos de contexto en ellos, una antropóloga no habría sido llamada a un juicio penal actual como el sustanciado contra la Tupac Amaru.

Entonces, me parece que nuestras utilidades también son, como dice el título de un artículo de Mauricio Chama, "Correr los límites de lo posible". Creo que nosotros también podemos correr los límites de lo posible y es en ese sentido que somos útiles. Pero insisto: es una batalla, porque nuestro conocimiento también es usado espuriamente y de otra manera.

46 Ver página 79 de este libro.

Epílogo

La publicación de este libro a más de un año de haber sido realizada la intervención pública “La política científica en disputa: diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva” nos obliga a una actualización de los supuestos con los cuales encaramos la actividad y de algunas conclusiones que se derivan de las exposiciones desarrolladas en los paneles. Por supuesto que el marco general en el cual las políticas científicas del macrismo son pensadas y ejecutadas no se ha modificado desde la realización de nuestra intervención pública. Desde fines del año 2015, el sistema científico nacional viene siendo objeto de un ataque sistemático que entraña tanto una dimensión de ajuste presupuestario como otra de rediseño regresivo. Sin embargo, la apertura de una nueva etapa en las políticas del Poder Ejecutivo, así como la grave crisis económica que atraviesa nuestro país, dieron lugar a un desbalance entre dichas dimensiones del ataque macrista sobre el sistema científico.

Decíamos en la introducción que uno de los impulsos fundamentales que condujeron a la realización de la intervención fue la advertencia sobre una reorientación de la política científica en un sentido regresivo. Asimismo, las exposiciones reproducidas están centradas en gran medida en la constatación del avance de un modelo eficientista centrado en la transferencia, la innovación y el “emprededurismo”. El anuncio grandilocuente de proyectos millonarios en el marco de dicha reorientación permitía avizorar un escenario hostil para las consideradas “ciencias básicas”, pero que en términos institucionales habilitaría la implementación de estrategias de supervivencia para las investigaciones que no se ajustaban a los restrictivos criterios de utilidad. No obstante, una serie de medidas tomadas por el gobierno nacional en

este último año mostraron la faceta más brutal de las políticas neoliberales de la alianza Cambiemos. La solicitud de un acuerdo al Fondo Monetario Internacional y el establecimiento de metas de déficit cero constituyen las bases de un ajuste sobre el sector público que está empujando al ámbito científico y universitario a una crisis que acarrea severas consecuencias.

En este contexto se ha producido una profundización de los despidos y la reestructuración de los distintos organismos que conforman el complejo científico y tecnológico argentino. A la drástica reducción de los ingresos a la carrera de investigador científico del Conicet se le sumaron despidos en el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), el Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (Senasa) y Fabricaciones Militares. Otros organismos, como la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), Investigación Aplicada (Invap) y el Instituto Geográfico Nacional (IGN), han sido objeto de un vaciamiento y una parálisis que prefiguran futuros despidos. Por otra parte, todos los organismos científicos y tecnológicos del país han sufrido la dilación de las partidas presupuestarias previamente aprobadas, la eliminación de programas y la cancelación de convenios de cooperación internacional. Asimismo, el funcionamiento de dichas instituciones se ve seriamente afectado por el proceso inflacionario y la brutal devaluación de la moneda. En el caso de las unidades ejecutoras del Conicet, la crisis institucional y presupuestaria llevó a 127 de sus directores a elaborar una carta solicitando al presidente del organismo y al ministro de Ciencia y Tecnología medidas urgentes que permitan enfrentar estas tendencias regresivas.⁴⁷

47 "Directores de Unidades Ejecutoras del Conicet al Ministro de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva y al Presidente del Conicet", mayo de 2018.

En esta nueva etapa de políticas neoliberales, dos medidas tomadas recientemente por el gobierno nacional tienden a afectar en forma sensible al ámbito científico y universitario. Una de ellas, que en las exposiciones reproducidas se cifraba en términos de posibilidad, es la eliminación del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva. En el contexto del acuerdo con el FMI y establecimiento de metas de déficit cero, el Mincyt fue degradado a Secretaría de Estado al igual que las áreas de salud, trabajo, agroindustria, ambiente y desarrollo sustentable, energía y cultura. Con el mismo cinismo con el que son presentadas públicamente políticas desfavorables para la mayor parte de la sociedad argentina, la eliminación del Mincyt y de los otros ministerios ha sido defendida como una medida tendiente a un ahorro que en algún momento redundará en el beneficio de los sectores afectados. Si bien no pudo revertir la degradación a Secretaría, la movilización de la comunidad científica y universitaria propició la circulación de un discurso público centrado en los efectos nocivos de dicha medida para el funcionamiento del sistema científico de nuestro país. Ha sido tal el rechazo de la eliminación del ministerio que, además de agrupaciones científicas y universitarias y consejos de facultades y universidades, se han manifestado en contra de tal medida el propio directorio del Conicet⁴⁸ y la mayoría de los secretarios y ministros de Ciencia y Tecnología de las provincias argentinas⁴⁹.

48 "Comunicado del Directorio del Conicet ante la decisión del Gobierno Nacional de suprimir el Mincyt y convertirlo nuevamente en una Secretaría Ministerial", 4 de Septiembre de 2018.

49 "Comunicado de Secretarios de CyT ante la disolución del Mincyt", 4 de Septiembre de 2018.

El consenso alrededor de los efectos negativos de la eliminación del Mincyt solo puede ser entendido a partir de lo que representó para la comunidad científica la creación del ministerio en el año 2007 y su rol como dinamizador del sistema científico nacional en los últimos diez años. La creación de un Ministerio de Ciencia y Tecnología tuvo un fuerte efecto reparador en una comunidad científica que había sufrido los embates del vaciamiento del menemismo. Luego de años de desfinanciamiento de las investigaciones, precariedad de las condiciones de trabajo y fuga de cerebros debido a la falta de oportunidades, la decisión de crearlo reforzaba una política de reactivación del sistema científico y tecnológico.

Efectivamente, durante los últimos diez años el Mincyt constituyó la instancia fundamental mediante la cual se promovió el crecimiento del sistema científico como parte de un modelo de desarrollo económico soberano. A través de él se ampliaron las becas doctorales y el ingreso a la carrera de investigador en el Conicet, se incrementaron los subsidios a la investigación, se llevó a cabo un proceso de repatriación de científicos que habían emigrado en la década de 1990, se promovió la ampliación del personal de apoyo a la investigación y se impulsó la construcción de laboratorios, centros e institutos.

La otra medida es la presentación del presupuesto para el año 2019. La propuesta realizada al Congreso para su votación no es ajena a la tendencia al desfinanciamiento del sistema científico y universitario de los últimos años. Sin embargo, la novedad de este presupuesto radica en que es la primera presentación realizada luego del acuerdo con el FMI, el anuncio de un brutal recorte en el sector público y el desencadenamiento de una grave crisis económica. En este sentido, como ha sido señalado por especialistas, no puede

aceptarse el argumento del Poder Ejecutivo acerca del incremento de las partidas presupuestarias para las áreas de ciencia y la universidad. Si bien es posible detectar aumentos en los porcentajes, dichos incrementos están calculados sobre valores nominales y no reales. Incluso si se toman las estimaciones más moderadas sobre la tendencia inflacionaria, las perspectivas para el ámbito científico y universitario son claramente negativas. Asimismo, el argumento acerca de que en este contexto económico deben ser privilegiadas las áreas prioritarias reproduce la falsa antinomia entre ciencia y universidad y desarrollo económico. Dicho discurso, además, esconde el aumento significativo de las partidas presupuestarias para el pago de deuda pública. En suma, puede afirmarse que el presupuesto presentado supone la continuidad de la política de ajuste y deja sin cubrir las necesidades y las demandas de aumento planteadas por la comunidad científica y universitaria en los últimos meses.⁵⁰

En términos específicos de ciencia y tecnología, la combinación entre las asignaciones presupuestarias y el contexto económico signado por la inflación y la devaluación auguran un crítico año 2019. Lejos del 1,5 % prometido por Cambiemos en la campaña electoral, el presupuesto actual profundiza el desfinanciamiento de los organismos científicos del país. Analizado en la perspectiva de los últimos tres años, el presupuesto destinado a ciencia y tecnología se ha reducido en aproximadamente un 30 %. Como ha sido advertido por especialistas, las instituciones más perjudicadas por esta reducción son la Comisión Nacional de Actividades Espaciales

50 Instituto de Estudios y Capacitación (Conadu). Ajuste y oscuridad en el presupuesto universitario. Análisis del Proyecto de Ley de Presupuesto 2019. Octubre de 2018.

(Conae), la actual Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, el INTI, el INTA, el IGN y el Conicet. Uno de los escenarios más críticos parece ser el que le espera a la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT), el organismo de la Secretaría de Ciencia y Tecnología encargado del financiamiento de proyectos de investigación y el subsidio para actividades científicas. Además de un abrupto recorte presupuestario, la alta inflación y la pronunciada devaluación de la moneda parecen empujar a la Agencia, y a las actividades científicas que ella promueve, a una crisis de carácter terminal.⁵¹

Creemos que la profundización del ajuste sobre el sistema científico y la continuidad de su rediseño regresivo vuelven a colocar en un primer plano la necesidad de desarrollar intervenciones que disputen los sentidos sobre los cuales se apoyan y legitiman las políticas neoliberales sobre el sector. Junto a las movilizaciones y las acciones políticas y gremiales, el despliegue de un discurso público acerca de la investigación científica constituye un elemento fundamental en la disputa que se viene llevando a cabo contra el recorte del sistema científico y las medidas que tienden a transformarlo en un sentido contrario al del desarrollo soberano. Por un lado, retomando los planteos de los paneles de la intervención, es fundamental seguir insistiendo en la falsedad de la antinomia entre ciencia básica y aplicada. El financiamiento de la ciencia experimental constituye un insumo primordial para cualquier proyecto de país soberano. En el caso de las ciencias sociales y humanas, la introducción de dicha antinomia tiende a ocultar la complejidad de la “aplicación”

51 “Esa te la debo. El financiamiento de la ciencia en 2019”. NEX. Noticias de Ciencia y Tecnología Argentina. Facultad de Ciencias Exactas, Universidad de Buenos Aires, 5 de octubre de 2018.

del conocimiento, así como el potencial que dichas ciencias entrañan más allá de su impacto inmediato. Por otro lado, seguir destacando el carácter restringido de una concepción del conocimiento en términos de transferencia. El sentido que se pretende instalar acerca de la necesidad de que el conocimiento científico se transfiera a los sectores dinámicos de la sociedad naturaliza la relación entre saberes y mercado y desacredita formas circulares de construcción del conocimiento entre los científicos y universitarios y diversos actores sociales. Por último, evidenciar la “utilidad” de las ciencias sociales y humanas en un sentido menos restrictivo que el que le pretenden otorgar los discursos neoliberales. Lejos de concepciones eficientistas y adaptacionistas, las ciencias que tienen como objeto lo humano y lo social desarrollan un saber fundamental para un análisis crítico de las sociedades en las que vivimos y para el desarrollo de políticas que persigan un horizonte más equitativo y emancipador.

Les editores

A | *Perspectivas*

Esta publicación reúne nueve intervenciones realizadas en el marco de la movilización de las y los científicas/os contra el ajuste y el rediseño de la política científica impulsados por el gobierno nacional argentino bajo el control de la Alianza Cambiemos. *La política científica en disputa: diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva* aborda, desde una perspectiva integral, los desafíos y las diversas aristas de la producción, circulación y apropiación del conocimiento, así como una contextualización de la coyuntura de la lucha de becarios e investigadores en defensa de la ciencia pública. Investigación, docencia y extensión son tratadas por los expositores como una tríada relacional que exige una mirada integral acerca de los alcances y significados de la misión del sistema científico. La producción de conocimiento se muestra así como un campo en disputa atravesado por lo político y la política que nos interpela acerca de cómo, para qué y con quiénes seguir haciendo ciencia pública en la Argentina.